This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

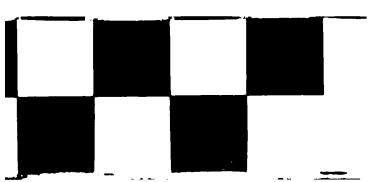
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UNIVERS
LIBRARY

UNIVERSITY OF MICHIGAN

A 465845



COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

D. ANTONIO DE SOLÍS

Y RIVADENEIRA.

TOMO ÚNICO.

CON LICENCIA.

Madrid, Imprenta de Ortega y Compañía.

1828.

PERSONAS.

Don Luis, galan.
Martin, gracioso.
Juancho, criado.
Don Diego, galan.
Doña Ana, su hermana.
Juana, graciosa.
Don Cosme Mendieta.
Doña Isabel, su hermana.
Inés, criada.

La escena es en Madrid.

Sp. mich.
Berqua
9-27-27
15604

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CAMPO.

Don Luis y Martin.

Don Luis.

Juanilla estaba con ella,
si el manto no me engañó.

Martin.

¿Juanilla? ¿Te burlas?

Don Luis.

No:
antes creí conocella
por tí, y deseaba verte
para animar mi esperanza.

Martin.

Como siempre hablas de chanza,
no sé cuando he de creerte.
Nadie en el mundo sirvió
con tal pension; yo me llamo
el gracioso, y sirvo á un amo
que es mas gracioso que yo.
Cuando pienso que has de darme
por una gracia un vestido
muy falso y muy resabido
con otra sueles pagarme.
Y es temeraria desgracia,
que me aburre y me fatiga,
que á todas horas se diga,
y nunca se haga la gracia.

ya que faltó de tu lado
en ese lance pasado,
¿piensas decirmele?

Don Luis.

Sí.

Martin.

Ya yo deseo saber
de cuyo pan come Juana.

Don Luis.

Y yo tambien tengo gana
de hablar en esta muger.

Martin.

Pues vaya de relacion.

Don Luis.

Bien raro el suceso ha sido.

Martin.

Pregunta luego á mi oido
si es mas que la prevencion.

Don Luis.

Oye, y sabrás todo el lance.

Martin.

A buen seguro que atienda.

Don Luis.

Salí...

Martin.

¿Quieres que lo entienda?

Don Luis.

Sí.

Martin.

Pues dímelo en romance.

Don Luis.

Salí, pues, como te digo
al Parque, bien descuidado,
un dia que me dejó
la pereza de su mano;

y apenas del sitio umbroso
penetré el florido espacio
donde, á pesar de sus luces,
el sol resplandece avaro,
porque los árboles verdes
solo dispensan los rayos,
¿qué sin estorvar lo ameno,
pueden servir á lo vario;
cuando me robó la vista
turba de ninfas, que el campo
floreciau con sus huellas;
pero en lo vulgar he dado,
que si esto de florecer
se hace en virtud del contacto,
mas que alabanza del pie,
fué lisonja del zapato.
Entre esta, pues, cópia bella
de hermosura, ví un milagro
de la perfeccion, en cuya
monarquía ha fabricado
el amor un nuevo imperio,
donde, á pesar del estrago,
siendo el poder mas violento,
parece menos tirano.
Yo te confieso, que al verla
todo mi desembarazo,
si no se rindió á los golpes,
se adormeció á los halagos:
¿qué mucho, si de esta suerte
la hallé mi vista en el campo?
Sin órden el cabello discurria,
Con que dos veces vano quedó el viento;
Sus ojos abreviando el lucimiento,
Dilataban los términos del dia:
Breve concha las perlas concebia,

Engendradas del astro de su aliento,
En su nevado cuello el movimiento
Del mármol solamente desmentía.

Y en fin, toda era tal, que entre violencias
Del imperio en el alma resistidos,
Hallé en los ojos muchas obediencias.

Yo no sé si se dieron por vencidos;
Solo sé, que robadas las potencias,
Quedaron disculpados los sentidos.

Llegué á hablarla, y en mi vida
me acuerdo de haber hallado
tal donaire de muger,
ni gusto tan cortesano,
porque las burlas y veras
mezclaba con primor tanto,
que mesuráran sus veras
á un bobo alegre de cascos,
é hicieran reir sus burlas
á uno que empieza á ser santo.
Seguíla pues, y se opuso
á mi intento y á mis pasos,
prometiéndome que allí
la veria mas despacio.
Fuése, y quedé, no rendido,
pero al ménos escuchando
lisonjas de la memoria,
mas dócil que nunca ha estado;
que ni esto me quitó el sueño,
ni me trajo cabizbajo,
ni con las demas facciones
de amante de los de antaño.

Allí la hallé otros dos dias
su hermosura ponderando,
sin saber nunca quien era,
ni ser posible apurarlo,

ó pintate como vives.

Don Luis.

Mira, Martin, yo no puedo
decir que no se ha de amar;
porque fuera limitar
á la hermosura de nuevo:
solo de aquellos me rio,
que sin saber como quieren,
imaginando se mueren
á un vaiven de su alvedrío;
y ayudando su pasion
con afectada flaqueza,
las faltas de su cabeza
echan á su corazon.
Esto suelo yo decir,
no que un hombre no ha de amar,
que tambien yo sé adorar
con mi poco de sentir;
y entre juegos frenesíes
me hallo tal vez en el pecho,
sin saber quien los ha hecho,
unos pocos de *ay de mies*.
Mas no por eso diré,
que esto es amor ni fineza,
hasta que entre la firmeza
al examen de la fe.

Martin.

Otros entre los placeres
de amor, de que libre estás,
quieren por no perder mas;
mas tú quieres porque quieres.

Don Luis.

Eso es lo seguro.

Martin.

¡Y di

y sobran en el cuidado.
Pidióme, en fin, muchos zelos,
de que yo acudiese tanto
á la casa de don Diego,
dándome á entender (¡qué raro
disparate!) que yo entraba
allí con tanto cuidado
por su hermana, siendo así,
que ni la he visto ni hablado
en mi vida. Procuré
satisfacerla, y estando
en la empresa de apurar,
y de convencer su engaño,
una dama, que tapada
pasaba, no sé si acaso,
tirándome de la capa,
con gentil desembarazo
me desvió de la reja,
y me dijo con recato,
que era la dama del Parque,
que yo deseaba tanto.
¿No has visto la hermosa flor,
que obedece al mayor Astro,
con cuánta atencion se mueve
al arbitrio de sus rayos?
Pues así yo de otro sol
mas atractivo robado,
sin eleccion fuí siguiendo
sus luces, tan voluntario,
que parece que formaba
su movimiento mis pasos.
Habia ya anochecido,
y ella se paró, en doblando
la primera esquina, en donde
me pidió de mejor garbo,

que la pasada; unos celos,
que á otra cosa me sonaron,
ó es que yo les hice el tono
con la gana de escucharlos.
Satisfice, en fin, su enojo
como supe, y barajando
con la traza mi discurso,
me ofreció, que hoy á las cuatro
me veria en este sitio,
cuando hácia mí se llegaron
dos embozada, haciendo
en la dama tal reparo,
que me obligó á preguntarles,
qué querian; y ellos dando
con su acero la respuesta,
pronto y prevenido hallaron
el mio: cerré con ellos,
y á los primeros reparos
llegó gente á la pendencia,
con que los dos se apartaron,
por no darse á conocer,
y yo me hallé en breve rato
solo en la calle. Este fué,
Martin, el suceso raro
que te prometí; de suerte,
que en un instante me hallo
con una dama encubierta,
que triunfa de mi cuidado;
con otra que me embaraza,
y da en seguirme los pasos;
con dos valientes, que intentan
conocerme acuchillando;
y conmigo, en fin, que tengo
tan cabal mi desenfado,
que si la dama querida

al sitio donde la aguardo
saliere, estaré contento,
y si no, estaré pagado.
Si la aborrecida diere
en perseguirme los pasos,
me reiré de ella, y si airada
me dejáre, haré otro tanto;
si los valientes volvieren,
dejaré apurar el caso,
y si no, del mismo modo
pasaré sin apurarlo;
que en esta vida, Martin,
no hay cosa de mas enfado
que morirse, y yo no pienso
hacer mas pocos mis años,
añadiéndole á la muerte
el afan de mi cuidado.

Martin.

Bien raro ha sido el suceso;
mas yo he de podrirme un rato.

Don Luis.

¿Tú podrirte?

Martin.

Yo podrirme.

Don Luis.

¿De qué?

Martin.

De escuchar tan raros
dictámenes, que el oido
es discreto en tales casos,
y para podrirse tiene
el oido su gusano.
Ven acá, ¿doña Isabel
no te quiere mucho?

Don Luis.

Es llano.

Martin.

¿No la debes mil finezas?

Don Luis.

Ni las niego ni las pago.

Martin.

¿No es muy hermosa?

Don Luis.

Así, así.

Martin.

¿No tiene tres mil ducados
de renta, por hermosura,
afeyte, que basta engaño
á que tenga buena tez
la misma piel de los diablos?

Don Luis.

Digo que todo eso sea.

Martin.

¿Pues por qué estás despreciando
muger de estas conveniencias,
y andas hecho un mentecato
por otra que viste ayer?

Don Luis.

¿Qué he de hacer si se ha empeñado
con doña Isabel mi amigo
don Diego?

Martin.

No es eso malo;
¿pues tú no eres amante?

Don Luis.

Sí;
pero él se empeñó, ignorando
mi galanteo, y después
de mi su amor ha fiado.

y como yo estaba ya
con deseo de dejarlo,
no le repliqué al oirlo:
demas, que por el hermano
de doña Isabel, no fuera
su galan, por todo cuanto
fingir supiera el deseo.

Martin.

Yo confieso, que es estraño
majadero el tal don Cosme,
y que es recien trasplantado
Vizcaino, hombre en efecto
de los del duelo en la mano,
y la razon en el pie;
muy señor de un mayorazgo,
y que trae lo presumido
junto á lo desconfiado.

Don Luis.

Pues mira tú si era bueno,
que siendo ese hombre tan raro,
tán ridículo y tan necio,
de doña Isabel hermano,
me casára yo con ella.

Martin.

Si, que por el mismo caso,
que no es bueno para amigo,
es bueno para cuñado.

Don Luis.

Aguárdate, que parece
que hácia acá vienen guiando
don Diego con dos mugeres.

Martin.

¿Si es la dama del encanto
del Parque, que anda en su busca?

Don Juan.

Yo la dije, que hácia el campo
de san Joaquin me hallaria
sin duda es lo que hás pensado.

ESCENA II.

Dichos, doña Isabel é Inés tapadas, y don Diego.

Don Diego.

¿Don Luis?

Don Luis.

¿Don Diego?

Don Diego.

Escuchadme: (1)
estas damas...

Don Luis.

Hablad paso.

Inés.

¿Hay cosa como llegar
muy confiada en tu manto,
á preguntar á don Diego
por don Luis, siendo el cuitado
tu amante, y venir él mismo
á entregarte á su contrario?

Doña Isabel.

Porque no me conociese,
la voz he disimulado,
preguntando por don Luis;
que estoy, Inés, deseando
saber quién fue aquella dama,
que con tal desembarazo
le desvió de mi reja
anoche.

(1) *Hablan aparte.*

al sitio donde la aguardo
saliere, estaré contento;
y si no, estaré pagado.
Si la aborrecida diere
en perseguirme los pasos,
me reiré de ella; y si acaso
me dejare, haré otro tanto;
con los valientes volvieren,
dejaré a punto el caso,
y si no, del mismo modo
pasaré sin apurarlo;
que en esta vida, Martin,
no hay cosa de mas enfado
que morirse, y yo no pienso
hacer, mas pocos sin años,
añadiéndole á la muerte
el afan de mi cuidado.

Martin.

Bien raro ha sido el suceso;
mas yo he de podrirme un rato.

Don Luis.

¿Tú podrirte?

Martin.

Yo podrirme.

Don Luis.

¿De qué?

Martin.

De escuchar tan raros
dictámenes, que el oido
es discreto en tales casos,
y para podrirse tiene
el oido su gusano.
Ven acá, ¿doña Isabel
no te quiere mucho?

Don Luis.

Es llano.

Martin.

¿No la debes mil finezas?

Don Luis.

Ni las niego ni las pago.

Martin.

¿No es muy hermosa?

Don Luis.

Así, así.

Martin.

¿No tiene tres mil ducados
de renta, por hermosura,
afeyte, que basta engaño
á que tenga buena tez
la misma piel de los diablos?

Don Luis.

Digo que todo eso sea.

Martin.

¿Pues por qué estás despreciando
muger de estas conveniencias,
y andas hecho un mentecato
por otra que viste ayer?

Don Luis.

¿Qué he de hacer si se ha empeñado
con doña Isabel mi amigo
don Diego?

Martin.

No es eso malo;
¿pues tú no eres amante?

Don Luis.

Sí;
pero él se empeñó, ignorando
mi galanteo, y después
de mi no amor ha fiado,

y como yo estaba ya
con deseo de dejarlo,
no le repliqué al oirlo:
demas, que por el hermano
de doña Isabel, no fuera
su galan, por todo cuanto
fingir supiera el deseo.

Martin.

Yo confieso, que es estraño
majadero el tal don Cosme,
y que es recien trasplantado
Vizcaino, hombre en efecto
de los del duelo en la mano,
y la razon en el pie;
muy señor de un mayorazgo,
y que trae lo presumido
junto á lo desconfiado.

Don Luis.

Pues mira tú si era bueno,
que siendo ese hombre tan raro,
tan ridículo y tan necio,
de doña Isabel hermano,
me casára yo con ella.

Martin.

Si, que por el mismo caso,
que no es bueno para amigo,
es bueno para cuñado.

Don Luis.

Aguárdate, que parece
que hácia acá vienen guiando
don Diego con dos mugeres.

Martin.

¿Si es la dama del encanto
del Parque, que anda en su busca?

Don Inés.

Yo la dije, que hácia el campo
de san Joaquin me hallaría;
sin duda es lo que has pensado.

ESCENA II.

Dichos, doña Isabel é Inés tapadas, y don Diego.

Don Diego.

¿Don Luis?

Don Luis.

¿Don Diego?

Don Diego.

Escuchadme: (1)
estas damas.

Don Luis.

Hablad paso.

Inés.

¿Hay cosa como llegar,
muy confiada en tu manto,
á preguntar á don Diego
por don Luis, siendo el cuitado
tu amante, y venir él mismo
á entregarte á su contrario?

Doña Isabel.

Porque no me conociese,
la voz he disimulado,
preguntando por don Luis;
que estoy, Inés, deseando
saber quién fue aquella dama,
que con tal desembarazo
le desvió de mi reja
anoche.

(1) *Hablan aparte.*

Don Diego.

A mí se llegaron
preguntándome por vos,
y yo aquí las he guiado.

Don Luis.

Aquesta dama que os dije
del Parque es sin duda.

Don Diego.

¿Aguardo
á que hableis con ella?

Don Luis.

Si.

Don Diego.

Pues aquí estoy retirado.
¡Por cuánto hiciera conmigo
doña Isabel otro tanto! *Retírase.*

Martin.

Por si es Juana la sirvienta,
quiero llegar por un lado. *Llega.*

Don Luis.

Hermosísima deidad, *Llega.*
por quien hoy en estos campos
no hay garzon que no suspire,
y que no suspire en vano.

Doña Isabel.

No me ha conocido. *ap.*

Don Luis.

Ya
desconfiaba el cuidado
de esta dicha; desvió
el negro cendal del manto,
que como se vé tan rico,
sabe guardar como avaro.

Martin.

¿Señora Juana?

Inés.

¿Yo Juana?

Que soy otra ha imaginado *ap.*
sin duda; no es malo esto:
yo he de intentar apurarlo.

Don Luis.

Desde el dia que en el Parque
os vi.....

Doña Isabel.

¿En el Parque? ¡Hay agravio *ap.*
mas urgente! El con otra
imagina que está hablando.

Don Luis.

Rendída mi libertad.

Doña Isabel.

Yo me descubro; veamos *ap.*
qué disculpa habrá que pueda
dar. (1)

Inés.

Señora, tu hermano.....

Doña Isabel.

¿Qué dices?

Inés.

Que viene aquí.

Doña Isabel.

Sígueme sin mirar.

Inés.

Vamos,
que si él vé que es necedad
el seguir, no ha de dejarnos.

Don Luis.

¿Dónde vais?

---

(1) *Va á desataparse, y llega Inés.*

Doña Isabel.

Di que se quede.

Don Luis.

¿No me respondeis?

Inés.

Quedaos,
don Luis, porque importa mucho
que aquí..... Mas ya va llegando. *ap.*
Á Dios, á Dios.. *vanse.*

Don Luis.

Bien se ha hecho,
Martin,
No nos han dejado malos.

Don Luis.

¿Don Diego, que será esto?

Don Diego.

No lo sé; por allí abajo
viene don Cosme, y sin duda
es de quien se recataron.

Don Luis.

Yo he de apurar todo el lance;
divertídmele entretanto
que voy tras ella.

Don Diego.

Aguardad:
¿no veis que los dos no estamos
corrientes, porque á su hermana
doña Isabel he tratado
de servir, y él es celoso
al paso que mentecato?

Don Luis.

Pues vamos ambos.

Don Diego.

Si haré.

Dentro don Cosme.

Una palabra: aguardaos
un poco.

Don Luis.

Esto me faltaba. *ap.*

Martin.

A mirarlas se ha parado.

Don Luis.

Don Diego amigo, no sé
si me atreva á suplicaros
que procureis detenerla;
y que pues está en el paso
vuestra casa, y es el vuestro
un cuarto tan retirado
de la familia, veais
si podeis hacer que un rato
me espere en él.

Don Diego.

Por serviros
lo intentaré, aunque es mi cuarto.

Don Luis.

Ya sé que me haceis fineza
en esto.

Don Diego.

Pues por si acaso
lo consigo, esta es la llave,
que yo si llego á lograrlo,
abriré con la maestra; *dale una llave.*
pero no podré esperaros,
porque cierta ocupacion
precisa me está llamando.

Don Luis.

Bien está: á Dios.

Don Diego.

Volver luego *ap.*

me es preciso, á ver si hallo
razon de hablar á la hermosa
ocasion de mi cuidado;
porque un criado me ha dicho,
que sale esta tarde al campo.

ESCENA III.

Don Luis, don Cosme Mendieta vestido ridículamente, y Juancho su criado.

Don Cosme.

¿Señor don Luis, qué secretos
son estos que estais hablando
con don Diego?

Don Luis.

¡Hay tal pregunta!
¿qué no pueda yo quitaros
el que seais caballero
de Ciudad?

Don Cosme.

Don Luis, á espacio,
que el Galateo Español
en el capítulo cuarto
dice espresísimamente,
que es grosería hablar paso.

Don Luis.

Oh, pues si es del Galateo,
no lo haré otra vez.

Don Cosme.

Y cuando
don Diego y vos otra vez
hagais ese desacato,
no sabré yo.....

Don Luis.

¿Qué sabreis?

Don Cosme.

¿Cómo qué? sabré mataros.

Don Luis.

¿A los dos?

Don Cosme.

Y otros cincuenta.

Don Luis.

¿Sabeis matar por ensalmo?
¡Hay mas raros desatinos! *ap.*

Don Cosme.

¿Juanchillo, como quedamos?

Juancho.

En paz, que es quedar muy bien.

Don Cosme.

Quedamos bien; soy bizarro:
mas, don Luis, dejemos esto,
y á lo que importa volvamos,
que he tenido una pendencia,
y quiero comunicaros
el lance, para saber
si he quedado ó no he quedado.

Don Luis.

Esto me faltaba ahora. *ap.*

Martin.

No será el cuento muy malo.

Don Cosme.

Yo, don Luis, como digo,
quiero bien, ya lo digo: ¿estais conmigo?

Don Luis.

¡Jesús! ¿quién tal confiesa?

Don Cosme.

Digo, que quiero bien, y no me pesa.

Don Luis.

¿Pues así lo decís?

Don Cosme.

Así lo digo;
que, ¿os espantais?

Don Luis.

Yo, amigo,
no confieso, que estoy enamorado,
sino es cuando confieso mi pecado.
(yo le he de ir empeñando en que me diga *ap.*
quien es su dama) ¿Y es esa enemiga
que decís muy hermosa?

Don Cosme.

Oid, que quiero
pintaros su hermosura por entero.
Es Filis (no es así como se llama,
que finjo por la honra de mi dama:)
es pues una hermosura tan grandiosa,
que parece otra cosa;
quiéreme mucho, vive mal segura;
mirad, don Luis, si es barro su hermosura.

Don Luis.

Lacónico pintais.

Don Cosme.

Bonitamente
sabe pintar un hombre lo que siente;
no mas, don Luis, lisonjas, yo las dejo.

Don Luis.

Es gran beldad.

Don Cosme.

Pues este es un bosquejo.
Esta, pues, me rindió tan ciegamente,
desde que ví sus ojos y su frente,
que me obligó (¡qué amor, qué barbarismo!)
á descubrirla mi pasion yo mismo.

Don Luis.

¿Qué, le digiste vuestro pensamiento?

¡Rara fineza!

Don Cosme.

Estraña, á lo que siento;
mas sabe amor (aunque lo escucha mudo)
que hizo mi resistencia lo que pudo;
y no es aquesta la mayor fineza,
que debe á mi cuidado su belleza.

Don Luis.

¿La hay mayor?

Don Cosme.

¿No es mayor sacar la espada
por ella yo, sin importarme nada?

Don Luis.

¿La espada habeis sacado?

Don Cosme.

Sí, en conciencia.

Don Luis.

Fineza es de las cuatro la pendencia.

Don Cosme.

Mirad, yo que venia,
cuando tocaban al Ave María,
por la calle abajito de esta dama,
que el corazon me inflama;
y ella que de su casa iba saliendo
tapada.... ¿Vais conmigo?

Don Luis.

Bien lo entiendo.

Don Cosme.

Seguila, y al llegar junto á mi casa....
¿No me entendeis? ¿parece que se os pasa?

Don Luis.

En todo estoy.

Don Cosme.

Parado estaba un hombre,
y ella le conocia por el nombre

sin duda; porque asiéndole de un brazo
se le llevó con gran desembarazo
hácia la esquina.

Don Luis.

¿Cielos, qué he escuchado? *ap.*
sin duda este menguado
fué el que riñó conmigo, y la tapada
por esto ahora se apartó turbada
cuando le vió venir. ¡Hay desengaño
mas notable! ¡hay suceso mas estraño!
¿Quién tal creyera de tan bella dama?

Don Cosme.

Pues mirad, yo que ví un como se llama,
tan no sé como, desnudé el acero,
y á fe de caballero,
que yo al dicho le diera
con algo, si por algo no me fuera.

Don Luis.

¿Y á él le conocisteis?

Don Cosme.

No por cierto,
porque riñó cubierto;
mas perdone su ausencia á mi molina,
el tal era grandísimo gallina.

Don Luis.

Bueno es esto, riñendo dos conmigo. *ap.*
¿Cobarde en fin?

Don Cosme.

Y tan cobarde, amigo,
que es vergüenza contarlo.

Don Luis.

¿Peleaba
con ventaja?

Don Cosme.

Mirad, conmigo estaba

Juancho solo.

Don Luis.

¿Y con él?

Don Cosme.

Solo venia
el otro.

Don Luis.

¿Pues cual fué la cobardía?

Don Cosme.

¿Qué eso pregunte un hombre que es discreto?
ingenios bachilleres en efeto:
veni acá, pues teniendo él á su lado
la dama, que me tiene á mi postrado,
¿no fué tener poquísima destreza
el no saber romperme la cabeza?
¡Jesus! si él fuera diestro, vive el cielo,
que me pudo matar como un muñuelo.

Don Luis.

Decís bien. ¿Hay mas raro desatino? *ap.*

Don Cosme.

¿De qué os reis?

Don Luis.

Celebro el peregrino
pensar de vuestro ingenio, y el sainete.

Don Cosme.

¿Parece que os reis con sonsonete,
como quien oye una friolera?
y os pudierais reir de otra manera,
sabiendo que ninguno, ó alto, ó bajo,
se ha reido de mí del Rey abajo;
y mas vos, que sabeis que soy Mendieta,
de los de baronía y línea reta;
pero aquí mejor es irme y dejaros.

Don Luis.

Aguardad, ¿donde vais?

Don Cosme.

A no mataros

Don Luis.

Ved, que me levantais un testimonio.

Don Cosme.

Yo conozco estas manos de demonio.

ESCENA IV.

Don Luis y Martin.

Martin.

Bueno quedas.

Don Luis.

¿Lo has oido?

Martin.

Mas me huelgo.

Don Luis.

¿Qué, menguado?

Martin.

Que te hallaste buena droga
allá en el Parque.

Don Luis.

Si ha entrado
en el cuarto de don Diego,
allí sabré todo el caso.

Martin.

¿En fin, de este necio es dama?

Don Luis.

Confieso, que me ha pesado.

Martin.

¿Y la chanza?

Don Luis.

¿Luego piensas
que de estas cosas me mato?
no, Martin; obre el deseo,

y estése ocioso el cuidado.

Martin.

Ello dirá.

Don Luis.

Vete tú
por esa parte, cuidando
de si nos sigue este necio;
que yo por esta me aparto,
y daré luego la vuelta.

Martin

Buen lance habemos echado.

ESCENA V.

SALA EN CASA DE DON DIEGO.

Don Diego, doña Isabel é Inés tapadas haciendo señas.

Don Diego.

Este es mi cuarto, señora.
Yo no ví tales misterios; *ap.*
todo es reponder por señas;
mas no gasté muchos ruegos
para que entrasen. ¿Quereis
que cierre la puerta? Bueno:
yo la cerraré: quedad
con Dios. Hácia el campo vuelvo *ap.*
á ver si es tanta mi dicha,
que á doña Isabel encuentro.
Don Luis tiene allá otra llave
de este cuarto, y vendrá luego.
¡Hay mas rara hazañería!
este parece embeleco
de muger, que se supone
señora; pero él es cuerdo,

y sabrá diferenciar
lo afectado de lo cierto.

ESCENA VI.

Doña Isabel é Inés.

Inés.

Buenas quedamos, señora;
cierto que parece cuento
de comedia: un galan tuyo
te deja en su cuarto mesmo
para hablar á otro galan.

Doña Isabel.

No me acuerdes lo que emprendo,
que yo misma estoy corrida
de verme á mi en este empeño;
¿mas con zelos, quien discurre,
si son locura los zelos?
Deseaba hablar á don Luis,
acerté á ver á don Diego;
llegaste tú á preguntarle
por él; respondió, ofreciendo
guiarnos á donde estaba;
empezó don Luis muy tierno
á hablarme por otra dama;
llegó mi hermano en efecto;
volví huyendo hácia mi cuarto,
que es aquí pared en medio.
Vino don Diego á rogarme,
que le esperase aquí dentro;
y yo no sé si aceptando
por desearlo, ó temiendo,
que entrár me viese en mi casa,
ó que durando en el ruego
me conociese, ó que ciega

de enojo, que es lo mas cierto,
sin acordarme de mí,
obedecí mis afectos.
Yo, en fin, me hallé en la indecencia
ántes que tuviese tiempo
de hacer con la voluntad
su oficio el entendimiento;
mas ya que el yerro conozco,
he de aprovechar el yerro,
rompiendo con don Luis
de una vez, porque don Diego
con diferente fineza
me galantea, y no quiero,
que padezca la opinion,
ya que padezca el afecto.

Inés.

¿Sabes lo que he discurrido?
que si es, como estás creyendo,
dama de don Luis doña Ana,
será raro atrevimiento
el venirse á hablar contigo
en el cuarto de don Diego
tu hermano.

Doña Isabel.

¿Ya no conoces
su osadía y su despejo?
demas, que este cuarto tiene
sin registro, y algo lejos
del de doña Ana, la entrada.

Inés.

Aquella puerta que vemos
cerrada, debe de ser
la que manda por de dentro
al cuarto donde reside *Ruido dentro.*
esa deidad. ¿Mas qué esto?

abriéndola están.

Doña Isabel.

¡Ay triste!
no me faltaba otro riesgo.

Inès.

Pues no es posible salir;
que estamos cerradas.

Doña Isabel.

Presto,
cúbrete bien.

Inès.

Mejor es,
que en la alcoba nos entremos,
hasta ver quién es.

Doña Isabel.

Bien dices.
¡Hay mas sobresaltos, cielos! *Escondense.*

ESCENA VII.

Doña Ana y Juana con los mantos por el cuello.

Juana.

Asi Martin me lo dijo.

Doña Ana.

Aunque el manto tenia puesto
para hacer una visita,
lo he de apurar, que no creo
lo que dices, ni es posible.

Juana.

Digo otra vez, que saliendo
al campo, para escusarte
con don Luis de no ir al puesto
que le habias señalado,
encontré á Martin, y luego
que pregunté por su amo,

me dijo (es famoso cuento)
que en el cuarto de tu hermano
discurriendo en unos zelos
le hallaría con mi ama.
Ibame á turbar, creyendo
que te habian conocido,
pero dió en vano mi miedo;
porque antes de pocos lances
descubrí que este embustero
de tu amante viene á verte
en aqueste cuarto mesmo
con dos tapadas, y que
ha pedido para ello
la llave á tu hermano. Andas
creyendo á los hombres ¡fuego!
todas son afectaciones
las que ellos llaman afectos.

ESCENA VIII.

Dichas, y doña Isabel é Inés al paño.

Doña Isabel.

Doña Ana es.

Inés.

Si, ahora entrasé
don Luis, la habiamos hecho
buena.

Doña Isabel.

No me pesara,
porque con eso veremos
si la conoce.

Inés.

No sé
yo en lo que están discurriendo;

Doña Ana.

Aunque el salir á este cuarto
es nuevo en mi, y es mas nuevo
en mi condicion el dar
á estos pesares el pecho,
y en mis ojos el hacerse
testigos de atrevimientos
de esta calidad, no ha sido
posible con mi deseo
que no me arroje á esta accion,
dorándome el desacierto,
como si el ver el agravio
no fuese un castigo necio
que mortificase al juez
y al culpado á un mismo tiempo.
Don Luis no puede estrañar
el hallarme aquí, sabiendo
que es el cuarto de mi hermano;
y así, Juana, me resuelvo
á aventurar el que sepa
quien soy yo; porque al saberlo,
sepa que sé quien es él.
Mas la puerta están abriendo;
déjalos entrar, no mires.

Juana.

Sin duda es él; empecemos
á disimular.

ESCENA IX.

Dichas, don Luis y Martin, que cierra la puerta.

Martin.

Juanilla
dijo con mil juramentos,
que en aquí no ha salido

de casa.

Don Luis.

Yo tambien creo
que es otra, que si ella fuera...
Mas por Dios, que es ella.

Martin.

Bueno,
y luego dirán que el bobo
anoegió mal.

Don Luis.

¡Estoy muerto!

Doña Ana.

Poco se ha turbado al verme:
este, Juana, no es despejo,
sino locura.

Doña Isabel.

Oye, Inés.

Don Luis.

Turbado estoy, mas yo llego *ap.*
¿Señora?

Doña Ana.

¿Señor don Luis,
pues vos aquí?

Don Luis.

Yo no acierto: *ap.*
¿dónde están mis desahogos?
¿Qué sería, que de veros
me hubiese turbado yo?

Doña Ana.

¿Qué sería? bueno es eso!
sería haber conocido
que sois mortal.

Doña Isabel.

Ya lo veo:
los dos se conocen; cierta

fue mi sospecha : escuchemos.

Don Luis.

Confieso que estoy turbado,
despues que sé que me ha muerto
una deidad, que concede
sus aras á muchos ruegos.

Doña Ana.

¿Eso es necio, ó es turbado?
¿qué decis? que no os entiendo.

Don Luis.

Saber quisiera deciros
un rasgo de lo que siento.

Doña Ana.

Los rasgos, don Luis, no son
letras; mas legible os quiero.

Don Luis.

¿Mas legible? atended pues.

Doña Ana.

Mucho pedís; pero atiendo.

Don Luis.

Yo soy un buen cortesano,
que la vez que llego á amar,
me rindo tan á lo llano,
que siempre pueda alcanzar
mi libertad con la mano.
Por el amor que ha rendido
mi corazon mas violento,
nunca mi pecho encendido
le gastó un átomo al viento
para formar un gemido.
Y es mi dureza tan rara,
que en la mas tierna parola
de un sentimiento no echara
una lágrima tan sola
por un ojo de la cara.

Con eso me hago querer;
y á vos os lo digo así;
porque tal me llego á ver,
que pienso que es menester
desconfiaros de mí.
Yo os ví, y el amor sangriento,
flechando allí mi quietud,
dejó al corazon violento
fuerza para la inquietud,
y no para el movimiento.
Y hoy por solo unas sospechas
me trae con tal desazon,
que debe de tener hechas
sus alas mi corazon
de las plumas de sus flechas.
Esto en mis acciones veo,
esto dice amor, señora,
sin que lo sepa el deseo;
vos no lo creais ahora,
que yo tampoco lo creo.
Ocultaros no he podido
estos mis ciegos desvelos,
y así vengo algo encogido
á pediros unos zelos,
sin haberlos merecido.
Dou Cosme en vuestro favor
halla dulces acogidas,
y no me espanto en rigor;
porque tal vez sus heridas
con simples curá el amor.
Yo no me enojo mas que esto,
aunque haya mas ocasion;
si es verdad, estoy dispuesto
á romper esta prision
con mucha flema, y muy presto.

Decidme, pues, si es así,
antes con antes, porque
despues, señora, que os vi,
me tirais mucho, y no sé,
qué tanto he de dar de mí.

Doña Ana.

¿Cuando yo estoy estrañando
veros aquí, y el intento
con que habeis venido, ahora
salís con pedirme zelos?

Juana.

No entiendo este desahogo:
¿cómo no le asusta el riesgo
de que vengan sus tapadas?

Doña Isabel.

El juicio estoy perdiendo:
¡hay mas claro desengaño!
Ya me falta el sufrimiento,
¡Jesus!

Martin.

Vive Dios, que yo *ap.*
me estoy aquí deshaciendo
de que Juana no ha llegado
á hablarme.

Juana.

Martin se ha hecho *ap.*
de pencas, y yo le azoto
con ellas á lo que entiendo.

Martin.

Ello ha de quebrar por mí. *ap.*
¡Ah mi reyna! *Llega.*

Juana.

Nombre tengo.

Martin.

No acostumbro á decir nombres

cuando quiero decir verbos.

Juana.

diga pues lo que me quiere.

Martin.

Entrémonos ahí dentro,
y dejemos discretar
á nuestros amos.

Juana.

Entremos. (1)

Doña Ana.

¿Mas quién es? ¿qué ha sucedido?

Juana.

Haber llegado primero
que nosotras estas damas. (2)

Doña Isabel.

Ya me han visto, y ya no puedo
escusar el lance, Inés.

Inés.

Ahora verás si es cierto.

Doña Isabel.

Abrid, don Luis, esa puerta. (3)

Don Luis.

¿Pues cómo? ¿quién es?

Doña Isabel.

Yo pienso
que os hago en no descubrirme
lisonja (¡rabio de celos!) *ap.*
y pudierais escusar
el traerme á estos empeños.

---

(1) *Van á entrar donde están Inés y doña Isabel, y se detienen.*

(2) *Salen doña Isabel y Inés tapadas.*

(3) *Hacen que se van, y admírase don Luis.*

Doña Ana.

Juana, ellas son.

Juana.

¿No lo vés?

Doña Ana.

Cuanto me dijiste es cierto.

Don Luis.

¿Yo os hę traido? aguardad:
¿yo á vos?

Doña Ana.

¡Pobre caballero!
¿Pues esto tenias guardado?

Don Luis.

Señora, viven los cielos,
que es engaño.

Doña Isabel.

Acabad pues
de abrir la puerta.

Don Luis.

Antes quiero
saber quien sois, y yo mismo
he de llegar. *Va á descubrirla.*

Doña Isabel.

Deteneos, *Descubrese.*
que yo soy, menos importa
darme á conocer en estos
delitos, que permitiros
que andeis conmigo grosero.

Don Luis.

¿Pues vos, señora?

Martin.

Esta es otra,
y aquella es una.

Don Luis.

No acierto

á discurrir.

Doña Ana.

¡Raro lance!
Pues vos, amiga ¿qué es esto?
¿en mi casa de esta suerte?

Doña Isabel.

Doña Ana, aunque el desacierto
de una ciega..... Mas la puerta
parece que están abriendo.

Don Luis.

Don Diego debe de ser.

Doña Ana.

¿Mi hermano? ¡Válgame el cielo!

Don Luis.

¿Pues don Diego es vuestro hermano?

Doña Ana.

¿Ahora salís con eso?

ESCENA X.

Dichos y don Cosme.

Don Diego.

No pude hallar en el campo
á doña Isabel, y vuelvo
por si para sus tapadas
quiere don Luis..... ¡Mas qué veo! (1)
¿mi hermana y doña Isabel
aquí con don Luis? no entiendo
lo que puede ser.

Dentro don Cosme.

¿Está
en casa el señor don Diego?

Martin.

Esta es otra mas.

---

(1) *Se suspende.*

Doña Isabel.

¡Ay triste!
mi hermano. (1)

ESCENA XI.

Dichos, y don Cosme al paño.

Don Cosme.

¿Pero que es esto?
¿don Diego y don Luis aquí?
¿mi hermana y dama con ellos?
¿don Diego y mi hermana? malo:
¿don Luis y mi dama? bueno.

Martin.

Todos se han quedado mudos.

Don Diego.

Confuso estoy y suspenso:
¿pues don Luis, que es esto? ¿adonde
la dama está, que aquí dentro
vinisteis á hablar, y cómo
tan diferentes sugetos
hallo con vos?

Don Luis.

Yo no sé *ap.*
que responder.

Don Cosme. *sale.*

El saberlo
á mí me toca tambien
de parte de hermana.

Doña Ana

¡Hay Diego *ap.*
mayor! mas pues todos callan,

(1) *Hablan aparte don Luis y doña Ana, y don Diego con doña Isabel.*

aquí de todo mi negocio;
Por los cabos he cogido
el caso: yo lo remedio
de esta suerte. No os admire
el ver á este caballero
turbado, porque lo está
de escuchar mi sentimiento.

Don Diego.

¿Sentimiento vos, doña Ana?
¿pues de qué?

Doña Ana.

La culpa de esto
vos la teneis.

Don Diego.

¿Yo la culpa?

Doña Ana.

Y estoy corrida por cierto,
de que aquí doña Isabel
haya visto estos escesos.

Don Diego.

No te entiendo.

Doña Ana.

Hoy vino á verme,
porque aquí pared en medio
se ha mudado, y entre tanto
que se ordenaba el festejo
de la merienda, quisimos
ver los coches, que saliendo
van al Sol de Laganitos,
porque sólo este aposento
rejas á la calle tiene;
y apenas abrí para ello
esta puerta, que á la calle
corresponde, cuando dentro
hallamos unas tapadas,

que corridas se salieron,
sin querer decir quien eran,
por la misma puerta, y luego
abriendo esotra don Luis,
y cerrando por de dentro,
donde sin duda buscaba
sus tapadas, vino á vernos.
De esto me enojé con él,
y ahora me enojo de esto
con vos, que dais vuestra casa
para estos atrevimientos,
teniendo una hermana en ella.
Remediadlo pues, don Diego,
que yo entre tanto á mi cuarto
con doña Isabel me vuelvo.

Martin.

¡Rara salida! á los dos *á Juana.*
hermanos ha satisfecho
nuestra Ana.

Juana.

No quiebra mal
el octavo Mandamiento.

Don Diego.

Digo que estás enojada
con razon. Don Luis, en esto
no hay que hablar, tiene razon.

Don Cosme.

No tiene tal, bueno es eso.

Don Diego.

Vos por disputarlo todo,
lo decís; que aquesto mesmo
sentireis siendo quien sois.

Don Cosme.

Don Diego amigo, no siento
que en queriendo gobernarnos

de casa.

Don Luis.

Yo tambien creo;
que es otra, que si ella fuera...
Mas por Dios, que es ella.

Martin.

Bueno,
y luego dirán que el bobo
acogió mal.

Don Luis.

¡Estoy muerto!

Doña Ana.

Poco se ha turbado al verme:
este, Juana, no es despejo,
sino locura.

Doña Isabel.

Oye, Inés!

Don Luis.

Turbado estoy, mas yo llego *ap.*
¿Señora?

Doña Ana.

¿Señor don Luis;
pues vos aquí?

Don Luis.

Yo no acierto *ap.*
¿dónde están mis desahogos?
¿Qué sería, que de veros
me hubiese turbado yo?

Doña Ana.

¿Qué sería? bueno es eso!
sería haber conocido
que sois mortal.

Doña Isabel.

Ya lo veo:
los dos se conocen; cierta

Don Luis.

Muriéndome voy de pena. ap.

Don Cosme.

Rabiando voy de contento. ap.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON COSME.

Don Diego y Martin bajando desde lo alto al tablado.

Don Diego.

Baja.

Martin.

¿No hay mas de bajar?

Don Diego.

¿Ahora tienes temor?

Martin.

Yo no; pero esto, señor,
es convidarme á saltar.

Don Diego.

Habla paso, que estás necio,
y pon donde yo los pies.

Martin.

Lo que tú me dices es,
que hable paso, y caiga recio:
á tí te trae tu aficion
ciego á saltar por aquí;
pero cuitado de mí,
que he de saltar sin pasion.

Don Diego.

Si el miedo á vencerte empieza,
volverte á callar te toca.

Martin.

Eso es cerrarme la boca,
para abrirme la cabeza;

pero ya que hemos pasado
de tu jardin al jardin
de doña Isabel, ¿que fin
lleva en esto tu cuidado?

Don Diego.

Despues que aquí se mudó,
de este medio me hace usar
el no hallar otro de entrar
á hablarla.

Martin.

¿Y qué he de hacer yo?

Don Diego.

Ven, y pisa con recato.

Martin.

Yo soy hombre tan discreto,
que sabrá guardar secreto
la suela de mi zapato.

Don Diego.

Don Cosme quedaba ahora
entretenido en la casa
del juego (el alma se abrasa,
y los remedios ignora)
é Isabel anda remisa
en admitir mi aficion;
yo tengo poca ocasion,
y el trato no obra de prisa.
Este necio de su hermano
deja la casa cerrada
de noche, y tan pertrechada,
que hablarla es intento vano:
y así, como se ha venido
á vivir pared en medio
de mi casa, este remedio
mi cuidado ha prevenido;
y ciegamente saltando

las tapias que nos dividen,
y los estorbos que impiden, A
mi deseo oponiendo
á hablarla, resuelto vengo;
bien que la tengo enojada,
por no tenerla avisada,
mas ya en buen hora lo prevengo.
Para esto á don Luis busqué,
no le hallé en casa; y así,
en este intento, de tí
mi pecho, Martin, fié,
pidiéndote que vinieses
conmigo; pues lo tendré
por bien tu amo.

Martin.

Y te daré
muchas gracias, si le hubieses
merced de acabar conmigo.
¿Y he de entrar allá tras tí?

Don Diego.

No, Martin, quédate aquí.

Martin.

Soy criado de tu amigo:
en lo que me has encargado
descuida, y déjame obrar.

Don Diego.

Bien sé, que puedo fiar
mucho mas de tu cuidado.
En esta primera pieza,
que al zaguan y al cuarto mira,
me espera.

Martin.

Yo estoy sin ira,
y el miedo á irritarme empieza.

Don Diego.

Amor, haya dicha alguna
cierta, ó cabal en tus glorias,
y no siempre tus victorias
den triunfos á la fortuna.

ESCENA II.

Martin.

Ahora mis desconsuelos
salgan en estos retiros,
y repasando mis zelos,
entonen ya mis suspiros
el ay, ay, ay á los cielos.
Don Cosme cercó á Juana
denantes, y ella al reclamo
respondió; ¿mas si se humana
con este necio, y mi amo
echa la culpa á doña Ana?
Para ser recado, era
muy cerca aquel razonar,
y cuando recado fuera,
no hay quien no sepa templar
sus falsas con la tercera.
Pero pasos he sentido,
si el miedo no los imita;
retírome á ver que ha sido:
un soliloquio me quita,
como del altar, el ruido. *Retirase.*

ESCENA III.

Martin al paño, don Cosme con una escala en la mano, y Juancho.

Don Cosme.

Desde la casa del juego
me he venido paso á paso
á mi casa, y no el caso,
ya me entiendes, que estoy ciego.
Toma aquesta escala, y ve. *Dasela.*
á la casa de doña Ana,
que ya tengo hablada á Juana,
y hará lo que yo me sé.
Ofrécela treinta minas,
y dí que la ponga luego
que yo yo sé que don Diego
se acuesta con las gallinas.

Martin.

Don Cosme es sin duda (¡ay Dios!)
y hablando con Juancho está:
si ha visto á don Diego ya,
buena la hicimos los dos.

Don Cosme.

Llévalo pues.

Juancho.

Yo voy.

Don Cosme.

Tente,
y escucha un poco.

Juancho.

Ya escucho.

Don Cosme.

Lo que la hasta encargar mucho
es que la ate fuertemente;
que aunque al mirar su belleza

á doña Ana el alma dí,
no quiero que sea mi
quebradero de cabeza.

Juancho.

¿Y el atarla esa mozuela,
que apadrina tu aficion,
ha de ser en el balcon,
que cae á la callejuela?

Don Cosme.

¿Cómo qué? Por Dios, que trae
lindas maulas: majadero,
¿no os he dicho, que no quiero
que sea en el balcon que cae?
Pero descuidaos, por vida
vuestra, que vos subireis
delante de mí, y me hareis
la salva de la caída. *Vase Juancho.*
Ahora bien, á mi aposento
un rato me quiero entrar,
y á mis solas ensayar
un bello razonamiento,
para decir lindamente
á doña Ana mi sentir;
porque el hablar y el morir
no quiere ser de repente.

ESCENA IV.

Mártin.

Uno hácia el cuarto se entró,
y otro hácia el zaguan se fue,
que con la luna se vé:
pero él vuelve: ¿si me vió?

ESCENA V.

Don Cosme y Martin.

Don Cosme.

Juancho, aguarda, espera, tente.

Martin.

Yo callo. *ap.*

Don Cosme.

Qué bueno ha sido,
Juancho, que no te hayas ido.
Porque haga mas facilmente
Juana lo que la he pedido,
llévala estos diez doblones:
esto es en las ocasiones *Dale un bolsillo.*
saber ser uno advertido.

ESCENA VI.

Martin.

¿Porque haga mas facilmente
Juana lo que la he pedido,
llévala estos diez doblones?
¡Ay amor! buena la hicimos:
esto si para un agravio
son menester mas indicios.
¿A Juana con Cosme? ¿A Juana
sus doblones, y conmigo?
¿yo el premio ill de mi afrenta?
¿Yo sin honra, y con bolsillo?
Vive Dios, que los echára
mas altos que treinta gritos,
sino fuera por las cruces,
y las armas de Carrillos.
Pero otra vez siento pasos

que se acercan; no ha podido
cuajarse un solimando,
por más que lo solicito.

ESCENA VII.

Martin, doña Isabel é Inés asustadas y don Diego con ellas.

Doña Isabel.

¿Dónde queda?

Inés.

Hácia tu cuarto
se entró.

Doña Isabel.

¿Si nos ha sentido?

Inés.

Pienso que si, porque entraba
con pasos muy [illegible]didos.

Doña Isabel.

¡Terrible susto! Don Diego,
nunca acreditaria lo [illegible]
con lo arrojado [illegible] presto
que de tal suerte he sentido
este atrevimiento [illegible]
que á ser hombre de otro estilo
mi hermano, de él me valiera
contra vuestros desvaríos. Y
idos pues.

Don Diego.

Bella Isabel.

Doña Isabel.

Reparad en mi peligro.

Don Diego.

¿Cómo reparando en él
puedo dejar de asistiros?

Doña Isabel.

Porque el peligro es que se halle
aquí mi hermano conmigo.

Don Diego.

Pues ya que...

Doña Isabel.

No he de escucharos.

Don Diego.

Obediente....

Doña Isabel.

¿No he de oiros.

Don Diego.

Pues sepa yo que [illegible]
en desgracia vuestra.

Doña Isabel.

[illegible]
que todo lo [illegible]

Don Diego.

Dichoso infeliz he sido
¿Martin [illegible]

Martin.

Aquí estoy ¿nos vamos?

Don Diego.

Sígueme

Martin.

No es [illegible]
por la puerta de la calle
que ahora salió Juanhilla
y se la ha dejado abierta?

Don Diego.

Bien dices: vamos corriendo
hácia su casa, que quiero
ver á tus amos.

Martin.

Prestos

que un hermano sobe monta
mas que un bellaco marido.

ESCENA VIII.

Doña Isabel é Inés.

Doña Isabel.

¿Fuéronse ya?

Inés.

Ya se fueron.

Doña Isabel.

¡Muerta estoy!

Inés.

Si nos ha visto,
es un Neron, y no doy
por nuestras vidas un higo.

Doña Isabel.

Inés, volvamos adentro
antes que.... ¡Pero qué miro!
mi hermano vuelve, la espada
desnuda, el color perdido,
y los pasos descompuestos.

Inés.

Yo doy la vida, y no miro:
con una luz en la mano,
y vibrando el vengativo
acero, hácia acá se acerca.

Dentro don Cesar.

¿Donde vas, hombre atrevido?
mira que te mato.

Doña Inés.

Ya
evidencias, y no indicios,
me asustan: Inés, ¿qué haremos?

Inés.

Fuerza ha de ser el salirnos
al zaguan, pues no podemos
volver adentro: aturdido
tengo todo el corazon.

Doña Isabel.

Nada acierto, nada elijo;
mas ya llega, ven aprisa.

Inés.

¡Muerta estoy!

Doña Isabel.

Voy sin sentido.

ESCENA IX.

Don Cosme con una luz en la mano, y la espada desnuda.

Despues de haber ensayado
un razonamiento altivo,
con que decirle á doña Ana,
que quiero ser su marido;
por otra tal, he tomado,
y con la espada he venido
ensayando una pendencia,
por si acaso me acuchillo;
y llevado del afecto,
dí á mi contrario dos gritos;
porque yo siempre acostumbro
hablar recio cuando riño.
Pesaráme, que mi hermana
se haya asustado de oirlo;
mas ya dormirá, que es suya,
y no yo por quien se dijo:
¿cómo amorosos cuidados
consienten ojos dormidos?

De esto nace, que el gemido
con que llama el ciego dios
un amante enternecido,
se me entra por un oido
y se me sale por dos.
Mis ojos en la mitad
de este cuidado halagüeño,
que andan tras la libertad,
tratan con cariño al sueño,
y al llanto con sequedad.
Y así, esos tiernos gemidos,
y esas suaves violencias
guardad para otros oidos,
que yo tengo las potencias
delante de los sentidos.
Eso debe de ser bueno
para Isabeles; errado
viene, don Luis, el veneno;
porque acá dan el trenzado
á lo que allá dan el freno.
Gran socorro es lo piadoso
para una fea, que hallara
en amor mucho reposo,
si lo dócil no llenara
los vacíos de lo hermoso.
En ella, don Luis, haced
toda guerra, que impedida
en vuestra amorosa red,
será quererla la vida;
hacérsela de merced:
que yo me hallo tan señora
de mí, que sin que este daño
me haga sacar por ahora
á la [illegible] de su paño
pienso morirme á mi hora.

Don Cosme.

No me admiro:
soy de codiciar, y hay muchas
que honrarse quieren conmigo
y con la sangre Mendieta,
que me dejó el padre mio
en su testamento. ¿Y bien,
hablaste á Juana? ¿qué ha dicho
de la escala?

Juancho.

Que estaria
puesta, y todo prevenido.

Don Cosme.

Lo que haces vale doblones.
Este es muy fiel vizcaino; *ap.*
no sisaria: Jesus!
juráraa por él á Cristo.
¿Y es Juana moza de fuerza?

Juancho.

Moza de fuerza y de brio.

Don Cosme.

Cómo ella ha de atar la escala
dígolo, porque lo digo.

Juancho.

Descuida.

Don Cosme.

Los de mi casa
siempre han sido enemigos
de caidas, porque somos
los Mendietas como un vidrio.
Pero vamos á hacer hora
de colgar, que ya le he dicho
que hasta que yo haga la seña
no la ponga. Ven conmigo
que quiero dejar cerrada

la puerta, que no me olvido
del cuidado de mi casa;
que tengo en este Castillo
una hermana, y las hermanas
guardarlas como Domingos.

ESCENA XI.

SALA EN CASA DE DON DIEGO.

Doña Ana y Juana con luz.

Doña Ana.

Pon, Juana, esa luz allí,
y ve luego á abrir la puerta
á don Luis.

Juana.

¿Cómo? ¿estoy muerta?
¿Don Luis viene á verte?

Doña Ana.

Sí;
que mi hermano nunca viene
tan temprano á casa, y yo
estoy tan ciega, que no
teme el alma, ni aun previene
los riesgos. Vile en la calle
desde una reja, intentó
desviarme, y no bastó
conmigo á dejar de hablalle.
Díjele en fin, que á esta hora
viniese á verme, y yo estoy
celosa, lo dije, y doy
la disculpa á quien no ignora
la culpa de mi cuidado;
porque sepas que no admito
réplicas, sé que es delito,

y los ojos he cerrado.

Juana.

¡Si ella supiera, que ahora, ap.
en el balcon de esta sala
puso poco ha una escala
esta mano pecadora!
No sé como no ha subido
don Cosme: ¿si me engañé,
y de otro la seña fué?
En buen riesgo me he metido.

Doña Ana.

¿No vas?

Juana.

Si señora. Yo ap.
no puedo ya remediallo;
voy á obedecer, y callo,
que bien sé decir de no.
Tan bizarramente niego,
que nunca de mí barruntan,
porque niego si preguntan,
y si porfian reniego.

ESCENA XII.

Doña Ana.

Corazon, yo me perdí;
confieso, que estoy mortal,
y voy siguiendo mi mal
con apartarme de mí.
¿Mas que es esto? ¿yo que dí
las flechas de amor al viento,
hoy en mi pecho fomento
el fuego que él encendió?
Miente amor, y miento yo,
si imagino que no miento.

¿Y de un hombre, que á otra quiere,
prendada ya con pasion?
ea, triunfe la razon
de lo que el amor venciere:
persuádase á que adquiere
el pecho el perdido aliento;
¡mas, ay! que está muy violento
amor, y yo inadvertida,
con creer que estoy rendida,
perfecciono el rendimiento.
Finjo, y afecto el valor,
pero es salud inconstante;
porque si quiero á mi amante,
si á don Luis le tengo amor,
que importa que en lo esterior
esté el sentimiento modo,
si queda dentro lo agudo
del dolor que me despecha:
¿y es esto romper la flecha,
pensando que la sacudo?

ESCENA XIII.

Doña Ana, y Juana con don Luis.

Juana.

Entrad, que aquí está. Si puedo *ap.*
he de llegar á balcon
en viéndolos divertidos,
y quitar la escala.

Don Luis.

Yo
confieso, que estoy turbado.

Doña Ana.

Señor don Luis, aunque vos
tendreis por atrevimiento

de una mujer como yo
el tomar esta licencia,
quiero que aquí entre los dos
apuremos la verdad
de nuestras quejas, y que hoy
busquemos el desengaño
primero que la pasion,
conociendo que el remedio
le haga parecer dolor.

Don Luis.

Yo no sé, hermosa enemiga,
cómo has tenido valor
para escuchar á un quejoso,
que ha de buscar con su voz
la paciencia de tu oido
primero que la atencion.
Yo no sé....

Doña Ana.

Señor don Luis,
aunque juzgais que el amor
me tiene ciega, conozco
de colores; y que hoy
pecan de muy claros esos
que adornan vuestro fervor:
menos retórica busco,
y mas afecto.

Don Luis.

Yo estoy
tan lejos de ponderar,
que aun al decir mi pasion,
el dolor me ofende menos
que el desvío del dolor;
porque ¿cómo he de deciros,
que al ver vuestra perfeccion,
la lisonja de tu luz

se introdujo en el ardor,
y á pocos pasos del fuego
se fue aumentando la accion;
y la luz que me guiaba
en el humor se escondió?
¿Y cómo pasaré luego
á quejarme de que vos,
teniéndome de esta suerte,
permitais, siendo quien sois,
que un necio pueda decir,
que escuchais.....? Mas vive Dios,
que no estoy en lo que digo,
ni sé á qué título os doy
estas inútiles quejas.
Tenedme lástima vos,
que en pleytos de quejas, es
desdicha tener razon.

Juana.

Yo quito la escala ahora
que están en fuga los dos.

Doña Ana.

¿Donde vas, Juana?

Juana.

Parece
que estaba abierto el balcon,
y le queria cerrar.

Doña Ana.

Ciérrale pues. Y

Juana.

No nació
con dias mi embuste.

Doña Ana.

Cierto,
señor don Luis, que son
de calidad vuestros zelos,

que he tenido por mejor
despreciarlos por indignos,
de mi oido y vuestra voz;
y acordándome tambien
de lo que hoy os sucedió
en el cuarto de mi hermano
á doña Isabel y á vos,
solamente he de deciros,
que si me pintasteis hoy,
muy falsa y muy despejado,
vuestra libre condicion,
os quiero pintar la mia;
y así, pues entonces yo
os presté un rato el oido,
volvedmele ahora vos.
Yo, soy, don Luis, una dama,
que no conozco ese duende
del amor, sino es por fama;
y aunque no sé lo que enciende,
sé lo que alumbra su llama.
Porque con ojos atentos
he visto en otras pacuencias
lo que pueden sus tormentos,
y de agenas esperiencias
compuse mis escarmientos.
Las voces que á su pesar
da un amante en un despecho,
ó en una ponderacion,
ya sé que salen del pecho
huyendo del corazon.
Con solo ajustar la mira,
descentraña sus cuidados,
y saco al que mas suspira
la verdad, de siete estados
debajo de la mentira.

De esto nace, que el gemido
con que llama el ciego dios
un amante enternecido,
se me entra por un oido
y se me sale por dos.
Mis ojos en la mitad
de este cuidado halagüeño,
que andan tras la libertad,
tratan con cariño al sueño,
y al llanto con sequedad.
Y así, esos tiernos gemidos,
y esas suaves violencias
guardad para otros oidos,
que yo tengo las potencias
delante de los sentidos.
Eso debe de ser bueno
para Isabeles; errado
viene, don Luis, el veneno;
porque acá dan el trenzado
á lo que allá dan el freno.
Gran socorro es lo piadoso
para una fea, que hallara
en amor mucho reposo,
si lo docil no llenara
los vacíos de lo hermoso.
En ella, don Luis, haced
esas suertes, que impedida
en vuestra amorosa red,
será quitarla la vida;
hacérsela de merced,
que yo me hallo tan señora
de mi, que sin que este caso
me haga sacar por ahora
á la muerte de su paso,
pienso morirme á mi hora.

Porque al ver que está de Dios
el no quereros los dos,
en menos que hace que lo digo,
hice la cuenta conmigo,
y quedo vivir sin vos.

Don Luis.

Nada de cuanto decís
me ha causado admiracion,
porque nunca esperé mas
de mi dicha ni de vos.
Pero dejad que me admire;
de que siendo como sois,
como os pintais.... ¿Qué escucho? (1)
¿señas en vuestro balcon?

Doña Ana.

¿Juana, qué es esto?

Don Luis.

¡Qué bueno!

Juana, dí con turbacion y

como que á tu ama temes,
que estos son yerros de amor,
y que Cosme te hace la seña.
¿No es esto así?

Juana.

Yo, señor,
no sé nada. Este es don Cosme, *ap.*
temblando de miedo estoy.

Doña Ana.

Don Luis....

Don Luis.

No hay don Luis y Doña Ana:
estos desengaños son
muy costosos, yo no tengo

(1) *Suena una seña en el balcon.*

Doña Ana.

Mi hermano
entró ya: ¡válgame Dios!
si se quitasen del paso,
para que salga don Luis.

Don Luis.

Don Diego entró; bien me ha estado
que con los dos se detenga.

Don Diego.

Yo me resuelvo á apurarlo.

Don Cosme.

Dale que ha de estar tapada:
pero quien ..... ¿Don Diego? andallo, *ap.*
aquí se ha de undir el mundo.

Doña Isabel.

¡Hay mas raros sobresaltos!

Don Diego.

¿Don Cosme, qué es esto? ¿vos
entrais de esa suerte?

Don Cosme.

Paso,
no me preguntéis, don Diego,
que no respondo en el campo.
Yo estoy resuelto á amparar
á vuestra hermana: apartaos,
doña Ana, hácia mis espaldas,
por si hubiere chinchazos. (1)

Don Diego.

Mi hermana.... ¿pero qué miro? *ap.*
Doña Isabel es, que el manto
levantó para avisarme.
¡Hay empeño mas estraño!

---

(1) *Empuña la espada, y pónese detras doña Isabel, y se descubre á don Diego.*

Don Cosme.

Vive Dios, que me ha temido;
¿si es gallina? ¿quereis algo
para ello? ¿qué decís?

Martin.

Señores, este menguado
nos ha de quitar el juicio.

Don Luis.

Absorto estoy de escucharlo.

Don Cosme.

Si estais de paz, acabemos,
que me cansa lo empuñado.

Don Diego.

No sé qué hacer; pues no es bien *ap.*
sufrir, que ni aun engañado,
piense que me ofende; á todo
he de ocurrir.

Don Cosme.

Buen cuñado,
por cierto.

Don Diego.

Señor Don Cosme,
vos padeceis grande engaño.
Esta dama, que tapada
de vos se está recatando
ni es mi hermana, ni yo puedo
dejar, aquí de estorbaros
con mi acero el conocerla,
si os resolveis á intentarlo. (1)

Don Cosme.

Patarata, patarata;
de risa estoy rebentando.
Así es la corte: que no es *ap.*

(1) *Empuña, y pónese delante de doña Isabel.*

su hermana dice el enitado,
y es eso no querer darse
por entendido del caso;
mas no le valdrá, Don Diego,
no hay cosa como hablar claro:
vuestra hermana, que decís,
que no es la que está escuchando,
era mi muger in mente,
y para hablarla del caso,
hice poner una escala
á ese balcon.

Don Luis.

¡Qué he escuchado!
¿De este necio era la escala?
¡Ah traidora!

Doña Ana.

Bien quedamos
de esta vez, vanidad mia.

Don Diego.

Átándome está las manos
su hermana, para que aquí
no le deje castigado
de este atrevimiento.

Don Cosme.

Y como
obligo de mi cuenta, hallando
la puerta de par en par,
por ella de entrar acabo.
Mas soy tan pundonoroso,
y el veros tan respetado
me ha desquejado de suerte,
que ya se me va quitando
la gana de ser su esposo;
y por Jesucristo santo,
que por no tener muger

civil de parte de hermano,
si no me matais primero,
no he de ser vuestro cuñado.

ESCENA XVIII.

Dichos menos don Cosme.

Don Diego.

Espatada.

Doña Isabel.

Tened, don Diego:
¿quereis perderme?

Don Diego.

¡Hay mas raro
disgusto! ¿Doña Isabel,
pues vos, qué es esto? ¿en mi cuarto
de esta suerte, y á esta hora?

Doña Isabel.

Ya, don Diego, me ha engañado
mi fortuna, en que mi honor
solicite vuestro amparo,
cuando padece por vos
estos riesgos.

Don Diego.

¿Yo he causado
vuestros riesgos?

Doña Isabel.

Sí, que luego
que os fuisteis, y yo á mi cuarto
asustada, como visteis,
me quise volver; mi hermano
salió de adentro, la espada
desnuda, el color turbado,
y las voces descompuestas,
y fué fuerza retirarme

Inés y yo hasta el zaguan,
desde donde nos hallamos
empeñadas en salir
huyendo á la calle; y cuando
me ví sin otro recurso,
pidiendo Inés estos mantos
á una amiga suya, vine
á deciros el estado
en que vuestro amor me ha puesto;
y apenas había llegado,
cuando pasó lo que aquí
habeis visto.

Don Luis.

El mismo caso
me ha de sacar del empeño.

Don Diego.

No teneis que congojaros
ni rendiros, pues yo estoy,
bella Isabel, empeñado
en defender vuestra vida;
y así, señora, entre tanto
que se median estas cosas,
podeis estar en el cuarto
de mi hermana.

Doña Ana.

Solo ahora
me faltaba, sobre tantos,
este pesar.

Doña Isabel.

Yo don Diego,
lo primero que os encargo
es, que no me vea doña Ana.

Don Diego.

¿Pues por qué?

Doña Isabel.

No es este caso
para que nadie lo sepa.

Don Diego.

¿Pues mi hermana debe daros?.....

Doña Isabel.

Por ningun caso, don Diego.

Don Diego.

Bien está.

Doña Isabel.

No fuera malo *ap.*
dar venganza á mi enemiga.

Don Diego.

Si fuera algo mas temprano
os pusiera en un convento,
donde estarels entretanto,
que con mas decoro vuestro
llega de mi dicha el plazo;
mas no es posible á esta hora
disponerlo, ni yo hallo
otro medio, que pedir
por esta noche su cuarto
á don Luis, de quien hoy solo
puedo fiar mi cuidado,
trayéndole á él conmigo,
porque estéis con recato,
que se debe á vuestro honor.

Doña Isabel.

Mi honor solo está en mi mano;
vuestra me hizo la fortuna,
y en lo demas, en juzgando
vos que es deber, no tengo
que reparar, mas reparo
en que no sepa quién soy
vuestro amigo.

porque este ahora sin gusto
estoy sin obligacion.

Doña Ana.

Don Luis, el cielo es testigo
de que yo sin culpa estoy.

Don Luis.

Bien está, no os detengais
en disculpas.

Doña Ana.

Pues á Dios,
que en esa cuadra estaré
viendo lo que pasa.

Don Luis.

Y yo
en esa de esotro lado.

Martin.

Y yo hácia la calle voy
á deslumbrar á don Diego.

Don Luis.

Buen pago dais á mi amor,

Doña Ana

Vos vereis el desengaño.

Don Luis.

¿Qué desengaño mayor?

Juana.

Aprisa, que siento pasos
ahí fuera.

Doña Ana

A Dios.

Don Luis.

A Dios. (1)

(1) Retirense á los dos lados.

le hizo discurrir entonces
que si entrar por el balcon
resolvia, por la puerta
se le iria el agresor;
y si por la puerta entraba
dejaba sin prevencion
la ventana, y asi quiso
que entrase por ella yo
á solo espantar la caza,
remitiendo á su valor
el guardar ambas salidas.
Mirad ahora los dos
qué habeis de hacer, porque él queda
en la calle.

Doña Ana.

¡Muerta estoy!

Don Luis.

¡Fuerte empeño!

Juana.

En hora mala *ap.*
troqué la seña.

Martin.

Señor,
resolvamonos aprisa.

Don Luis.

Doña Ana, aunque está mi amor
por tan claras evidencias
desobligado de vos,
soy caballero, y está
obligado mi valor:
adentro os podeis entrar
que aquí retirado yo,
veré en lo que para el lance,
y os defenderé. (1)

(1)

porque este ahora sin gusto
estoy sin obligacion.

Doña Ana.

Don Luis, el cielo es testigo
de que yo sin culpa estoy.

Don Luis.

Bien está, no os detengais
en disculpas.

Doña Ana.

Pues á Dios,
que en esa cuadra estaré
viendo lo que pasa.

Don Luis.

Y yo
en esa de esotro lado.

Martin.

Y yo hácia la calle voy
á deslumbrar á don Diego.

Don Luis.

Buen pago dais á mi amor.

Doña Ana

Vos vereis el desengaño.

Don Luis.

¿Qué desengaño mayor?

Juana.

Aprisa, que siento pasos
ahí fuera.

Doña Ana

A Dios.

Don Luis.

A Dios. (1)

(1) *Retirinse á los dos lados.*

ESCENA XV.

Doña Isabel é Inés con mantos, y don Luis y doña Ana al paño.

Inés.

Todo está solo.

Doña Isabel.

Entra, Inés,
y pregunta por don Diego;
que, ya que fue su amor ciego
causa de mis riesgos, es
empeño suyo ampararme,
y mio el no desear
otro amparo en mi pesar,
cuando por él llego á hallarme
perdida.

Inés.

Bien se ordenó
el que estos mantos nos diese
mi amigo, sin que supiese
la causa que me obligó
á pedirlos: ya no es tanto
mi miedo, que una muger
no conoce á quien temer,
si se vé detras de un manto.

ESCENA XVI.

Dichas y don Cosme.

Don Cosme.

Cansado vengo y rendido.

Inés.

¡Ay Dios! que es tu hermano.

Doña Isabel.

¿Quién?

Inés.

El es.

Doña Isabel.

Pues cúbrete bien.
¿A quién esto ha sucedido?

Don Cosme.

Buscando la escala, hallé
la puerta de mi doña Ana
abierta, y tuve mas gana
de estrarme aquí por mi pie,
que por los pasos agenos
de una escala majadera,
que por lo menos me hiciera
una cabeza de menos.

Don Luis.

¿Tapadas aquí? ¿qué es esto?
¿y don Cosme?

Doña Ana.

¡Hay mas estraño
suceso!

Don Luis.

Parece engaño
del sentido.

Don Cosme.

Yo protesto
ser cortés en la ocasion.
Abro, pues: pero ¿aquí están
dos tapadas: ¿quién serán?
¿mas qué pregunto? ellas son.
Doña Ana es sin duda alguna,
que impaciente de aguardar,
me queria ir á buscar:
yo tengo gentil fortuna.
¡Oh qué bien he discurrido!
luego mi ingenio lo errara;

vive Dios, que es cosa rara
lo que tengo de entendido.
Lleguemos, pues. Yo quisiera....

Doña Isabel.

¿Hay más infeliz muger?

Don Cosme.

Como dijo el otro, ver
toda la carilla entera.

ESCENA XVII.

Dichos, don Diego y Martin.

Don Diego.

Como tardaste en salir,
hice la escala pedazos,
y volviendo hacia la puerta,
vi dos mugeres que entraron
en mi casa, aguardé un poco
que pasase más abajo
un hombre, que por la calle
venia, y acá se ha entrado
tambien. ¿Qué puede ser esto?

Martin.

Yo los encontré, bajando
al zaguan, más no me vieron.

Don Diego.

Aguarda, que, ó yo me engaño,
ó es don Cosme.

Martin.

El es, y está
con dos damas porfiando.

Don Diego.

Y ellas se recatan de él;
escucha un poco.

Doña Ana.

Mi hermano
entró ya: ¡válgame Dios!
si se quitasen del paso,
para que salga don Luis.

Don Luis.

Don Diego entró; bien me ha estado
que con los dos se detenga.

Don Diego.

Yo me resuelvo á apurarlo.

Don Cosme.

Dale que ha de estar tapada;
pero quien ..... ¿Don Diego? andallo, *ap.*
aquí se ha de undir el mundo.

Doña Isabel.

¡Hay mas raros sobresaltos!

Don Diego.

¿Don Cosme, qué es esto? ¿vos
entrais de esa suerte?

Don Cosme.

Paso,
no me preguntéis, don Diego,
que no respondo en el campo.
Yo estoy resuelto á amparar
á vuestra hermana: apartaos,
doña Ana, hácia mis espaldas,
por si hubiere chinchárrazos. (1)

Don Diego.

Mi hermana.... ¿pero qué miro? *ap.*
Doña Isabel es, que el manto
levantó para avisarme.
¡Hay empeño mas estraño!

---

(1) *Empuña la espada, y pónese detras doña Isabel, y se descubre á don Diego.*

Don Cosme.

Vive Dios, que me ha temido:
¿si es gallina? ¿quereis algo
para ello? ¿qué decís?

Martin.

Señores, este menguado
nos ha de quitar el juicio.

Don Luis.

Absorto estoy de escucharlo.

Don Cosme.

Si estais de paz, acabemos,
que me cansa lo empuñado.

Don Diego.

No sé qué hacer; pues no es bien ap.
sufrir, que ni aun engañado
piense que me ofende; á todo
he de ocurrir.

Don Cosme.

Buen cuñado,
por cierto.

Don Diego.

Señor Don Cosme,
vos padeceis grande engaño.
Esta dama, que tapada
de vos se está recatando
ni es mi hermana, ni yo puedo
dejar, aquí de estorbaros
con mi acero el conocerla,
si os resolveis á intentarlo. (1)

Don Cosme.

Patarata, patarata;
de risa estoy reventando.
Así es la corte: qué no es ap.

(1) *Empuña, y pónese delante de doña Isa*

Inés y yo hasta el zaguan,
desde donde nos hallamos
empeñadas en salir
huyendo á la calle; y cuando
me ví sin otro recurso,
pidiendo Inés estos mantos
á una amiga suya, vine
á deciros el estado
en que vuestro amor me ha puesto;
y apenas habia llegado,
cuando pasó lo que aquí
habeis visto.

Don Luis.

El mismo caso
me ha de sacar del empeño.

Don Diego.

No teneis que congojaros
ni rendiros, pues yo estoy,
bella Isabel, empeñado
en defender vuestra vida;
y así, señora, entre tanto
que se median estas cosas,
podeis estar en el cuarto
de mi hermana.

Doña Ana.

Solo ahora
me faltaba, sobre tantos,
este pesar.

Doña Isabel.

Yo don Diego,
lo primero que os encargo,
es, que no me vea doña Ana.

Don Diego.

¿Pues por qué?

civil de parte de hermano,
si no me matais primero,
no he de ser vuestro cuñado.

ESCENA XVIII.

Dichos menos don Cosme.

Don Diego.

Esperad.

Doña Isabel.

Tened, don Diego:
¿quereis perderme?

Don Diego.

¡Hay mas raro
disgusto! ¿Doña Isabel,
pues vos, qué es esto? ¿en mi cuarto
de esta suerte, y á esta hora?

Doña Isabel.

Ya, don Diego, me ha engañado
mi fortuna, en que mi honor
solicite vuestro amparo,
cuando padece por vos
estos riesgos.

Don Diego.

¿Yo he causado
vuestros riesgos?

Doña Isabel.

Sí, que luego
que os fuisteis, y yo á mi cuarto
asustada, como visteis,
me quise volver, mi hermano
salió de adentro, la espada
desnuda, el color turbado,
y las voces descompuestas,
y fué fuerza retirarme

Inés y yo tuvo el zaguan,
desde donde nos hallamos
empeñadas en salir
huyendo á la calle; y cuando
me ví sin otro recurso,
pidiendo Inés estos mantos
á una amiga suya, vine
á deciros el estado
en que vuestro amor me ha puesto;
y apenas había llegado,
cuando pasó lo que aquí
habeis visto.

Don Luis.

El mismo caso
me ha de sacar del empeño.

Don Diego.

No teneis que congojaros
ni rendiros, pues yo estoy,
bella Isabel, empeñado
en defender vuestra vida;
y así, señora, entre tanto,
que se median estas cosas,
podeis estar en el cuarto
de mi hermana.

Doña Ana.

Solo ahora
me faltaba, sobre tantos,
este pesar.

Doña Isabel.

Yo don Diego,
lo primero que os encargo,
es, que no me vea doña Ana.

Don Diego.

¿Pues por qué?

Doña Isabel.

No es este caso
para que nadie lo sepa.

Don Diego.

¿Pues mi hermana debe daros?.....

Doña Isabel.

Por ninguna caso, don Diego.

Don Diego.

Bien está.

Doña Isabel.

No fuera malo *ap.*
dar venganza á mi enemiga.

Don Diego.

Si fuera algo mas temprano
os pusiera en un convento,
donde estarels entre tanto,
que con mas decoro vuestro
llega de mi dicha el plazo;
mas no es posible á esta hora
disponerlo, ni yo hallo
otro medio, que pedir
por esta noche su cuarto
á don Luis, de quien hoy solo
puedo fiar mi cuidado,
trayéndole á él conmigo,
porque estéis con el recato
que se debe á vuestro honor.

Doña Isabel.

Mi honor solo está en mi mano;
vuestra hermana hizo la fortuna,
y en lo demas, en juzgando
vos que es deber, no tengo
que reparar, mas reparo
en que no sepa quién soy
vuestro amigo.

que la ha sabido; ó yo sola,
que para el remedio basto.

Don Luis.

¿Remedio? ¿y decid, con eso
queda cabal vuestro garbo,
si es propiedad del remedio
el llegar despues del daño?

Doña Ana.

¿De suerte que yo sabria
lo que este necio ha intentado?

Don Luis.

Dejadme, no me obligueis
á responder.

Doña Ana.

¿Y esperando
á este necio, os llamaria,
para qué, para ocultaros
mi delito?

Don Luis.

¿Y ese necio
tendria esos desacatos,
si antes no le ocasionára
la infamia de vuestro agrado?

Doña Ana.

Advertid que hablais conmigo.

Don Luis.

¿Advertido y desairado
me quereis? Quedad con Dios.

Doña Isabel.

Mirad, que estoy violentando
mi decoro en deteneros.

Don Luis.

¿Y qué hagé yo en escucharos?

Doña Ana.

Por mí he de volver el tiempo;

Doña Ana.

¿Don Luis, dónde vais? Yo salgo. *ap.*
corrida.

Don Luis.

Doña Ana, á Dios.

Doña Ana.

Oid.

Don Luis.

Mucho desenfado,
ó mucho valor teneis;
pues vuestro respeto ajando,
quereis oir el lenguage
de un hombre desengañado.

Doña Ana.

¡Ah pese á mi sufrimiento!
pues soy tan necia, que á hablaros
de veras me mortifico
en la accion de un mentecato.

Don Luis.

Yo me holgara de ser fácil
de creer, para aventuraros
con lo dócil del oido,
los adornos del engaño;
mas no estoy

Doña Ana.

En callad,
que temo mucho acordaros
cuán necio estais, y correrme
en habéroslo acordado.
La osadía de este loco
remediaré...

Don Luis.

¿Quién?

Doña Ana.

Mi hermano

Doña Ana.

¿Yo detenerle?

¡Oia! Mirad.

Don Luis.

¿Teneis algo
que mandarme?

Doña Ana.

Nada: solo,
que advirtais que habeis jurado.

Don Luis.

Bien está; á Dios: ¿pero oís?

Doña Ana.

¿Qué quereis?

Don Luis.

Si os he llamado,
solo queria deciros,
que no se jurar en vano.

Doña Ana.

¿Esto es amor? ¡yo voy muerta! *ap.*

Don Luis.

¿Esto se quiere? ¡voy rabiando! *ap.*

Doña Ana.

¿Dónde estais, mis altiveces, *ap.*
que asi os dejais mis agravios?

Don Luis.

¿Dónde estais, mis desahogos, *ap.*
que en veras habeis parado?

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Don Cosme y Juancho.

Juancho.

Esto es cierto.

Don Cosme.

¿Qué eso pasa?

Juancho.

Un vecino que lo vió,
me lo dijo á mí.

Don Cosme.

¿Qué entró
don Diego anoche en mi casa?

Juancho.

Si señor, don Diego ha sido
sin duda, y él dia que ahora
tiene oculta á mi señora.

Don Cosme.

¿A mi hermana se ha atrevido
don Diego?

Juancho.

Es gran desafuero.

Don Cosme.

¿Don Diego?

Juancho.

Don Diego pues.

Don Cosme.

Mucho me espanto, porque es

Juancho.

Yo no llegará á decillo,
sino estuviera informado.

Don Cosme.

¿Heme puesto colorado?

Juancho.

No lo veo.

Don Cosme.

¿Ni amarillo?

Juancho.

No señor.

Don Cosme.

Es gran mentira:
¿ni pálido?

Juancho.

No lo toco.

Don Cosme.

¿Ni verdinegro?

Juancho.

Tampoco.

Don Cosme.

¿Pues en qué entiende la ira?
¿qué es posible que no echo
llamas por los ojos?

Juancho.

Muda
es tu cólera.

Don Cosme.

Sin duda
tiene que hacer en el pecho;
quiero pues soplar su fuego.
¿Qué es posible que así fué?
¿Don Diego y mi hermana? á fe
que me ha cansado don Diego.

Juancho.

¿Cansado? poco te amarga,
pues hablas con tal descanso.

Don Cosme.

¿Majadero, si me canso,
no me echaré con la carga?
¿Pareceos que me darán
la muerte á don Diego? Luego
haced doblar por don Diego
al primero sacristan,
y por cuantos Diegos dora
el sol desde polo á polo;
porque por aqueste solo,
piensan la hora de ahora,
sin dudas ni pareceres,
matar mis enojos fieros
mas de cuatro mil don Diegos,
sin los niños y mugeres.

Juancho.

Eso sí es lo que conviene.

Don Cosme.

¿Heme demudado ya?
¿mas que un color se me va,
tras otro que se me viene?
Tú eres vizcaino honrado:
y tienes el juicio presto;
pues hágote para esto
de mi consejo de estado.
Haz cuenta que viene allí
don Diego: yo me mesuro;
él disimula perjuro,
yo se lo entiendo entre mí:
llego en ademan valiente,
mírole con rostro fiero,
él me quita á mi el sombrero

y yo le digo, que miente.

Juancho.

¡Jesus, y qué arrojamiento!

Don Cosme.

¿Pues habrá mas de dejallo?
Eso tengo yo, que callo,
en viendo que no contento.
Vase por acá, su venida
advierto, saco el acero,
y dígole, caballero,
venga mi hermana ó la vida.

Juancho.

¿Eso habias de decir?

Don Cosme.

¿Pues darebe?

Juancho.

Es mala accion.

Don Cosme.

¡Qué revesados que son
los principios del reñir!

Juancho.

¿Eso un caballero ignora?
has de llegar muy compuesto,
y has decirle, en tal puesto,
cuerpo á cuerpo, y á tal hora.

Don Cosme.

Déjalo: ¡qué necia tema!
¿Compuesto y airado? hay tal:
¿y si me diese algun mal
la cólera con la flema?
Pero ya que ello ha de ser,
paciencia, y matarle luego.
Aguarda aquí mientras llego
á aquella botica á hacer
un papel de desafio.

que lo lleves.

Juancho.

¿No es mejor
decírselo tú, señor?

Don Cosme.

No, que si me habla contrito,
me moverá hoy á piedad;
y en fin, yo soy en verdad
mas airado por escrito.

Juancho.

Vaya; pero no quisiera
que al tomar ese papel
alguna libertad él
airado me respondiera,
y me matára al sereno.

Don Cosme.

Bien, ¿y queríades vos
uno, y para mí otro Dios?
Vení acá; ¿y seria muy bueno,
que al llegar yo á señalarle
la campaña muy molino,
me dijéra un desatino,
que me obligára á matarle?
Noramala, hacedlo así;
rompeos y desaenaos;
y si os matáre, dejaos
matar, que yo estoy aquí.

ESCENA II.

Juancho.

Yo sirvo á un entendimiento
de gran fondo: cosa rara
y digna, cierto, de envidia,

es el consuelo que gastan
los bobos en este mundo,
y aquella gran confianza
de que imaginan que son
sentencias las patochadas.

ESCENA III.

Juancho y Juana con manto y un papel.

Juana.

Dos horas ha que perdida,
con un papel de mi ama,
ando buscando á don Elis,
pero Juancho es este; vaya
mientras hago otro papel,
el tal papel á la manga,
que esto que vale dineros
es primero. Juancho!

Juancho.

Juana,
bien vestida.

Juana.

¿Dónde está
tu amo?

Juancho.

Por ahí anda
como ánima en pena. Y bien,
qué hay de nuevo?

Juana.

Que mi casa
está llena de temores;
que don Diego trae la cara
rostituerta, y desde anoche
no ha entrado á ver á su hermana;
que ella pierde el juicio, cuando

que se puso aquella escala
sin su órden, y que yo
niego tan disimulada
que casi yo misma creo
mi mentira.

Juancho.

Esa es la gracia,
que quien bien miente, bien siente.

Juana.

No sino mentir sin alma.
Pero allí he visto á don Luis *ap.*
por aquella encrucijada
muy de prisa: quiero darle
este papel de mi ama.
A Dios.

Juancho.

¿Dónde vas?

Juana.

Ya vuelvo.

Juancho.

Espérate, no te vayas,
que al punto vendrá mi amo.

Juana.

No puedo esperar.

Juancho.

Aguarda,
que no te has de ir

Juana.

Bueno es esó;
vaya el bribon noramala.

Juancho.

¿No me escucharás?

Juana.

No niega (1)
el vizcaino su patria,
muy ladino de porfias,
y muy corto de palabras? *vase.*

Juancho.

¡Hay tal pólvora! no sé
qué ha visto, que con tal maña
camina: pero un papel *alzale.*
se le cayó; de su ama
es sin duda, y es sin duda
para el mio, pues llegaba
á preguntarme por él;
yo he dado con linda maula:
dichoso he sido, perdió
las albricias la cuitada.

ESCENA IV.

Juancho y don Cosme con un papel.

Don Cosme.

En este papel le reto
de salteador, hurta hermanas,
para que salga, si es hombre,
y si no, mas que no salga,
que él está escrito en Bizcaya,
y para matarle basta.
Juanchillo, aquí está el papel
del tal desafio.

Juancho.

Aguarda;
¿qué me albriciaras si yo
te doy?..... Mas no digo nada.

(1) *Deja caer el papel.*

Don Cosme.

¿Qué me has de dar? dilo presto.

Juancho.

¿Qué me has de dar? dilo, acaba.

Don Cosme.

Conforme fuere.

Juancho.

Un papel.

Don Cosme.

¿Va un cuarto que es de doña Ana?

Juancho.

Poco apuestas para dar mucho.

Don Cosme.

Toma esas patacas (1)
¡Qué feliz soy!

Juancho.

Vésle aquí.

Don Cosme.

¿Dónde le hubiste?

Juancho.

En Juana.

Don Cosme.

Déjame, que antes de leerle, con los labios... Pero aguarda, que viene don Luis; ahora te he de hacer segunda paga del papel.

Juancho.

¿Cómo?

Don Cosme.

Eres bobo: escucha un poco y sabrásla.

(1) *Dale un bolsillo, y toma el papel.*

ESCENA IV.

Dichos, don Luis y Martin.

Don Luis.

No puedo hallar á don Diego.

Martin.

El nos citó á nuestra casa
anoche para llevaros
á Isabel, y esta mañana
me dijeron en la suya
que madrugó.

Don Luis.

El intentaba
llevarme consigo anoche,
mas yo fuí á una posada,
por no embarazarle, y pienso
que por huir de Doña Ana.

Don Cosme.

Seais, don Luis, bien venido;

Don Luis.

¡Don Cosme! No me faltaba *ap.*
otro azar sobre mis penas.

Don Cosme.

Don Luis amigo, palabras.

Don Luis.

Decid.

Don Cosme.

Yo estoy agraviado
por mis pecados, la causa
yo me la sé, quien me ofende
es don Diego, y una hermana,
que Dios me dió para él,
pues el solo en ella manda;
en este papel le digo

con toda amistad, que salga
á reñir conmigo; y vos,
pues sois amigo de entrambas
partes, le habeis de dar
el tal papel en sus barbas.

Don Luis.

Don Cosme. (¡hay tal majadero!) *ap.*
ya que me dais tan estraña
comision, yo llevaré *toma el papel.*
el papel; mas cuando salga
don Diego á reñir con vos,
saldré yo á su lado.

Don Cosme.

¿Es chanza?
¿dos contra uno?

Don Luis.

Sacad
otro padrino á campaña.

Don Cosme.

Yo buscaré algun valiente
de cólera agena y brava:
con esto, quedad con Dios,
y veámonos mañana,
si vivimos. Ven, Juanchillo,
que ya te dí la otra paga
del papel, con escusarte
la vuelta que recelabas.

ESCENA VI.

Don Luis y Martin.

Don Luis.

¡Hay mas raro mentecato!

Martin.

Bien notable es su ignorancia;

pero mas sabe que tú,
pues te ha soplado la dama.

Don Luis.

Déjalo, no me lo acuerdes;
que el caso de aquella escala
me tiene muerto.

Martin.

Y á mí
el no haber hallado á Juana
para que entre ambos se acabe
el soliloquio de marras.

ESCENA VII.

Dichos y don Diego.

Don Diego.

¿Don Luis amigo?

Don Luis.

¿Don Diego?

Don Diego.

Rato há que esperando estaba,
á que os dejase ese necio.
¿Que os queria? ¿qué os hablaba?
que me tiene cuidadoso
el suceso de su hermana,
y ya tengo pedida
la licencia para entrarla
en un convento; entre tanto,
que estos disgustos se acaban.

Don Luis.

Un famoso cuento os tengo:
habeis de saber que trata
de reñir con vuestra [illegible]

Don Diego.

¿Pues sabe [illegible]

que está oculta por mi causa
doña Isabel?

Don Luis.

No lo sé;
pero aquí de darme acaba
un papel de desafio
para vos, y tendrá estraña
nota; riamos un poco
antes de reñir.

Don Diego.

Yo estaba
con ánimo de buscarle,
porque se atrevió á mi casa
anoche, y lo he dilatado
hasta poner á su hermana
en el convento. Don Luis,
dadme el papel. (1)

Martin.

Ya le aguardan
á la puerta tres ó cuatro
millones de carcajadas.

Don Diego.

Dejadme leer primero,
porque no se pierda nada
leyendo mal. ¡Mas qué miro! *ap.*
¿esta letra (¡estoy sin alma!)
no es de mi hermana?

Don Luis.

Martin,
llégate acá? No reparas
cuál se ha puesto don Diego
leyendo el papel?

(1) *Dále don Luis el papel.*

Martin.

La cara
se le ha mudado á tres barrios
desde que le abrió.

Don Luis.

Con rara
turbacion vuelve á mirarme
de cuando en cuando.

Don Diego.

Turbada *ap.*
la atencion, mis propios ojos
desmiente. ¡A don Luis mi hermana!
vuelvo á leer, que no es posible.

Martin.

Ten, que otra vez le repasa.

Don Diego lee ap.

Señor don Luis, anoche (sino me acuerdo mal) hicisteis juramento simple de no volver á verme, y temiendo que habeis de quebrantarle, y salir con la frialdad de que no viene á verme quien me busca ciego, me salgo esta tarde disfrazada á Leganitos, huyendo de vos; y os lo aviso para que sepais donde habeis de apartaros de mi. Dios os guarde. Asi llevad con vos á mi hermano pretesto que os asista desde lejos, para que yo esté segura de que no me ha de buscar en casa; y os prevengo esto por si acaso os dejais de vuestra mano.

¡Válgame el cielo! este golpe
que mi suerte me guardaba,
es de aquellos que se sienten
en lo mas vivo del alma.
¿Mi hermana á don Luis? ¿Don Luis,
siendo mi amigo, á mi hermana?
El ha trocado el papel,
y ha creido que me daba
el de don Cosme. ¿Que haré?

que aunque la razon me llama
hácia el enojo, ella misma
deteniéndome la espada,
me dice, que en estos casos
no remedia, sino daña
la espada, porque el honor
aun con la sangre se mancha.
Lo que conviene es callar,
hasta saber de mi hermana
todo el fondo á mi desdicha.
Quiero pues ir á buscarla,
y á justificar mi queja,
antes que de apresurada
lo eche á perder la razon,
ó se yerre la venganza.
Don Luis, á mi se me ofrece
un negocio de importancia:
quedaos con Dios.

Don Luis.

Bueno es eso,
pues cuando á reñir os llama
este necio, y yo le he dicho
que con otro al campo salga,
porque he de salir con vos,
¿queréis que os deje?

Don Diego.

Ahora basta
que os diga que no es pendencia
en lo que el papel me habla,
y que si llegare el caso
de reñir, os doy palabra
de avisaros.

Don Luis.

Yo no puedo
dejaros.

Don Diego.

Ni yo os dejara
si pudiera.

Don Luis.

A cualquier parte
os he de seguir.

Don Diego.

Es vana
porfia.

Don Luis.

Soy vuestro amigo.

Don Diego.

Yo os lo diré cuando salga
de una duda, que se ha puesto
á culpar mi confianza. *Vase.*

Don Luis.

¿Qué es es esto?

Martin.

Yo no lo entiendo:
parece que va de mala.

Don Luis.

¿Qué le habrá escrito don Cosme,
que le ha irritado?

Martin.

Es muy agria
la nota de un majadero
que desafia.

Don Luis.

A la larga
le he de seguir; pero allí
viene don Cosme.

Martin.

Y se llama
con la mano y con la ceda
muy de prisa.

ESCENA VIII.

Dicho y don Cosme.

Don Cosme.

No era nada
el yerro, ¿Don Luis amigo?

Don Luis.

¿Qué traeis?

Don Cosme.

Vengo sin alma:
en denantes (¡bravo chiste!)
creyendo, don Luis, que os daba
el papel de desafio,
os dí el papel de una dama
que recibí al mismo tiempo;
y fuera cosa estremada
darle un papel de requiebros
por otro de cuchilladas.
Veis aquí el papel, troquemos.

Don Luis.

A buen tiempo recordais:
ya tiene el papel don Diego.

Don Cosme.

¿Qué decis? ¡hay tal desgracia!

Don Luis.

¿Pues qué ha sido?

Don Cosme.

¡Jesucristo!

Don Luis.

Tened.

Don Cosme.

Cayose la casa.

Don Luis.

¿Qué es esto?

Don Cosme.

¿Qué ha de ser?
que es el papel de su hermana.

Don Luis.

¿Qué decís?

Don Cosme.

Ahí está el punto.

Don Luis.

Su hermana ..

Don Cosme.

Como unas natas.

Don Luis.

¿Os escribe á vos?

Don Cosme.

Mirad.

Don Luis.

¿Su hermana?

Don Cosme.

No, sino el alba.

Don Luis.

¡Hay mas raso desengaño!

Don Cosme.

Dejadme, don Luis, que vaya
á remediar que don Diego
no la dé algunas patadas,
y quiera luego casarme
con muger aporreada.

ESCENA IX.

Don Luis y Martin.

Don Luis.

¿Qué es esto, Martin?

Martin.

¡Muy buenos
quedamos!

Don Luis.

¡Estoy sin alma!
verdad es cuanto me ha dicho,
y sin duda es de doña Ana
el papel, porque el turbarse
don Diego, el callar la causa
de su turbacion, el irse,
y el dejarme aquí con tanta
resolucion, son indicios .....
¿mas qué digo? ¿indicios? claras
evidencias de que escribe
y favorece esta ingrata
á don Cosme. ¿Quién creyera
en una muger tan vana,
tan hermosa y tan atenta,
tan mala eleccion?

Martin.

¿Tan mala
te parece? ¿Ella no busca
marido? ¿pues dónde hallára
mejor marido? Mi madre
decia allá en mis infancias,
que el marido ha de ser bobo,
que no conozca las trampas
de su muger, y añadía;
que la ignorancia era mala,
porque no escusa pecados;
mas que en el hombre de casa;
porque no escusa pecados
era buena la ignorancia.

Don Luis.

Déjame, que estoy sin juicio,

y temo alguna desgracia;
ven conmigo, buscaremos
á don Diego.

Martin.

¡Andallo, pavas!
que un Bobo hace ciento, y este
si le dejan, tiene traza
de embobar siete Castillas
con un poco de Vizcaya.

ESCENA X.

HABITACION DE DON LUIS.

Doña Isabel é Inés poniéndola el manto.

Doña Isabel.

Inés, dame aprisa el manto.

Inés.

¿Dónde vas?

Doña Isabel.

Esto ha de ser.

Inés.

Mucho tienes que perder
para resolverte á tanto.

Doña Isabel.

Por tu vida, Inés, que dejes
esos consejos que dás
fuera de tiempo, y jamas
al despechado aconsejes.
porque cuando la pasion
está obrando tan violenta,
solo sirve de que sienta
la falta de la razon.
La ceguedad de don Diego

esta noche me obligó
á dejar mi casa, y yo,
como sabes, me hallé luego
empeñada en acetar
este cuarto en que ahora estoy,
que es de don Luis, y hoy
discurriendo en mi pesar,
hallo que el estar aquí
no conviene á mi decencia;
pues no puede en la apariencia
ser inculpable, y así
puesto que tarda don Diego,
á la casa de una amiga
me quiero ir.

Inés.

Que te diga
me permite, que si luego
viene á buscarte...

Doña Isabel.

Tú irás
á avisarle.

Inés.

¿Y entre tanto?

Doña Isabel.

¡Qué necedad! Trae tu manto,
y no me repliques más. *Vase Inés.*

Dentro don Cosme.

¿Puedo entrar?

Doña Isabel.

¡Valgame Dios!
¡Mi hermano. *Tapase.*

ESCENA XI.

Dichas y don Cosme.

Don Cosme.

Mas ya estoy dentro.
¿pero quién? ¿tan buen encuentro?
¿Sabeis, mi señora, vos
si podré á don Luis hablar?
¿Mas por qué cerrais el manto?
no os cubrais, que por Dios santo,
que soy hombre de fiar.
¿Otra vez os encubrís?

Doña Isabel.

¡Muerta estoy! *ap.*

Don Cosme.

¿No me entendeis?
basta, señora, que esteis
en el cuarto de don Luis,
para que os bese las manos
sin intencion: los estremos
dejad, porque estar podemos
los dos como dos hermanos.
Vos sois la primer hermosa
que la beldad recatais;
pero pues no os destapais,
no debeis de ser gran cosa.
Decidme si en casa está
el buen don Luis.

Doña Isabel.

¿Qué he de hacer? *ap.*
si hablo me ha de conocer.

Don Cosme.

¿Sois sorda? acabemos ya.

ESCENA XII.

Dichos é Inés con manto y se tapa.

Inés.

Ya, señora, el manto.....

Don Cosme.

¿Quién?

Inés.

¡Válgame Dios! peor es esto.

Doña Isabel.

¡En gran peligro me ha puesto
mi fortuna!

Don Cosme.

¿Acá tambien
se cubren? Esta voz quiero
conocer..... ¿Muger, quién eres?
¿huyes? pues adonde fueres
pienso yo llegar primero.

Inés.

¡Muerta soy! *vase.*

Don Cosme.

Veme aguardando.
Señora mia, esperad,
que ya salgo, y perdonad,
que no os quede acompañando. *vase.*

Doña Isabel.

En gran riesgo está mi vida.
¡Válgame Dios! ¿qué he de hacer?
si él intenta conocer
la criada, soy perdida.
No sé qué medio elegir
contra un riesgo tan urgente.

ESCENA XIII.

Doña Isabel, doña Ana y Juana tapadas.

Doña Ana.

Bien se ha hecho.

Juana.

Lindamente
lo supiste prevenir.

Doña Ana.

Que salia le escribí
al campo, y que me buscase,
y que consigo llevase
á mi hermano, porque así
estén ambos ocupados
á un tiempo, y me den lugar
de venir aquí, y de hablar
á Isabel en mis cuidados;
que ántes que pase adelante
mi empeño, averiguar quiero
el fondo á este amor primero
de mi canteloso amante.

Juana.

¡Si supiera que perdí *ap.*
el papel, y que no hallé
á don Luis! mas yo no sé
ser chismosa contra mí.

Doña Isabel.

Tan turbada estoy, que apenas *ap.*
lo que me sucede sé.

Doña Ana.

Aquí está; lleguemos, Juana.
¿Hermosa doña Isabel? *Llega.*

Doña Isabel.

¿Quién? ¿Doña Ana, vos aquí?

Doña Ana.

Admirada os hallareis
de verme.

Doña Isabel.

Mi muerte es cierta, *ap.*
si él ha conocido á Inés.

Doña Ana.

Pues porque no esteis confusa.....

Doña Isabel.

¡Válgame Dios! ¿qué he de hacer? *ap.*

Doña Ana.

Escusándóos rodeos.....

Doña Isabel.

¡Hay mas sustos!

Doña Ana.

Atended:
aguarda, Juana, allá fuera,
y ten cuidado.

Juana.

Si haré.

ESCENA XIV.

Dichas menos Juana.

Doña Ana.

Aunque os parezca liviana
diligencia la que veis,
y en pechos como los nuestros
no es disculpa el querer bien.....
¿Pero parece que estais
inquieta?

Doña Isabel.

No os admireis,
que es grande el riesgo en que estoy.

Doña Ana.

Si sentís que os llegue á ver
de esa suerte, con mi egemplo
vuestra accion dorar podeis.

Doña Isabel.

No es eso lo que me aflige,
amiga.

Doña Ana.

¿Pues qué teneis?

Doña Isabel.

El mayor riesgo que puede
la imaginacion temer.

Doña Ana.

¿Cielos, qué es esto?

Doña Isabel.

¡Ay de mí! *ap.*
él sale, fuerza ha de ser
esconderme.

Doña Ana.

¿Dónde vais?
esperad.

Doña Isabel.

Pues sois muger,
y es fuerza que una desdicha
compadecida mireis,
ved el riesgo de mi vida;
y lo demas..... Pero haced
lo que os debeis.

Doña Ana.

Aguardad.

Doña Isabel.

No es posible.

Doña Ana.

¿No direis
qué he de hacer?

Doña Isabel.

El caso mismo
dirá lo que habeis de hacer.

ESCENA XV.

Doña Ana, Juana y don Cosme.

Don Cosme.

Vive Dios, que se encerró
el diablo de la muger
en el postrer aposento
de la casa, y que los pies
me duelen de andar á coces
con la puerta: ¿pero quién?
¿Doña Ana hermosa, tú eres?
que la quise conocer.

Doña Ana.

¿Qué es esto? todo se ha errado. *ap.*
¡Turbada estoy!

Don Cosme.

¿Para qué
te tapabas? ¿pero tú
en esta casa?

Doña Ana.

¿Qué haré? *ap.*
sin duda encontró á su hermana
tapada.

Don Cosme.

¿No fuera bien
responderme?

Doña Ana.

Y ahora piensa, *ap.*
que soy yo la que callé.

Don Cosme.

¿Has tenido algun pesar

con tu hermano, por aquel
billete que me escribiste?
¿Qué es esto? ¿ha querido hacer
algun fatricidio horrendo,
y vienes huyendo de él?

Doña Ana.

¿Yo billete? no os entiendo.

Don Cosme.

Predicarla es menester, *ap.*
porque á salir de su casa
no se me atreva otra vez;
yo la pondré como nueva.
Venga acá, doña Ana, ¿es bien,
que una muger como ella,
que aspira á ser mi muger,
se venga en cas de los hombres
solteros? En buena fe,
que el proceder de este modo
no es modo de proceder.
¿Qué dijeran mis abuelos,
si una nuera que busqué
para ellos callejera?
Vinieran (en gloria estén)
mas de cuatro mil Mendietas
á echarse á los pies del Rey.
Antes de enyugarme el cuello
con la estola, he menester
leerla yo la cartilla
del vizcaino A, be, ce,
que al enhornar tiene el riesgo
este pan de la muger.

Doña Ana.

No me faltaba ahora más, *ap.*
que este necio tras haber
errado toda la accion,

pero ya doña Isabel
se habrá escapado; yo quiero
irme de aquí.

Don Cosme.

¿Cómo? ¿qué
os vais? Aun no se ha acabado
la cartilla, deteneos.
Primeramente.....

Doña Ana.

¿Qué es esto?
¿estais en vos? ¿no sabeis
con quién hablais, ó lo necio
mezclais con lo descortés?

Don Cosme.

Oigan, y cómo me trata;
¿qué mas pudierais hacer,
si á mi me hubierais hallado
en cas de alguna muger?

Doña Ana.

Apartad.

Don Cosme

Ya seré breve.

Doña Ana.

¡Hay tal necio!

Don Cosme.

Eso que haceis
es el diablo, que no os deja
oir lo que no está bien.

Doña Ana.

Mirad que se va acercando
demasiado, y yo he de volver
á mi casa antes que pueda,
mi hermano.....

*

ESCENA XVI.

Dichos y Juana.

Juana.

Señora.

Don Cosme.

¿Quién?

Juana.

Presto, que viene don Luis
y tan cerca, que no es
posible salir sin vernos.

Doña Ana.

¡Válgame Dios! ¿qué he de hacer?

Juana.

Escondámonos aprisa
aquí dentro.

Doña Ana.

Dices bien:
entra presto.

ESCENA XVII.

Dichos menos Juana.

Don Cosme.

¿Cómo es esto?
Vos no os habeis de esconder.

Doña Ana.

¿Por qué?

Don Cosme.

Porque no es decencia.

Doña Ana.

Reparad....

Don Cosme.

No lo intenteis:

yo no me escondo en mi vida,
y mi dama no ha de hacer
lo que yo no hiciere.

Doña Ana.

Juana.

Don Cosme.

No hay Juana aquí.

Doña Ana.

Mirad, que es....

Don Cosme.

Sea quien fuere.

Doña Ana

Apartad.

Don Cosme.

Voto á Dios, que no ha de ser (1)

ESCENA XVIII.

Dichos y don Luis.

Don Luis.

No puedo hallar á don Diego,
para ver si puede haber
algun medio en su disgusto,
y vengo á mi cuarto á ver
si por llevar al convento
á esta dama.... ¿Mas quién es?
¿Don Cosme aquí? peor es esto;
y aquella es doña Isabel
su hermana: ¡rara desdicha!
¿Don Cosme, tened, qué haceis?

Don Cosme.

Ahí estaba, no dejando
que se esconda esta muger

(1) *Tápase doña Ana.*

Don Luis.

¿Pues cómo, cuando en mi casa
está una tapada?

Don Cosme.

Y bien;
¿si soy yo á quien ella busca,
qué viene á importar que esté
en vuestra casa?

Doña Ana. *ap.*

Otro riesgo
es este; ¡raro tropel
de pesares!

Don Luis. *ap.*

Segun esto,
no la ha conocido.

Don Cosme.

Fué
preciso el entrarse aquí,
huyendo cierto vayven
de su fortuna, mas yo
estoy enojado; haced
las amistades; llegad,
como que no lo sabeis,
y decidme, que yo tengo
razon, y que ahora es bien
que quiebre por ella, aunque
que yo aparte esperaré
algo ceñudo.

Don Luis. *ap.*

Con esto
(bien se dispone) sabré
de doña Isabel el modo
que aquí podremos tener
de deslumbrar á su hermano.

Cosme, yo llegaré

á hablarle, y á persuadirla
pues vos así lo quereis.

Don Cosme.

Sois mi amigo, andad aprisa,
y reñídmela muy bien.

Doña Ana.

¿Qué es esto que me sucede? *ap.*

Don Luis.

¿Hermosa doña Isabel? *Llega.*

Doña Ana.

El no le ha dicho quien soy; *ap.*
mucho ha sido, callo pues.

Don Luis.

Siento infinito, señora,
los pesares en que os veis;
pero ya que han sucedido,
es preciso disponer
el que salgais de este aprieto.

Doña Ana.

Solo falta que ahora él *ap.*
se me ponga á requebrar
por la otra.

Don Luis.

Estrañareis
que yo no hable en el empeño
de don Diego, cuando fué
primero el mio, mas ya
que soy su amigo, sabeis
y que mi decente amor
al suyo debió ceder
por haceros mas dichosa:
mas no es tiempo de esto, ved,
supuesto que ya os conoce
vuestro hermano, qué podré
decirle para que os deje

con tu hermano, por aquel
billete que me escribiste?
¿Qué es esto? ¿ha querido hacer
algun fatricidio horrendo,
y vienes huyendo de él?

Doña Ana.

¿Yo billete? no os entiendo.

Don Cosme.

Predicarla es menester, *ap.*
porque á salir de su casa
no se me atreva otra vez;
yo la pondré como nueva.
Venga acá, doña Ana, ¿es bien,
que una muger como ella,
que aspira á ser mi muger,
se venga en cas de los hombres
solteros? En buena fe,
que el proceder de este modo
no es modo de proceder.
¿Qué dijeran mis abuelos,
si una hubera que busqué
para ellos callejera?
Vinieran (en gloria estén)
mas de cuatro mil Mendietas
á echarse á los pies del Rey.
Antes de enyugar mi cuello
con la estola, he menester
leerla yo la cartilla
del vizcaino A, be, ce,
que al enhornar tiene el riesgo
este pan de la muger.

Doña Ana.

No me faltaba ahora más, *ap.*
que este necio tras haber
errado toda la accion,

pero ya doña Isabel
se habrá escapado; yo quiero
irme de aquí

Don Cosme.

¿Cómo? ¿qué
os vais? Aun no se ha acabado
la cartilla, deteneos.
Primeramente.....

Doña Ana.

¿Qué es esto?
¿estais en vos? ¿no sabeis
con quién hablais, ó lo necio
mezclais con lo descortés?

Don Cosme.

Oigan, y cómo me trata;
¿qué mas pudierais hacer,
si á mi me hubierais hallado
en cas de alguna muger?

Doña Ana.

Apartad.

Don Cosme

Ya seré breve.

Doña Ana.

¡Hay tal necio?

Don Cosme.

Eso que haceis
es el diablo, que no os deja
oir lo que no está bien.

Doña Ana.

Mirad que se va acercando
la noche, y yo he de volver
á mi casa antes que pueda,
mi hermano.....

*

ESCENA XVI.

Dichos y Juana.

Juana.

Señora.

Don Cosme.

¿Quién?

Juana.

Presto, que viene don Luis
y tan cerca, que no es
posible salir sin vernos.

Doña Ana.

¡Válgame Dios! ¿qué he de hacer?

Juana.

Escondámonos aprisa
aquí dentro.

Doña Ana.

Dices bien:
entra presto.

ESCENA XVII.

Dichos menos Juana.

Don Cosme.

¿Cómo es esto?
Vos no os habeis de esconder.

Doña Ana.

¿Por qué?

Don Cosme.

Porque no es decencia.

Doña Ana.

Reparad....

Don Cosme.

No lo intenteis;

yo no me escondo en mi vida,
y mi dama no ha de hacer
lo que yo no hiciere.

Doña Ana.

Juana.

Don Cosme.

No hay Juana aquí.

Doña Ana.

Mirad, que es....

Don Cosme.

Sea quien fuere.

Doña Ana.

Apartad.

Don Cosme.

Voto á Dios, que no ha de ser (1)

ESCENA XVIII.

Dichos y don Luis.

Don Luis.

No puedo hallar á don Diego,
para ver si puede haber
algun medio en su disgusto,
y vengo á mi cuarto á ver
si por llevar al convento
á esta dama.... ¿Mas quién es?
¿Don Cosme aquí? peor es esto;
y aquella es doña Isabel
su hermana: ¡rara desdicha!
¿Don Cosme, tened, qué haceis?

Don Cosme.

Ahí estaba, no dejando
que se esconda esta muger

(1) *Tápase doña Ana.*

Don Luis.

¿Pues cómo, cuando en mi casa
está una tapada?

Don Cosme.

Y bien;
¿si soy yo á quien ella busca,
qué viene á importar que esté
en vuestra casa?

Doña Ana.

Oido riesgo *ap.*
es este: ¡raro tropel
de pesares!

Don Luis.

Segun esto, *ap.*
no la ha conocido.

Don Cosme.

Fué
preciso el entrarse aquí
huyendo cierto vayven
de su fortuna, mas yo
estoy enojado; haced
las amistades; negad,
como que no lo sabeis,
y decidme, que yo tengo
razon, y que ahora es bien
que quiebre por ella: andad,
que yo aparte esperaré
algo ceñudo.

Don Luis.

Con esto *ap.*
(bien se dispone) sabré
de doña Isabel el modo
que aquí podrá estar
de desumbrar á su hermano.
Don Cosme, yo llegaré

á hablarle, y á persuadirla;
pues vos así lo quereis.

Don Cosme.

Sois mi amigo, andad aprisa,
y reñídmela muy bien.

Doña Ana.

¿Qué es esto que me sucede? *ap.*

Don Luis.

¿Hermosa doña Isabel? *Llega.*

Doña Ana.

El no le ha dicho quien soy; *ap.*
mucho ha sido; callo pues.

Don Luis.

Siento infinito, señora,
los pesares en que os veis;
pero ya que han sucedido,
es preciso disponer
el que salgais de este aprieto.

Doña Ana.

Solo falta que ahora él *ap.*
se me ponga á requebrar
por la otra.

Don Luis.

Estrañareis
que yo os hable en el empeño
de don Diego, cuando fué
primero el mio, mas ya
que soy su amigo sabeis,
y que mi decente amor
al suyo debió ceder
por haceros mas dichosa:
mas no es tiempo de esto, ved,
supuesto que no os conoce
vuestro hermano, qué podré
decirle para que os deje.

¿Callais? ¿no me respondeis?
¿qué es esto?

Doña Ana.

A solos mis zelos
ha estado este caso bien.

Don Cosme.

¿Se hace fuerte? pues, don Luis,
dejadla: si su merced
no quiere desenojarse
santas pascuas.

Don Luis.

Mejor es
irnos, y que la porfia
no pase á grosería.

Don Cosme.

¿Qué?
primero me ha de pedir
perdon. ¿No la conoceis?
pues es la misma doña Ana.

Don Luis.

¿Quién decis?

Don Cosme.

Doña Ana.

Don Luis.

¿Quién?

Don Cosme.

¿Pues á quién queréis que os diga?
Doña Ana: ¿no lo creis?

Don Luis.

No lo creo.

Don Cosme.

Pues, don Luis,
por Dios, que la habeis de ver,
y que la he de descubrir,
aunque me pierda.

Don Luis.

Tened.

Don Cosme.

Apartad.

Doña Ana.

¡Notable empeño! *ap.*

Don Cosme.

Esto ha de ser.

Don Luis.

No ha de ser.

ESCENA XIX.

Dichos y Juana.

Juana.

Señora, tu hermano.

Doña Ana.

¡Ay triste!

Don Luis.

¿Quién dice?

Juana.

¿Quién ha de ser?
Don Diego, que yo le he visto
desde ese balcon.

Don Cosme.

¿Lo veis?
¿es doña Ana, ó no es doña Ana?

Don Luis.

¿Es esto encanto? ¿ella es?
¡Hay mas desengaños, cielos!

Don Cosme.

Destápola sin querer
la criada.

Doña Ana.

Yo estoy muerta.
Señor don Luis, ya me veis

perdida, y el cielo sabe *Descubrese.*
si fuisteis vos, pero haced
lo que vuestra obligacion
debe á una infeliz muger,
que por apurar sus zelos...
pero él llega: Juana, ven. *Vanse.*

Don Cosme.

Aquí es ello: ¿qué os decia?

Don Luis.

Dejadme, que no lo sé.
Solo me faltaba ahora, *ap.*
que cargo me quiera hacer
de que por mí se ha perdido.
¡Ah muger! en fin muger.

ESCENA XX.

Don Cosme, don Luis, don Diego y Martin.

Don Diego.

¿Aquí dijo que vendria
tu amo á buscarme?

Martin.

Sí,
pero ya tarda.

Don Diego.

Yo fui
à Leganitos, y el dia
he perdido sin hallar
á nadie: ¿mas no es aquel
don Luis, y está con él
don Cosme?

Don Cosme.

Hame de entregar
á mi hermana, ó he de hacer
represalia de la suya.

Don Diego.

Mas vale que se concluya
de una vez; esto ha de ser.
Martin, aguarda allá fuera.

ESCENA XXI.

Dichos menos Martin.

Don Cosme.

Don Luis, no me detengais.

Don Luis.

Mirad lo que aventurais.

Don Cosme.

El caerá en la ratonera;
el caso de la honra mia
en un quidam le pondré;
oid, vereis como sé
hablar por alegoría. *Llega.*
Don Diego, el ingenio humano,
solo preguntando gana.
Un hombre tenia una hermana,
y esta tal tenia un hermano;
la hermana se enamoró
de otro hermano, que tenia
otra hermana, y cierto dia
con este las afufó.
La hermana del robador
robó el robado despues;
decidnos ahora pues,
¿cómo quedaron mejor
(para que esto se concluya,
sin tomar uno por otro)
cada uno con la del otro,
ó cada uno con la suya?

Don Diego.

Don Cosme, esas digresiones
para otra ocasion dejemos,
las palabras olvidemos,
y vamos á las razones.
Juntos á los dos he hallado,
y juntos hablaros quiero
en mi cuidado, primero
que haga enojo del cuidado.
Vuestra hermana es ya mi esposa;
el modo se pudo errar,
mas no la accion, ni dejar
de ser vuestra queja ociosa.
Esto supuesto, y que yo
no he de presumir ahora,
que el señor don Luis ignora
lo que su criado vió;
quiero, que aquí nos digais,
¿si fué vuestra aquella escala
que hallé en mi casa?

Don Cosme.

No es mala *ap.*
la pregunta. ¿Eso dudais?

Don Diego.

¿Qué intentó vuestra osadía,
escalando una ventana?

Don Cosme.

Hermanar con vuestra hermana,
como hicisteis con la mia.

Don Diego.

De ese estilo que gastais,
no es facil el enmendaros,
y así dejo de acordaros
con quién, y de quién hablais.

Don Cosme.

Pues vaya de informaciones.

Don Diego.

¿Quién os ayudó á poner
la escala?

Don Cosme.

¿Quién pudo ser?
Amor, criada y doblones.

Don Diego.

¿Súpolo mi hermana?

Don Cosme.

Bien.

Don Diego.

¿Qué decís?

Don Cosme

Dejadme estar.

Don Diego.

Hablad.

Don Cosme.

Ya es mucho apurar.

Don Diego.

Esto he de saber tambien.

Don Cosme.

Usted, ni aun en duda acierta;
¿si lo supiera su hermana,
fuera yo por la ventana
á la que manda en la puerta?
Antes, como ella es tan fiera,
que pasó una cosa brava,
que iba yo á verla, y entraba
temblando de que me viera.

Don Diego.

Pues, don Luis, aunque yo estaba
seguro de esta verdad,
y bastaba estarlo yo,

he querido que lo oigais
de la boca de don Cosme.

Don Luis.

Yo, amigo, puedo dudar
que si vuestro honor...

Don Diego.

No es eso
lo que os propongo, escuchad.
Yo soy vuestro amigo, y antes
de hablaros en lo que es ya
preciso, y en lo que vos
me queréis tambien hablar;
he querido hablaros decente
lo que os digo, y que veais
en lo que atiende la mia,
lo que erró vuestra amistad.
Mi hermana, señor don Luis,
(vos lo sabeis, claro está)
os aventaja en la hacienda,
y es ignalmente demas,
vuestra esposa ha de ser hoy;
y siento mucho que hayais oido
dispuesto, que jamas á queja
esto que es felicidad.

Don Luis.

Don Diego... ¡Máldgame el cielo! *ap.*
¡raro empeño! ¡estoy mortal!

Don Cosme.

Dejémosle responder. *ap.*
que los sordos nos oirán
despues.

Don Diego.

¿Qué me respondeis?

Don Luis.

No estrañeis...

Don Diego.

¿No he de estrañar
que me respondais dudoso?
Cosas de esta calidad,
sin el acero en la mano,
no se empiezan á dudar. *Empuña.*
Vive Dios.....

Don Luis.

Tened la espada,
que si una vez la sacais,
aunque es preciso el airme,
quedareis de airme incapaz;
porque en sacando la espada,
vuestros oidos serán
de bronce, y será de acero
la lengua con que habeis de hablar.
Vuestra hermana está casada;
¿qué me proponeis?

Don Diego.

¿Qué está
casada? ¿con quién?

Don Gomez.

Conmigo,
y no será bien que haga ya,
que sea en tratos y en guerra,
lo que ha sido en paz y en paz.

Don Diego.

¿Dícese esto?

Don Luis.

No, si don Diego,
de vos me puedo quejar,
pues habiendo recibido
de mi mano poco há
un papel, que vuestra hermana
escribió á don Gomez, hablais.

en que puede ser mi esposa
quien favorece.....

Don Diego.

Aguardad,
que me estoy templando yo,
y vos os precipitais.
veis aquí el papel, don Luis;
leedle, que él os dirá
si os podeis quejar de mí.

Don Luis.

¡Qué es esto, cielos!

Don Diego.

Tomad,
que yo, sobrado de atento,
quiero que en este pesar, *dale el papel.*
porque el honor quede bien,
quede el sentimiento mal.
¿Es para vos el papel?
¿es de mi hermana? ¿os turbais?
¿es otro á quien favorece?

Don Cosme.

Dale que ha de porfiar:
ese papel yo le dí
al señor don Luis, por dar
otro en que desafiaba
á un amigo.

Don Luis.

¡Esto es verdad! *ap.*
es sueño, ó es ilusion!
¿pues cómo pudo llegar
este papel á las manos
de don Cosme?

Don Diego.

¿Qué esperais?
entre hombres como nosotros,

yerros de esta calidad
se enmiendan, no se disculpan.

Don Luis.

Don Diego, la ceguedad
de un amor, que no es delito
si es decente...

Don Diego.

Bien está
esa disculpa, y no busco
sino el remedio.

Don Luis.

Pues ya
que en el caso de la escala
no me queda que dudar,
ni en el papel, y que es tiempo
de verdades, preguntad
á don Cosme, si yo mismo
hallé con él poco há
á vuestra hermana.

Don Diego.

¿A mi hermana?

Don Cosme.

Dice la pura verdad;
y eso es querer descasarme,
y hermanas se han visto ya
descasar por el Vicario,
pero no por la hermandad.

Don Diego.

¿Pues donde, ó como?

ESCENA XXII.

Dichos, doña Ana, doña Isabel, Inés y Juana.

Doña Ana.

Ya es fuerza,

doña Isabel, que volvais
por mi honor. Yo os lo diré,
que os he escuchado, y no es ya
tiempo de guardar la vida,
padeciendo lo que es mas.

ESCENA XXIII.

Dichos, Martin y Juancho.

Martin.

Juanchillo, el diablo anda suelto.

Juancho.

Todos estamos acá.

Martin.

¿Si se ha mudado á esta casa
el Valle de Josafat?

Don Diego.

¿Doña Ana aquí?

Don Luis.

Si, don Diego,
ved si os digo la verdad.

Don Cosme.

Señora hermana perdida,
bien parecida seais.

Doña Ana

Muy necio, señor don Luis,
Don Diego, dejame hablar
en defensa de mi honor,
que luego, hermano, podrá
satisfacerse tu enojo,
y si en mi le has de vengar,
donde está mi confusion,
tu ménos estará de mas.
Muy necio (digo) ó muy ciego,
señor don Luis, estais,

pues llegais á presumir,
que yo habia de buscar
á don Cosme en vuestro cuarto,
y mas cuando en él está
su hermana, y sabeis que yo
lo sabia.

Doña Isabel.

Eso es errar
los principios, ó querer
desconocer la verdad.
Doña Ana me vino á ver,
y aun no acababa de entrar,
cuando mi hermano llegó.

Doña Ana

Y si ese papel mirais
los dos, veréis que á los dos
con él quise embarazar
por hacer esta visita;
y tú, don Diego, hallarás,
que mi yerro fue querer
á un hombre, que tu amistad
calificó, y tu alabanza
hizo amable: en lo demas
yo he de poner el dolor,
y tú el remedio has de dar.

Don Luis.

¡Hay mas estraño suceso!
¿Mas cómo pudo llegar
este papel á las manos
de don Cosme?

Juana.

Eso será,
que yo le perdí al llevarle,
y callé por ocultar
mi culpa.

*

Juancho.

Y que yo lo hallé;
y se le dí, por ganar
las albricias, á mi amo.

Don Cosme.

Y que yo por otro tal
le troqué: mas las albricias,
si tan contentico estais,
yo os las pondré en vuestra cuenta.

Don Luis.

Aguardad, no prosigais,
que á todos nos ha tenido
necios vuestra necedad.

Martin.

Miren si un Bobo hace ciento,
como el loco del refran.

Don Diego.

Pues ved ahora, don Luis,
si os queda algo que dudar,
y si otro escrúpulo os queda,
solo os digo, que será
bien que con menos testigos
lo ajustemos.

Don Luis.

Aguardad,
que este duelo de los dos
ajustado quedará,
rindiendo yo á vuestra hermana
la mano y la libertad.

Doña Ana.

Aunque para castigaros
quisiera poder dejar
de ser vuestra, esta es mi mano. (1)

(1) *Dánse las manos don Luis y doña Ana.*

Don Diego.

Y la mia quedará
premiada con el favor *dále la mano.*
de doña Isabel.

Don Cosme.

Tomad
si soy muy bobo, pues quedo
soltero, y hago casar
á los otros.

Martin.

Yo tambien
me quedo en mi libertad,
porque no me han satisfecho,
ni me han dejado acabar
un soliloquio.

Todos.

Y con esto
la comedia aquí fin dá:
decid que un Bobo hace ciento,
sus defectos perdonad.

Yo confieso, que es estraño
majadero el tal don Cosme,
y que es recien trasplantado
Vizcaino; hombre en efecto
de los del duelo en la mano,
y la razon en el pie;
muy señor de mayorazgo,
y que tras lo presumido
junto á lo desconfiado.

Así describe Martin en estos versos de la escena I. del primer acto el carácter del protagonista, que con sus impertinencias é indiscrecciones, embrolla á los demas personages y forma la intriga de la pieza. En efecto, desde que don Luis sospecha por la declaracion de don Cosme en la escena III, que es el amante de doña Ana, el interés de la comedia crece gradualmente hasta su fin manifestando el poeta un ingenio poco comun en las situaciones en que coloca sus personages. Todas las escenas y particularmente en las que habla don Cosme, se manifiesta el talento del autor. Entre estas hay algunas bellísimas: tal es la III del segundo acto en que don Cosme determina escalar el balcon de doña Ana, habiendo sobornado á su criada. Esta escena produce despues la XIV del mismo acto que es muy interesante y muy teatral: finalmente el trueque del papel del desafio, por el cual dió á don Luis, y este á don Diego, el que se le perdió á Juana, descubre los amores de su ama con don Luis, y prepara el desenlace que es natural y verosimil. El plan y el modo de conducirle acreditan el ingenio del autor: no

hay ningun personage demas en esta pieza; y los caractéres son variados y están bien desenvueltos.

El de don Cosme parece una imitacion del Lindo don Diego de don Agustin Moreto y Cabaña. En la comedia de este autor se pinta un fátuo persuadido de que con los adornos de su trage y la gallardía de su presencia, cautiva todas las mugeres: en la de Solís tambien adolece el protagonista del mismo achaque. Así lo manifiesta en la escena X del acto segundo.

Don Cosme.
Juanchillo,
¿qué es eso?
Juancho.
Que en el zaguan
se nos habian metido
dos mugeres.
Don Cosme.
¿De qué porte?
Juancho.
De seda eran los vestidos;
pero serian su porte
medio real.
Don Cosme.
¡Qué Vizcaino
te estás! serian quejosas,
que me rondan por esquivo:
. . . . . .
No me admiro;
soy de codiciar, y hay muchas,
que honrarse quieren conmigo,
y con la sangre Mendieta, &c.

El Lindo don Diego cree que sus dos primas le adoran perdidamente, y don Cosme juzga lo mismo

de doña Ana, aunque no le ha dado la menor prueba de cariño y estimacion. Sin embargo, el objeto que se propuso Solís, segun se infiere del título de esta comedia, no fue el pintar en don Cosme la fatuidad y el orgullo, como se propuso Moreto en el Lindo don Diego, sino probar que un necio puede con sus acciones y discursos trastornar el juicio de las personas que le rodean. Considerada su obra bajo este aspecto, tiene un mérito particular; pero comparado el caracter de don Cosme con el del Lindo don Diego, se queda muy inferior. Moreto dotado de mucho talento y fuerza cómica, presentó un modelo que es casi imposible mejorar; y no solo en esta parte es superior á Solís, sino tambien en las gracias del estilo que en este último se fundan generalmente en equívocos y sutilezas propias del gusto dominante de su tiempo.

El lenguage de Solís es correcto y urbano, y la versificacion fácil y harmoniosa. Así por estas prendas como por el ingenio que manifiesta, es digno de la estimacion de nuestros lectores.

EL AMOR
AL USO.

de doña Ana, aunque no la ha dado la menor prueba de cariño y estimacion. Sin embargo, el objeto que se propuso Solís, segun se infiere del título de esta comedia, no fue el pintar en don Cosme la fatuidad y el orgullo, como se propuso Moreto en el Lindo don Diego, sino probar que un necio puede con sus acciones y discursos trastornar el juicio de las personas que le rodean. Considerada su obra bajo este aspecto, tiene un mérito particular; pero comparado el caracter de don Cosme con el del Lindo don Diego, se queda muy inferior. Moreto dotado de mucho talento y fuerza cómica, presentó un modelo que es casi imposible mejorar; y no solo en esta parte es superior á Solís, sino tambien en las gracias del estilo que en este último se fundan generalmente en equívocos y sutilezas propias del gusto dominante de su tiempo.

El lenguage de Solís es correcto y urbano, y la versificacion facil y harmoniosa. Así por estas prendas como por el ingenio que manifiesta, es digno de la estimacion de nuestros lectores.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Don Gaspar y Ortuño por una parte, y don Diego y Martin por otra.

Don Diego.
¿Viste á doña Clara bella?
Don Gaspar.
¿Viste á doña Clara? dí.
Martin.
Digo, señor, que la ví.
Ortuño.
Digo que estuve con ella.
Don Diego.
¿Cómo admitió mi cuidado?
Don Gaspar.
¿Fué mi cuidado admitido?
Martin.
Quiérete de lo perdido.
Ortuño.
Quiérete de lo apretado.
Don Diego.
Vive en mi pecho adorada
su hermosura.
Don Gaspar.
A lo que entiendo
de tres que hoy estoy queriendo
es la menos engañada.

PERSONAS.

Don Gaspar.

Don Garcia.

Don Diego.

Don Mendo, viejo.

Ortuño, gracioso.

Martin, criado.

Doña Clara.

Doña Isabel.

Juana, criada.

Inés, criada.

La escena es en Madrid.

se vé lo poco que valen.
Para amante de palacio
era bueno ese corage,
donde han de esperar un siglo
sin esperar un instante.
Templad la cólera, pues,
para el papel de adelante,
si no quereis encontrar
mas apricsa el Dios os guarde

Don Diego.

¡Hay muger tan desigual!
nunca tal donayre ví;
¿pero aquel que viene allí
no es don Gaspar? ¿Don Gaspar?

Don Gaspar.

¿Don Diego?

Don Diego.

Siempre que os veo
deseo llegar á hablaros,
y en cuantos pueden trataros
es este comun deseo;
porque el gusto con que hablais,
el garvo con que sentís,
lo sutil que discurrís,
y lo bizarro que obrais,
os han hecho merecer
de gran cortesano el nombre.

Don Gaspar.

Vos me haceis merced. Este hombre *ap.*
ó es necio, ó me ha menester.

Don Diego.

Yo he menester, don Gaspar...

Don Gaspar.

Miren si lo dije. *ap.*

Ortuño.

Eso sí, no le fié paso
sin intencion, que si ves
boba la fortuna, es
porque lo hace todo acaso.

Don Gaspar.

No has dicho mal.

Ortuño.

¿Por ventura,
aunque tú eres tan famoso
en esto de lo gracioso,
no sabes que eres mi hechura?

Don Gaspar.

Veamos lo que dice aquí
esta dama; que quizá
para hacer reir será
mejor que tú: dice así.
Señor don Diego, decidme;
de que os seais mi amante,
¿qué culpa he tenido yo,
que, quereis que yo os lo pague?
¿pagá quereis? ciertamente
que yo soy tan ignorante...
¿Qué esto?

Ortuño.

Aguarda, ¿no es eso
lo que leiste denantes?

Don Gaspar.

Lo mismo, y de doña Clara
la letra: ¡hay más raro lance!

Ortuño.

¿Qué dices?

Don Gaspar.

Lo que has oido.

se vé lo poco que valen.
para amante de palacio
era bueno ese corage,
donde han de esperar un siglo
sin esperar un instante.
Templad la cólera, pues,
para el papel de adelante,
si no quereis encontrar
mas apricsa el Dios os guarde

Don Diego.

¡Hay muger tan desigual!
nunca tal donayre ví;
¿pero aquel que viene allí
no es don Gaspar? ¿Don Gaspar?

Don Gaspar.

¿Don Diego?

Don Diego.

Siempre que os veo
deseo llegar á hablaros;
y en cuantos pueden trataros
es este comun deseo;
porque el gusto con que hablais,
el garvo con que sentís,
lo sutil que discurrís,
y lo bizarro que obrais,
os han hecho merecer
de gran cortesano el nombre.

Don Gaspar.

Vos me haceis merced. Este hombre *ap.*
ó es necio, ó me ha menester.

Don Diego.

Yo he menester, don Gaspar...

Don Gaspar.

Miren si lo dije. *ap.*

la hermosura, solo es buena
para cuando está delante:
fuera de que este papel
no tiene considerable
favor, y esta dama mezcla
lo honrado con lo galante,
y es en ella lo esparcido
seña de lo incontrastable.

Ortuño.

Lo que yo sé es, que la Clara
es clara, y habla romance;
y si he de decir verdad,
viendo el papel en dos partes,
la quisiera preguntar
á cuantos traslados hace.

Don Gaspar.

Escribirá los que quisiere,
esto pudiera enfadarme
si yo no tuviera otra
dama que me despeñase.
¿Por qué piensas que no puede
ocuparse sola una amante
un hombre? porque galanteando
no hay que hacer y se deshace.
Nunca ha de haber un cuidado
solo, que pueda ensancharse
sin estorbo; mejor es
que con otro se embarace,
que un cuidado ha muerto á muchos,
y muchos no han muerto á nadie:
porque es cierto, aunque los muchos
la imaginacion barajen,
que no hacen una mortal
muchas culpas veniales.
Yo, por lo menos, Ortuño,

si tengo de hablar verdades,
cuando en una parte estoy
rendido, y me dan pesares,
voyme á otra parte, que á mí
el amor mas penetrante,
solamente de esta suerte
me pasa de parte á parte.

Ortuño.

¿Sabes lo que digo?

Don Gaspar.

¿Que?

Ortuño.

Que aunque, de eso nace
el decirse en Madrid, que eres
persona de muchas partes;
pero gracioso has estado,
no se te niegue, que sabes
el chiste; y yo por lo menos
me entretengo de escucharte.

Don Gaspar.

¿Bufon, pierdes me el respeto?

Ortuño.

Deja lo amo á una parte,
que preciarse de muy amo
solo á un vizconde le tañe,
y vamos al caso; al fin,
¿con quién has de despicarte?

Don Gaspar.

Con Isabel.

Ortuño.

Harás bien,
que por cierto que es un ángel,
y hará lo mismo que estotra,
cuando tú menos te cates.

*

la hermosura, solo es buena
para cuando está delante:
fuera de que este papel
no tiene considerable
favor, y esta dama junta
lo honrado con lo galante,
y es en ella lo esparcido
seña de lo incontrastable.

Ortuño.

Lo que yo sé es que la Clara
es clara, y habla en romance;
y si he de decir verdad,
viendo el papel en dos partes,
la quisiera preguntar
á cuantos traslados hace.

Don Gaspar.

Escribe á esa que quisieres
[illegible]
si yo no tuviera otra
dama que me despidiese.
¿Por qué piensas que no puede
que le [illegible]
un [illegible]
no hay que hacer y se deshace.
Nunca ha de haber un cuidado
solo, que pueda ensancharse
sin estorbo, mejor es
que con otro se embarace,
que un cuidado ha muerto á muchos,
y muchos no han muerto á nadie:
porque es cierto, aunque los muchos
la imaginacion barajen,
que no hacen una mortal
muchas culpas veniales.
Yo, por lo menos, Ortuño,

vé á lo demas. ¿Don Gaspar? (1)

Don Gaspar.

Don García, Dios os guarde.

Don García.

Rato há que os ando á buscar.

Don Gaspar.

¿Pues qué teneis que mandarme?

Don García.

Todo el pecho he de daros;
mi amigo sois, escuchadme.
Bien sabeis que há pocos dias,
que despues de varios lances
de mi fortuna, volví
á Madrid, porque mis padres,
por algunas conveniencias,
trataron de desposarme
con una dama, á quien yo,
aunque es su belleza grande,
no me inclino. Debíale *ap.*
doña Clara, el que yo calle
su nombre, cuando confieso,
que no gusto de casarme.
Tambien os dije, que yo,
de otra hermosura era amante,
tan rara, como imposible.

Don Gaspar.

Fueron palabras formales,
por señas, que yo intenté
saber la dama, y mudásteis
plática, desafiando
todas mis curiosidades.

Don García.

Pues, ya, amigo don Gaspar,

(1) *Vase el criado.*

está el caso de tal arte,
que es fuerza que lo sepais.

Don Gaspar.

Estaba por no escucharle;
pero decid.

Don García.

Pues sabed,
que la que adoro constante,
y por quien hoy no me caso,
es doña Isabel de Chaves.

Don Gaspar.

¿Doña Isabel?

Ortuña.

Bueno es esto, *ap.*
guerra, otra dama le sale.

Don García.

¿Pues, qué os admira?

Don Gaspar.

Me admiro
de ver lo que ponderasteis
lo imposible.

Don García.

¿No sabeis,
que el que me obligó á ausentarme
de esta corte, fué don Diego
su hermano, por los pesares
antiguos, y que aun entonces
se dieron medios bastantes
para el pundonor? No sé
si los admitió el corage.

Don Gaspar.

Bien sé que son enemigos,
y el don Diego no ha un instante
que estuvo conmigo aquí,
pero á las dificultades

se vé lo poco que valen.
para amante de palacio
era bueno ese corage,
donde han de esperar un siglo
sin esperar un instante.
Templad la cólera, pues,
para el papel de adelante,
si no quereis encontrar
mas apriesa el Dios os guarde

Don Diego.

¡Hay muger tan desigual!
nunca tal donayre ví;
¿pero aquel que viene allí
no es don Gaspar? ¿Don Gaspar?

Don Gaspar.

¿Don Diego?

Don Diego.

Siempre que os veo
deseo llegar á hablaros;
y en cuantos pueden trataros
es este comun deseo;
porque el gusto con que hablais,
el garvo con que sentís,
lo sutil que discurrís,
y lo bizarro que obrais,
os han hecho merecer
de gran cortesano el nombre.

Don Gaspar.

Vos me haceis merced. Este hombre *ap.*
ó es necio, ó me ha menester.

Don Diego.

Yo he menester, don Gaspar...

Don Gaspar.

Miren si lo dije. *ap.*

Don Diego.

Que hoy,
de un raro empeño en que estoy,
me venga á desempeñar
vustro ingenio.

Don Gaspar.

Bien podeis
seguramente mandarme.

Don Diego.

Volveis de nuevo á empeñarme
con la merced que me haceis.
Sabed, pues, que á cierta dama,
que ardor procurado ha sido,
porque mi pecho encendido
arde en invisible llama,
escribí ayer un papel,
pidiendo de mi cuidado
el premio, y ese criado
me trae la respuesta de él;
son versos, yo entiendo de esto,
lo que sabeis, don Gaspar,
pues nunca supe pasar
lo ignorante por modesto;
y así he menester que vos
á este papel respondais.

Don Gaspar.

Haré lo que me mandais.

Don Diego.

Yo os buscaré.

Don Gaspar.

A Dios.

Don Diego.

A Dios.

Don Gaspar.

En esta calle
ha de vivir.

Ortuño.

¿Quién es esta
que quieres sin darme parte?

Don Gaspar.

Ha, pocos dias, Ortuño,
que la hablé, bajando al Parque,
y la vine acompañando:
es pícara de buena arte,
poco porte, buen despejo,
bien prendida, no mal talle,
y es mejor el hacer hora
que es cosa muy importante.

Ortuño.

Tienes en eso buen gusto;
pero ahora no la hables.

Don Gaspar.

¿Por qué?

Ortuño.

Porque está ocupada,
yo lo sé.

Don Gaspar.

¿De qué lo sabes?

Ortuño.

De que á tí te dice mal,
y no importará mudarte:
pide tahur otra suerte,
y no pidas otro naipe.

Don Gaspar.

Ya á la casa hemos llegado:
entra, pues, en ella, y sabe
si puedo entrar.

Ortuño.

¿Cuál de aquestas
es la casa?

Don Gaspar.

Aquella grande.

Ortuño.

¿Y en qué cuarto?

Don Gaspar.

En el postrero,
que cae hácia esotra calle.

Ortuño.

Ven acá ¿y cómo se llama?

Don Gaspar.

Doña Juana.

Ortuño.

¿Juana? tate
¿no es una moza triguena,
que tiene los ojos grandes,
y canta un poco?

Don Gaspar.

La misma.

Ortuño.

Pues usted pase adelante.

Don Gaspar.

Anda, loco.

Ortuño.

Vive Cristo,
que si en ti no he de vengarme,
porque no es facil, señor,
en ella sí, porque es facil.

Don Gaspar.

¿Pues quién es esta?

Ortuño.

Mi moza.

Don Gaspar.

¿Qué dices?

Ortuño.

Lo que escuchaste.

Don Gaspar.

Pues esto, ¿qué importa?

Ortuño.

¿Cómo?

no hagamos de esto donaire,
que aunque es tuyo mi respeto,
mi respeto no es de nadie;
fuera de que esta mañana
ha salido á acomodarse
con una ama que ha buscado:
con que yo no puedo darle
el plato de Talavera,
sino de medio mogate:
no me ha avisado la casa,
aunque quedó en avisarme;
y así, ni aun yo sabré de ella;
no hay sino echar otro lance,
pues eres tan infeliz,
que ni aun á las tres hallaste
la vencida.

Don Gaspar.

¿Y eso llamas
ser infeliz, ignorante?
Sololas dichoso en mugeres
aquel de quien caso no hacen.

Ortuño.

Bien te consuelas.

Don Gaspar.

No es eso,
sino apurar las verdades.
Decia un hombre cortesano,

que el llamar en cualquier lance
á la casa de la dama,
no es accion que puede errarse,
porque hace lo que yo quiero,
si acaso la puerta me abre,
y sino me abre la puerta,
lo que me conviene hace.

Ortuño.

¿Sabes, señor, lo que digo?
la Clara escribe á otro amante,
la Isabel habla de noche,
y Juana es mia, pues date
á otro oficio, porque aquese
tiene muchos oficiales.

Don Gaspar.

Ven, Ortuño, que verás
rendidas las voluntades
de la Clara, la Isabel
y la Juana, á pocos lances,
con solo que yo recete
á la Clara unos pesares,
á la Isabel unos zelos,
y á la Juana unos reales.

Ortuño.

Anda, que si esta mañana
con tres damas madrugaste,
tres te faltan para tres,
y aun no ha llegado la tarde.

si tengo de tener verdades,
cuando en una parte estoy
rendido, y me dan pesares,
voyme á otra parte, que á mí
el amor mas penetrante,
solamente de esta suerte
me pasa de parte á parte.

Ortuño.

¿Sabes lo que digo?

Don Gaspar.

¿Que?

Ortuño.

Que sin duda, de eso nace
el decirse en Madrid, que eres
persona de muchas partes;
pero gracioso has estado,
no se te niegue, que sabes
el chiste, y yo por lo menos
me entretengo de escucharte.

Don Gaspar.

¿Bufon, pierdes me el respeto?

Ortuño.

Deja lo mio á una parte,
que preciarse de muy amo
solo á un vizconde le tañe,
y vamos al caso; al fin,
¿con quién has de despicarte?

Don Gaspar.

Con Isabel.

Ortuño.

Harás bien,
que por cierto que es un ángel,
y hará lo mismo que estotra,
cuando tú menos te cates.

si juzgais que hubo eleccion
en tan voluntaria accion,
obra fue de esa beldad,
el parecer voluntad
lo que ha sido sujecion.

Doña Isabel.

Dejad, señor don Garcia,
tan mal fundada fineza,
que deslucís la firmeza,
con visos de la porfia.
Público este sitio es;
y á costa de mi opinion,
no es bien que vuestra aficion
solicite su interés,
que el amigo siempre se inclina
á juzgar con cierta fe,
y le parece que ve
aun aquello que imagina;
y así, la que ha de cuidar
de sí, en nada ha de escoder,
supuesto que está el creer
tan cerca del sospechar;
demas, que si estais tratado
de casar con doña Clara,
cuya belleza es tan rara
como lo habeis ponderado,
no os admireis de que esté
hoy mi rigor tan estraño,
ni busqueis mas desengaño,
que sabeis que yo lo sé.

Don Garcia.

Señora, pues lo sabeis,
sabed que aunque se trató,
lo estoy resistiendo yo
por vuestro amor.

Doña Isabel.

Mal hacéis,
que todo lo habréis perdido.

Don García.

Mas quiero vuestro rigor,
señora, que su favor,
demas que ella no ha admitido
la plática.

Doña Isabel.

A Dios pluguiera,
que no me hiciera el pesar
de admitir á don Gaspar,
y á todo el mundo admitiera.
Dejad, pues, de acompañarme,
que esa dama no es mi amiga,
y no quiero que se diga,
que os admito por vengarme.

Don García.

Señora, si yo perdí
la libertad.

Doña Isabel.

Que os quedéis
os suplico.

Don García.

Mal podréis.

Doña Isabel.

Yo no he de pasar de aquí
si no os quedáis, don García.

Don García.

Mis afectos estorbais.

Doña Isabel.

Haciendo un pesar me estais,
que ya toca en grosería.

está el caso de tal suerte,
que es fuerza que lo sepais.

Don Gaspar.

Estaba por no escucharle;
pero decid.

Don García.

Pues sabed,
que la que adoro constante,
y por quien hoy no me caso,
es doña Isabel de Chaves.

Don Gaspar.

¿Doña Isabel?

Ortuña.

Bueno está esto, *ap.*
guerra, otra dama le sale.

Don García.

¿Pues, qué, os admirais?

Don Gaspar.

Me admiro
de ver lo que ponderasteis
lo imposible.

Don García.

¿No sabeis,
que el que me obligó á ausentarme
de esta corte, fué don Diego,
su hermano, por los pesares
antiguos, y que entonces
se dieron medios bastantes
para el pundonor? No sé
si los admitió el ofendido.

Don Gaspar.

Bien sé que son mis amigos,
y el don Diego no ha un instante
que estuvo conmigo aquí,
pero á las dificultades

no las llameis imposibles.

Don García.

Para el amor todo es facil.
Sabed, pues, que esta noche
entró en su casa algo tarde,
y como no os hizarría
esponerme á algun desaire,
por no despreciar el riesgo
de vos quiero acompañarme.
Valíme de una criada,
mas no quiero confiarle,
que es mi amor tan despreciado
que de estos medios se vale.
¿Qué me decís?

Don Gaspar.

Que os iré
sirviendo.

Don García.

Pues al instante
que anochezca, os buscaré.

Don Gaspar.

En casa estoy.

Don García.

Dios os guarde.

ESCENA IV.

Dichos menos don García.

Ortuño.

Oyé ucé, señor, ¿no es esta
la dama quita pesares?
¿No es la atenta? ¿no es la fina?
por vida de quien se harte,
pues estaba satisfecho
y han pasado dos instantes,

comerá.

Don Gaspar.

Tú empeñarás
á decir mi disparate.

Ortuño.

Dí ahora que no lo sientes.

Don Gaspar.

¿Qué he de sentir, ignorante?

Ortuño.

Que en las heridas de amor
te están echando vinagre.

Don Gaspar.

Ortuño, á menos lugares,
mas ganancia.

Ortuño.

Esos refranes
son de viejos, que no pueden,
y echan la culpa al que saben.
Y bien ¿qué piensas hacer?
en efecto ¿ha de quedarse
de este modo?

Don Gaspar.

Que con ellas
verásme ciego, verásme
interrumpida la accion,
y las voces desiguales,
quejarme sin acento mas
que la gana de quejarme;
y en tanto que esto se logra,
porque no entren los pesares
á tomar mas posesion,
firme otro rato á otra parte.

Ortuño.

Plegue á Dios que á camas tres
no haya enfermo.

Don Gaspar.

En esta calle
ha de vivir.

Ortuño.

¿Quién es esta
que quieres sin darme parte?

Don Gaspar.

Ha, pocos dias, Ortuño,
que la hablé, bajando al Parque,
y la vine acompañando:
es pícara de buena arte,
poco porte, buen despejo,
bien prendida, no mal talle,
y es mejor el hacer hora,
que es cosa muy importante.

Ortuño.

Tienes en eso buen gusto;
pero ahora no la hables.

Don Gaspar.

¿Por qué?

Ortuño.

Porque está ocupada,
yo lo sé.

Don Gaspar.

¿De qué lo sabes?

Ortuño.

De que á tí te dice mal,
y no importará mudarte:
pide tahur otra suerte,
y no pidas otro naipe.

Don Gaspar.

Ya á la casa hemos llegado:
entra, pues, en ella, y sabe
si puedo entrar.

Ortuño.

¿Cuál de aquestas
es la casa?

Don Gaspar.

Aquella grande.

Ortuño.

¿Y en qué cuarto?

Don Gaspar.

En el postrero,
que cae hácia esotra calle.

Ortuño.

Ven acá ¿y cómo se llama?

Don Gaspar.

Doña Juana.

Ortuño.

¿Juana? tate
¿no es una moza triguena,
que tiene los ojos grandes,
y canta un poco?

Don Gaspar.

La misma.

Ortuño.

Pues usted pase adelante.

Don Gaspar.

Anda, loco.

Ortuño.

Vive Cristo,
que si en ti no he de vengarme,
porque no es fácil, señor,
en ella sí, porque es fácil.

Don Gaspar.

¿Pues quién es esta?

Ortuño.

Mi moza.

Don Gaspar.

¿Qué dices?

Ortuño.

Lo que escuchaste.

Don Gaspar.

Pues esto, ¿qué importa?

Ortuño.

¿Cómo?

no hagamos de esto donaire,
que aunque es tuyo mi respeto,
mi respeto no es de nadie;
fuera de que esta mañana
ha salido á acomodarse
con una ama que ha buscado:
con que yo no puedo darle
el plato de Talavera,
sino de medio mogate:
no me ha avisado la casa,
aunque quedó en avisarme;
y así, ni aun yo sabré de ella;
no hay sino echar otro lance,
pues eres tan infeliz,
que ni aun á las tres hallaste
la vencida.

Don Gaspar.

¿Y eso llamas
ser infeliz, ignorante?
Solo los dichosos en mugeres
aquel de quien caso no hacen.

Ortuño.

Bien te consuelas.

Don Gaspar.

No es eso,
sino apurar las verdades.
Decia un hombre cortesano,

que el llamar en cualquier lance
á la casa de la dama,
no es accion que puede errarse,
porque hace lo que yo quiero,
si acaso la puerta me abre,
y sino me abre la puerta,
lo que me conviene hace.

Ortuño.

¿Sabes, señor, lo que digo?
la Clara escribe á otro amante,
la Isabel habla de noche,
y Juana es mia, pues date
á otro oficio, porque aquese
tiene muchos oficiales.

Don Gaspar.

Ven, Ortuño, que verás
rendidas las voluntades
de la Clara, la Isabel
y la Juana, á pocos lances,
con solo que yo recete
á la Clara unos pesares,
á la Isabel unos zelos,
y á la Juana unos reales.

Ortuño.

Anda, que si esta mañana
con tres damas madrugaste,
tres te faltan para tres,
y aun no ha llegado la tarde.

ESCENA V.

DECORACION DE CAMPO.

Doña Isabel é Inés con mantos, y don García.

Don García.

Bella Isabel, dueño mio.

Doña Isabel.

Yo no he de pasar de aquí,
si no os quedais.

Don García.

No es en mí
el seguiros, albedrío,
en mi maestro propio desvío
está la dulce violencia,
que arrastra mi resistencia
con oculta mano; pues
vuestro el imperio es,
¿cómo estrañais mi obediencia?
Errando mis pasos van,
pero errando con disculpa,
que el yerro no tiene culpa
del impulso del imán.
Airados, señora, están
conmigo esos ojos bellos,
¿mas quién podrá obedecellos,
si hasta llegar á miralos
causan hechizo en amarlos,
con la lisonja de vellos?
Salir de ese coche os ví,
dando tan nuevos verdores
á este campo, que en sus flores
presuma que os conocí;
sin eleccion os seguí,

si juzgais que hubo eleccion
en tan voluntaria accion,
obra fue de esa beldad,
el parecer voluntad
lo que ha sido sujecion.

Doña Isabel.

Dejad, señor don Garcia,
tán mal fundada fineza,
que deslucis la firmeza,
con visos de la porfia.
Público este sitio es;
y á costa de mi opinion,
no es bien que vuestra aficion
solicite su interés.
que el amigo siempre se inclina
á juzgar con cierta fe,
y le parece que ve
aun aquello que imagina;
y así, la que ha de cuidar
de sí, en nada ha de escoger,
supuesto que está el creer
tan ageno del sospechar
demas, que si estais tratado
de casar con doña Clara,
cuya belleza es tan rara
como lo habeis ponderado,
no la admireis de que esté
hoy mi rigor tan estraño,
ni busqueis mas desengaño,
que saber que yo lo sé.

Don Garcia.

Señora, pues lo sabeis,
sabed que aunque se trató,
lo estoy resistiendo yo
por vuestros ruegos.

Doña Isabel.

Mal haceis,
que todo lo habreis perdido.

Don García.

Mas quiero vuestro rigor,
señora, que su favor,
demas que ella no ha admitido
la plática.

Doña Isabel.

A Dios pluguiera, ap.
que no me hiciera el pesar
de admitir á don Gaspar,
y á todo el mundo admitiera.
Dejad, pues, de acompañarme,
que esa dama no es mi amiga,
y no quiero que se diga,
que os admito por vengarme.

Don García.

Señora, si yo perdí
la libertad.

Doña Isabel.

Que os quedeis
os suplico.

Don García.

Mal podreis.

Doña Isabel.

Yo no he de pasar de aquí
si no os quedais, don García.

Don García.

Mis afectos estorbais.

Doña Isabel.

Haciendo un pesar me estais,
que ya toca en grosería.

ESCENA VI.

Dichos, doña Clara y Juana.

Doña Clara.

Bueno está el campo.

Juana.

Los dias
de sol está muy ameno,
de humanos árboles, siempre
Leganitos.

Doña Clara.

Dame luego
esos papeles, si acaso, *dámelos.*
yo no me acordáre de ellos,
que por no perder el campo,
no me detuve á leerlos.

Juana.

¿Tanto cuidado, señora,
te deben sus pobres dueños,
que han menester mi memoria
para hablar tu pensamiento?

Doña Clara.

Como ha poco que me sirves,
se te hará intratable y nuevo
el modo con que yo trato
este animal imperfecto
del hombre, cuyos engaños,
dobleces, y fingimientos,
estoy por decir que son
aun mayores que los nuestros;
¿mas no es aquel don Garcia?

Juana.

¿Es alguno de los dueños
de estos papeles?

Doña Clara.

No, Juana;
pero es otro, á quien mis deudos
tratan de casar conmigo;
y ella es Isabel. ¡Qué bueno!
también las mentras hablan.

Don García.

Allí á doña Clara veo; *ap.*
pesárame si me ha visto.

Doña Isabel.

Otra vez á decir vuelvo,
que no he de pasar de aquí,
don García.

Don García.

Ya me quedo.

Doña Isabel.

Quedaos, pues. ¿Mas doña Clara *ap.*
no es esta? aunque se ha encubierto,
la he conocido: sin duda,
que me obedeció por eso
tan apriesa don García;
pues no le valdrá.

Don García.

Aunque pierdo
la fortuna de seguiros,
logré la de obedeceros.

Doña Isabel.

Hame obligado de suerte
veros tan cortés y atento,
que os permito que conmigo
vengais hasta el coche.

Don García.

Aquesto *ap.*
es ser...

Doña Isabel.

Tanta fineza,
bien merece tanto premio.
venid.

Don García.

Esto es ya preciso. *ap.*

Doña Isabel.

De entrambos así me vengo. *ap.*

Doña Clara

Anda, Juana, y no te pares,
que me ha cansado este necio. (1)

Doña Isabel.

¡Qué vana!

Doña Clara.

¡Qué presumida!

Doña Isabel.

¿Si me ha conocido!

Doña Clara.

Pienso
que no me vió.

Doña Isabel.

¡Don García!

Don García.

¿Señora?

Doña Isabel.

Hasta aquí está bueno;
ya os podeis quedar.

Don García.

Ahora
perdonadme, que no quiero.

Doña Isabel.

¡Qué sabroso queda el brazo
despues de un tiro bien hecho!

(1) *Van pasando por delante tapadas.*

ESCENA VII.

Doña Clara y Juana.

Juana.

¿No me dirás quién es esta?

Doña Clara.

¿Fuéronse ya?

Juana.

Ya se fueron.

Doña Clara.

Pues esta, Juana, es la dama
de mas raro encogimiento,
la santa de nuestro barrio,
y aquella con cuyos hechos
nos predican nuestras madres
cada dia los egemplos.

Juana.

¿Quieres dejar que mis uñas
se regalen en su gesto,
ó que le diga á su moño
algunas cosas á pelo?

Doña Clara.

Yo te prometo, que en tales
ocasiones echo menos
el ser una de vosotras,
que dais en cualquier suceso
á entender vuestra razon,
obrando, y no discurriendo,
porque es mucho mas bizarro
en toda la ley del duelo,
tener ingenio en las manos
que manos en el ingenio.

Juana.

La razon no quiere fuerza,

dice un refran, y es un necio,
que con fuerza una puñada
tiene cosas de argumento,
y así es mayor la razon
de quien arguye mas recio.

Doña Clara.

Dame agora estos papeles,
por si con ellos divierto
este enfado.

Juana.

¿Pues tú quieres
á este hombre?

Doña Clara.

Yo no quiero
á ninguno, que eso, amiga,
es ya cosa de otro tiempo;
pero aunque nunca se quiera,
enfadan estos sucesos,
que no tiene la hermosura
otro caudal que estos necios;
y así, cualquiera que falte,
aunque en el número de ellos
parezca que está demas,
se siente por uno menos.

Juana.

Dices bien, que cero es nada,
y con otros monta el cero,
mas bien hay en que escoger,
que agora, á lo que yo veo,
dos son los de los papeles,
y este novio es el tercero;
que es un oficio muy propio
de los novios de este tiempo.

Doña Clara.

Aunque esta mañana, Juana,

entraste en mi cuarto, quiero
decirte lo que me pasa,
que despues has de saberlo,
y dándotelo ahora,
te ha de obligar al secreto.
Hoy, Juana, tan desvalida
estoy de amor, que no tengo
sino en solo tres galanes
¿de quién se ha contado esto?
El uno es este que has visto,
Don García de Cisneros,
que muy atento á otra dama,
se toma, aun antes de serlo,
posesiones de marido,
con licencias de grosero.
El segundo es un hermano
de esta cuitada, don Diego
de Chaves, galan lucido,
y entendido caballero;
pero es hombre de veras,
tan finísimo y atento,
que parece de otro siglo,
y en vez de amor pone miedo.
El tercero, amiga, es
un don Gaspar de Toledo.

Juana.

¿Don Gaspar?

Doña Clara.

¿Pues le conoces?

Juana.

Alguna noticia tengo
de él. Si supiera que á mí
me galantea muy tierno,
desde el dia que en el parque
me siguió; pero callemos,

Pues es un mozo que tiene
muchas prendas, muy de aquello
que hoy se usa, fresco chiste,
buen gusto, floride ingenio;
pórtase lucidamente;
escribe muy buenos versos,
no estimándolos en mucho,
qúe es la disculpa de hacerlos;
y en fin, á mí me parece
de suerte, que algun afecto
me mereciera, á no ser
incapaz de amor mi pecho;
pero yo tengo hecho voto
de no enamorarme, y pienso
redimir mi libertad
de este ocioso cautiverio,
donde no hay otras prisiones,
que las de los propios yerros:
pais neutral del amor
soy entre todos aquestos
príncipes devotos; Clara
me llaman, y lo parezco,
porque al modo de Venecia
mi neutralidad conservo;
el que mejor me estuviere
será mi esposo, su tiempo
se vá llegando, no es bien
que se apresure el deseo,
pues le basta su malicia
al dia del casamiento;
pero vaya de papeles,
que gana de saber tengo
lo que aquestos dos galanes
me responden á uno mismo.

Juana.

¿Cómo á uno?

Doña Clara.

Porque yo
escribí á uno, y volviendo
al otro, ví que venía
bien á entrambos un contesto:
y así trasladé el papel,
envié al uno primero
el original, y al otro
remití un traslado luego,
tocado al original;
porque llevase con esto
las mismas gracias, y entrambos
ganasen el jubileo.
Abro, pues, el uno, escucha:
este, Juana, es don Diego;
para el otro te convido,
que es de don Gaspar.

Juana.

Son versos.

Doña Clara.

Versos son: habilidad es
que hasta hoy nos ha encubierto.

Juana.

Para el gasto de su casa
cualquiera escribe.

Doña Clara.

Yo leo.
Alma airada está contigo:
no me escribe á mí este necio;
al alma, sin duda, escribe
algun papel de su cuerpo.
Clori, porque deseais
(qué de veras, y que en ello)

agradamela, y no vais,
(halladísimo grosero)
donde quiera el enemigo:
ya me cansa, ya lo dejo;
ten allá, el de don Gaspar
leamos, que estará lleno
de agudezas cortesanas;
yo aseguro antes de verlo,
que vendrá bien diferente
el segundo del primero.
Alma airada está contigo...
Aguarda, Juana, ¿qué es esto?

Juana.

Todos hablan con el alma.
Clori, porque este es mesmo:
Aguarda, veré yo esotro,
mientras tú le vas leyendo.
Alma airada está contigo,
Clori, porque desdeñas,
agradamela, y no vais
donde quiera el enemigo;
de parte del alma os digo,
que esteis con ella cobarde,
advirtiendo, que mas tarde
al premio habeis de aspirar,
si no quereis encontrar
mas aprisa el Dios os guarde.
Es lo mismo, ello por ello;
con su original concuerda
el traslado.

Doña Clara.

Absorta quedo,
ellos se han comunicado
sin duda todo el suceso.

Juana.

Traslado se dan las partes,
ordinario se hace el pleito.

Doña Clara.

Déjame.

Juana.

Dime, señora,
¿cuál papel es mas discreto?
¿no vino bien diferente
el segundo del primero?

Doña Clara.

Ven, Juana, que la venganza
yo la cargaré á mi ingenio;
¿pero no es mi padre aquel
que hácia acá se acerca?

Juana.

El mesmo,
y con él, sino me engaño,
viene don Gaspar.

Doña Clara.

¿Qué es esto?
¿mi padre con don Gaspar?
¿ó quién hallará algun medio
para hablarle?

Juana.

Ven, señora,
que es fuerza que intenta vernos
en este sitio.

Doña Clara.

Tú, Juana,
te queda aquí, pues no hay riesgo
de que te conozca á tí,
habiendo tan poco tiempo
que estás en casa, y si puedes
detente, que yo me llego.

hácia el coche, mientras pasa
mi padre, y al punto vuelvo. *Vase.*

Juana.

Anda, y descuida: no es malo
cometerme que haga tercio
con el mismo que me está
solicitando muy tierno.

ESCENA VIII.

Don Mendo, don Gaspar y Juana.

Don Mendo.

Esto, señor don Gaspar,
como de paso, os advierto,
porque despues no os quejeis
si os habláre menos cuerdo.
Doña Clara está tratada
de casar, vuestros deseos
se notan ya, el honor limpio
se empaña con el aliento,
yo lo he llegado á saber,
tócame el poner remedio;
pues ahora discurrid
allá para con vos mesmo,
si esta atencion es de honrado,
ó prolijidad de viejo.

Don Gaspar.

Que yo asisto á vuestra calle,
es verdad, señor don Mendo;
¿pero no sabeis que es ella
de otras hermosuras centro?

Don Mendo.

Bien sé que otros imaginan,
que asisten vuestros deseos
á doña Isabel de Chaves,

que vive pared en medio
de mi casa.

Don Gaspar

Y aun entrambas. *ap.*

Yo, señor, nunca confieso
estas cosas.

Don Mendo.

No negarlas
suele bastar; yo suspendo
mi juicio, y vuelvo á deciros,
sin determinado intento,
de malicía, ó de advertencia,
que soy Castro, y aunque viejo,
esta sangre no es de aquellas
que declinan con el tiempo.

ESCENA IX.

Dichos menos don Mendo.

Don Gaspar.

¡Qué graciosa prevencion
para mi humor!

Juana.

¿Caballero?

Don Gaspar.

¿Quién es?

Juana.

Una muger soy,
¿no me veis?

Don Gaspar.

¿Como he de veros,
(¡no parece mala moza!) *ap.*
si es vuestro manto tan necio,
que entre dos que bien se quieren
se pone?

Juana.

¿Ya nos queremos?
¡cierto que no lo he sentido!

Don Gaspar.

Ni yo tampoco lo siento;
pero dicen los poetas,
que suele entrarse en el pecho,
sin que se sienta, el amor;
y si es de ese modo esto,
quizá nos querremos bien
sin saber que nos queremos;
fuera de que es la hermosura,
aun en el manto, avariento.....

Juana.

No digais mas, que ya sé,
que pecais de lisonjero,
embaydor y mentiroso.

Don Gaspar.

Como de estas cosas poco;
pero pues teneis mis señas,
sepa yo por quien me pierdo.

Juana.

¿Queréislo ver?

Don Gaspar.

¿Lo dudais?

Juana.

¡Miradlo bien!

Don Gaspar.

Bien lo veo.

Juana.

Pues yo soy... *destápase.*

Don Gaspar.

¿Mi Juana hermosa?
no en vano estaba mi pecho
tan hallado.

Juana.

Las lisonjas
dejad, que á traeros vengo
un recado.

Don Gaspar.

¿Tú recado?
¿de quién es?

Juana

Del dueño vuestro.

Don Gaspar.

Será tuyo.

Juana.

Ello dirá,
escúchame muy atento:
mi señora doña Clara
de Castro.....

Don Gaspar.

Ya te entiendo;
¿has averiguado algo?
anda, no me pidas zelos
de Clara; que ya pasó:
lo que no ha sido en tu tiempo,
pícara hermosa, no puede
agraviarte.

ESCENA X.

Dichos, y Ortuño al paño.

Ortuño.

¿Qué es aquesto?
¡por Dios que me está mi amo
endureciendo el cabello!
pues si es mi cabeza, ¿cómo
está de su parte el pelo?
esto pasa ya de raya:

aquí de todo mi ingenio:
señor, señor. *llega alborotado.*

Don Gaspar.

¿Qué me quieres?

Juana.

Ortuño: ¡válgame el cielo!
¡si me vió!

Ortuño.

Aprisa.

Don Gaspar.

¿Qué dices?
acaba ya.

Ortuño.

¡Vengo muerto!
Hácia las cruces ahora
desafiados salieron:
¿no los viste?

Don Gaspar.

¿Quién, borracho?

Ortuño.

¿Quién? Don Garcia y don Diego.

Don Gaspar.

¿Qué dices?

Ortuño.

¿No sabes ya
que son enemigos?

Don Gaspar.

Cierto,
que lo he temido, y ida aprisa;
Juana mia, luego vuelvo,
no (1) me vayas de aquí,
que mucho que hablar tenemos,
ven, Ortuño.

(1) *Hace que se va don Gaspar.*

Ortuño.

Si él traspone.....

Don Gaspar.

¿Te quedabas?

Ortuño.

No, por cierto.

Don Gaspar.

Ven delante.

Ortuño.

Soy lacayo; detras voy bien.

Don Gaspar.

Acabemos.

Ortuño.

Pícara, infame, ¿amos quieres? ponerte con amo ofrezco.

ESCENA XI.

Juana.

Fácil disculpa tendré yo con Ortuño, en sabiendo que es mi ama doña Clara, y ahora á buscarla vuelvo, que tarda ya; fuego, amen, en los hombres de este tiempo!

ESCENA XII.

Doña Clara por otra parte.

Doña Clara.

¡Que hubiese de detenerse mi padre en el paso mesmo; de suerte que me ha obligado

á volver aquí; torciendo
el camino en este sitio!
pero ya, ni á Juana veo,
ni á don Gaspar.

ESCENA XIII.

Doña Clara, Don Gaspar y Ortuño.

Don Gaspar.

¡Yo no digo,
qué estás borracho!

Ortuño.

Esto es cierto:
irlos ví. Si se habrá ido,
Juana ya, por Dios eterno;
que está la infame aguardando.

Don Gaspar.

Si don Garcia, muy tierno,
va con una dama ahora
por ese campo, ¿á qué efecto
fué la hazañería?

Ortuño.

¡Así
se guardaran los consejos!

Don Gaspar.

Apártate tú entretanto,
que á hablar esta dama vuelvo.

Ortuño.

Bien sé yo que no hablará,
sabiendo que yo la veo.

Don Gaspar.

Mi bien, ¿he tardado mucho?
¡ó cuánto gusto me has hecho
en haberme aquí aguardado!

Doña Clara.

¿Cómo llega tan contento, *ap.*
(cuando entendí que enojado
llegára?

Don Gaspar.

Acaba, dejemos
los enojos, pues conoces
que te adoro.

Doña Clara.

¿Qué es aquesto? *ap.*

Ortuño.

¡Cómo mira! bien sé yo *ap.*
que callará como un muerto.

Don Gaspar.

Cuando me llamó este loco
estaba, amiga, diciendo
que es verdad que á doña Clara
quise bien en otro tiempo,
mas ya no la puedo ver.

Doña Clara.

¡Qué es esto que escucho, cielos! *ap.*

Ortuño.

Miren ustedes si callas *ap.*
yo sé lo que en ella tengo.

Don Gaspar.

¿La conoces por tu vida?
¿no es causada por aquello
de la presuncion? ¿no mata
aquel desvanecimiento?

Doña Clara.

Muerta estoy, no sé que hacer. *ap.*

Don Gaspar.

¿No me respondes? ¿qué es esto?
¿ahora el rostro me encubres?
quita el manto; mas yo llego,

que con dama de tal porte
no es delito lo grosero
deja picara... Señora, (1)
pues vos.....

Doña Clara.

Yo, pues.

Ortuña.

¿Cómo es esto?
Doña Clara es, vive Cristo:
echóme á perder los zelos.

Don Gaspar.

Señora.....

Doña Clara.

Aquí importa mucho *ap.*
esforzar el sentimiento.

Don Gaspar.

Sabe el cielo.....

Doña Clara.

No me toca
saber lo que sabe el cielo;
lo que me toca es, deciros
que este es el lance postrero
de este amor; ya, don Gaspar,
se rindió mi sufrimiento,
ya estoy resuelta á salir
de este laberinto estrecho,
en que intentaron prenderme
vuestros engaños; y viendo
que la ceguedad de amor
no está en ser los ojos ciegos,
sino en faltarles la luz
que ha menester el objeto;
á soplos de mis suspiros

(1) *Descúbrela, y se turba.*

encender ahora [illegible]
la luz de mi desengaño
en el fuego [illegible]
para que cobren mis ojos
lo que mis pasos perdieron;
y cual suele el caminante
ir temiendo [illegible]
en noche tempestuosa,
para [illegible]
y por no fiarse [illegible]
la senda [illegible]
la mísera luz [illegible]
del relámpago violento,
aunque ha de venir [illegible]
con lo temido del trueno;
así yo, en esta confusa
ceguedad de mis afectos,
sin accion la obscuridad
de mi discurso penetro;
y por no errar el camino
que busca el entendimiento,
la temerosa vislumbre
del desengaño agradezco;
porque viene envuelto en ella
el honor del escarmiento.

[illegible]

Tened, [illegible] que se apague
de este desengaño [illegible]
la luz en ella, leed
dos papeles que hoy vinieron
á mi mano, sino es ya
que la apagueis por no verlos,
ó por hacer que mis ojos
pierdan la luz que adquirieron;
que como aquel animal,

que en el breve firmamento
de su frente es el carbunclo
estrella, cuyos reflejos
conducen al cazador
ambiciosamente atento
y luego ingenioso cala
el oscuro sobrecejo,
deslumbrándole la luz,
que le alumbraba primero;
así vos, que en vuestra mano
llevais el esplendor bello
de la luz del desengaño
cuando yo á ella me acerco,
me la escondeis ingeniosa,
dejándome así más ciego;
porque cuando miro el daño
con aquestos rayos mesmos
que me alumbra la sospecha,
me deslumbrais el rezelo.

Doña Clara.

Vos me llegasteis á hablar
por otra.

Don Gaspar.

Vos á don Diego
escribisteis.

Doña Clara.

A mi misma
que me estais aborreciendo
me habeis dicho.

Don Gaspar.

A otro y á mí
escribís un papel mesmo.

Doña Clara.

Si le escribí, fué por solo
apurar vuestro secreto,

que temia que [illegible]
os [illegible]
vuestro amor [illegible] intenté
saberlo por [illegible]
porque siendo [illegible] verdad,
nada importaba perderos.

Don Gaspar.

Pues si yo [illegible] tapada,
no fué por no conoceros
que bien [illegible] vos;
mas con [illegible] fingimiento
inútil [illegible]
tomar de [illegible] precios,
porque sepais lo que dais
la vez que me [illegible] zelos.

Doña Clara.

No es disculpa.

Don Gaspar.

[illegible] la vuestra
[illegible]

Doña Clara.

Pues dejemos
por entrambos este amor.

Don Gaspar.

Yo á dejarle estoy resuelto
eso sí: no [illegible] pesares.

Doña Clara.

Eso sí [illegible]
fin habian [illegible]
tan [illegible]

Don Gaspar.

¡Cómo fundados en vos
pudieran durar mas tiempo!

Doña Clara.

No sabreis vivir sin mí.

Don Gaspar.

Nadie por eso [illegible]

Doña Clara.

Pues [illegible]

Don Gaspar.

[illegible]

Doña Clara.

[illegible] hacerlo.

las [illegible]

Don Gaspar.

Nada hay para qué [illegible]

[illegible]

Doña Clara.

¡Gusto [illegible]!

Don Gaspar.

Sois ingrata.

Doña Clara.

Pues á Dios.

Don Gaspar.

Guardeos el cielo.

Doña Clara.

Pensará quien esto viere, *ap.*

que es grande mi sentimiento;

[illegible] yo, [illegible] me duele,

porque me importa [illegible] (1)

Don Gaspar.

Pensará quien esto oyere, *ap.*

que estoy [illegible]

pero yo siempre [illegible]

mucho [illegible]

Doña Clara.

¿No os vais? [illegible]

(1) *Hace que se va* [illegible]

En el campo estoy.

Don Cesar.

En el campo estais, mas quiero
que el campo quede por mio.

Don Gaspar.

Por mi ya queda por vuestro,

Ortuño.

Quien no los oye á los dos,
cada uno está creyendo,
que engaña al otro, y entrambos
pueden volverse el dinero.

que con dama de tal porte
no es delito lo grosero
deja picara. Señora,
pues vos.....

Doña Clara.

Ya, pues.

Ortuño.

¿Cómo es esto?
Doña Clara es viva Cristo:
echóme á perder los zelos.

Don Gaspar.

Señora.....

Doña Clara.

Aquí importa mucho
esforzar el sentimiento.

Don Gaspar.

Sabe el cielo.....

Doña Clara.

No me toca
saber lo que sabe el cielo;
lo que me toca es, deciros,
que este es el lance postrero
de este amor; ya, don Gaspar,
se rindió mi sufrimiento,
ya estoy resuelta á salir
de este laberinto estrecho,
en que intentaron prenderme
vuestros engaños; y viendo
que la ceguedad de amor
no está en ser los ojos ciegos,
sino en faltarles la luz
que ha menester el objeto;
á soplos de mis suspiros

(1) *Descúbrela, y se turba.*

encender ahora [illegible]
la luz de mi desengaño
en el fuego [illegible]
para que cobren mis ojos [illegible]
lo que mis pasos perdieron;
y cual suele el caminante
ir temiendo, [illegible]
en noche tempestuosa,
para [illegible]
y por no [illegible]
la senda [illegible]
la mísera luz [illegible]
del relámpago violento,
aunque ha de venir mezclada
con lo temido del trueno;
así yo, en esta confusa
ceguedad de mis afectos,
sin accion la oscuridad
de mi discurso penetro;
y por no errar el camino
que busca el entendimiento,
la temerosa vislumbre
del desengaño agradezco;
porque viene envuelto en ella
el honor del escarmiento.

Don Gaspar.

Tened, y antes que se apague
de este desengaño vuestro
la luz en ella, leed
dos papeles que hoy vinieron
á mi mano; sino es ya
que la apagueis por no verlos;
ó por hacer que mis ojos
pierdan la luz que adquirieron,
que como aquel animal,

*

que en el breve firmamento
de su frente es el calumnio
estrella, cuyos reflejos
conducen al cazador
ambiciosamente atento
y luego ingenioso á la
el oscuro sobrecejo,
deslumbrándole la luz,
que le alumbraba primero;
así vos, que en vuestra mano
llevais el esplendor bello
de la luz del desengaño
cuando yo á ella me acerco
me la escondeis ingeniosa,
dejándome así mas ciego;
porque cuando miro el daño
con aquestos rayos mesmos
que me alumbra la sospecha,
me deslumbrais el rezelo.

Doña Clara.

Vos me llegasteis á hablar
por otra.

Don Gaspar.

Vos á don Diego
escribisteis.

Doña Clara.

A mi misma
que me estais aborreciendo
me habeis dicho.

Don Gaspar.

A otro y á mí
escribís un papel mesmo.

Doña Clara.

Si le escribí, fué por solo
apurar vuestro secreto,

que temia [illegible]
os con[illegible]
vuestro a[illegible] Intenté
saberlo por [illegible]
porque [illegible]rdad,
nada importaba [illegible]

Don Gaspar.

Pero si [illegible] tapada,
no fué por no conocer [illegible]
que bien [illegible]is vos
mas [illegible]ciento
inútil [illegible]
tomar de [illegible] desprecios,
porque sepais lo [illegible]
la vez que [illegible] zelos.

Doña Clara.

No es disc[illegible]

Don Gaspar. [illegible]

[illegible] vuestra
[illegible]

Doña Clara.

[illegible]
que [illegible]
mas [illegible]
(1) [illegible] dejarle [illegible]
eso sí: no [illegible]es.

[illegible]
Eso [illegible]
fin habia [illegible]
tan [illegible]

Don Gaspar.

¡Cómo fundados [illegible]
pudieran durar mas tiempo!

Doña Clara.

No sabreis vivir [illegible]

Don Gaspar.

Nadie por eso [illegible]

Doña Clara.

Pues, no [illegible]

Don Gaspar.

[illegible]

Doña Clara.

[illegible] hacerlo

las [illegible]

Don Gaspar.

[illegible] qué

[illegible]

Doña Clara.

¡Gaston [illegible]

Don Gaspar.

Sois ingrata.

Doña Clara.

Pues á Dios.

Don Gaspar.

Guárdeos el cielo.

Doña Clara.

Pensará quien esto viere, *ap.*

que es grande mi sentimiento

[illegible] yo, [illegible] que me duele,

porque me importa el [illegible] (1)

Don Gaspar.

Pensará quien esto oyere, *ap.*

que estoy [illegible] de celos

pero yo siempre lo digo

mucho [illegible] lo siento.

Doña Clara.

¿No os [illegible]

---

(1) Hace que [illegible]

Don Gaspar.

Hale cabido
esa parte.

Ortuño.

Es menester
hacerla muy buen partido,
porque partido ha de ser.

Don Gaspar.

Bien está; de eso te deja,
acaba lo que empezaste
á decir: ¿en fin, hablaste
á Isabela por la reja
de su casa?

Ortuño.

Si señor,
ella me llamó al pasar
y empezóme á preguntar;
pero aun falta lo mejor.

Don Gaspar.

Ya te escucho atentamente.

Ortuño.

Dirélo de buena gana.
¿Y cuánto darás á Juana
el dia que represente?

Don Gaspar.

No te diviertas, acaba.

Ortuño.

Díjela, pues muy fruncido,
que tú habias ya sabido
que don García la hablaba,
y que andabas del pesar
tan melancólico y triste
que era grima.

Don Gaspar.

Bien hiciste.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DON GASPAR.

Don Gaspar y Ortuño.

Don Gaspar.

¿Qué extraña melancolía
es esta, Ortuño?

Ortuño.

¡Ah señor!
¡quién tuviera tu alegría!

Don Gaspar.

¿Pues qué tienes?

Ortuño.

Tengo honor,
especie de hipocondría.

Don Gaspar.

¿Pues no sabremos por qué
te afliges, que andas ageno
de tí mismo?

Ortuño.

No lo sé:
dime, señor, algo bueno,
quiza me divertiré.

Don Gaspar.

Yo pienso, al mirarte así,
que estás quejoso de mi,
porque sirvo á Juana bella.

Ortuño.

Mucho mas me quejo de ella,

Ortuño.

¡Qué raro chiste!
porque al pasar por la reja,
me dió tanto de la queja
de lo que en el campo hiciste,
en fin, quiere de una vez
cuentas contigo ajustar,
y que la vayas á hablar,
dice.

Don Gaspar.

¿A qué hora?

Ortuño.

A las diez.

Don Gaspar.

¿De suerte, que á las diez, hoy
de Isabel estoy llamado,
de doña Clara avisado
y con don García voy?

Ortuño.

Poco usacé de horas sabe,
y menos sabe de cuentas,
¿tres veces diez, no son treinta?
pues en treinta todo cabe.

Don Gaspar.

No sé cómo disgustara
que esta noche don García
no viese á Isabel.

Ortuño.

¡Sería
gran negocio! pero espera,

Don Gaspar.

Gente parece que ha entrado
en casa.

Ortuño.

Si acaso fuesen

la vanidad á ella la ha dado
que la infame, así está la casa,
donde vive.

Don Gaspar.

Pícaro, si á Juana ves
casi tu ama es mi amor,
ese modo no es de hablar.

Ortuño.

Perdona, que pensé era
mas ya que sufro el pesar,
déjame admirar, por Dios,
de que á tres quieras amar,
siendo tan tarde.

Don Gaspar.

¿Quién hay que pueda pasar
allá en la edad que solía
bastaban dos; mas hoy dia
¿quién sin su dama primera,
su segunda, y su tercera
compone su compañía?
y así, aunque hoy están quejosas,
de mi tres damas hermosas,
Clara hace el primer papel,
el segundo hace Isabel,
y Juana hace la graciosa.

Ortuño.

¡Buena está la compañía!
Hasme hecho reir de gana
con toda la pena mia:
eres santo de por vida
por un vestido mañana
¿en fin, Juana ha de hacer
graciosas?

ESCENA III.

Dichos y don Diego.

Don Diego.

Don Garcio, mi enemigo, *ap.*
me han dicho confusamente
que con doña Clara hermosa
se casa, ó que la pretende,
y por saberlo mejor
de este medio he de valerme;
pero aquí está don Gaspar:
¿don Gaspar?

Don Gaspar.

¿Don Diego?

Don Diego.

Hacedme
merced, que solos quedemos.

Don Gaspar.

Vete, Ortuño.

Ortuño.

Ya me voy:
¡qué misterioso que viene!
y luego querrá unos versos,
que es lo peor que se quiere.

ESCENA IV.

Don Gaspar y don Diego.

Don Gaspar.

¿Qué prevenciones son estas?
¿qué es aquesto? si pretende,
porque mi amor ha sabido,
que yo á doña Clara dejo,
¡llevará muy buen despacho!

decid, don Diego.

Don Diego.

Atendedme:
aunque suspenso os tendré,
permitidme que os acuerde,
que ha muchos dias que somos
amigos ya en las palabras,
obrando la voluntad,
y ya en la edad mas ardiente
la razon, que en nuestros lazos
nuestros corazones prende.

Don Gaspar.

Bien sé que somos amigos,
ello es cierto; mas qué os mueve
á esta prevencion?

Don Diego.

Querer
que sepan qué os empeño,
esté, don Gaspar, amigo,
primero que lo que os ruegue.

Don Gaspar.

Si, pero hay cosas, don Diego,
que ni á un amigo se pueden
pedir.

Don Diego.

Lo que yo os suplico,
es posible, y es debido,
y aun es razon.

Don Gaspar.

Decid, pues.

Don Diego.

Bien sabeis, que don Garcia,
por algunos accidentes,
es mi enemigo.

Don García.

¿Qué es esto?

Don Gaspar.

Bien lo sé.

Don Diego.

Y vos igualmente
sois amigo de los dos.

Don Gaspar.

Eso bien se compadece.

Don Diego.

Si, pero hay muchas razones
para que se privilegie
mi amistad en vuestro pecho.

Don Gaspar.

Sois mi amigo, y mi pariente,
decid. No es lo que pensé.

Don Diego.

Pues lo que pediros quiero
mi amistad, es, don Gaspar,
que sepais mañosamente,
á qué dama don García
sirve, festeja, y pretende;
que tengo algunos indicios,
y apurarlos me conviene,
para salir de mi cuidado,
que aun temido no parece.

Don Gaspar.

Sin duda, que esos indicios
son de que á su hermana quiere.

Don García.

Sin duda, que de que sirve
á Isabel, noticia tiene.

Don Diego.

Si pretende á doña Clara,
morir, ó darle la muerte.

otros dos, fuerza sería
que echemos fuera los nueve.

ESCENA II.

Dichos y don García.

Don García.

¿Don Gaspar!...

Don Gaspar.

¿Es hora ya?

Don García.

¿A dónde podré esconderme?

Don Gaspar.

¿De quién?

Don García.

De don Diego,
que entró, á lo que me parece,
tambien ahora en esta casa,
y por si me ha visto enfrente
de la suya, adónde estuve
parado, y por conocerme,
me ha seguido; porque al vernos
juntos algo no recele,
no quiero que ahora me hable:
procurad que sea breve,
porque yo á su hermana hermosa
pueda ver, y vos hacedme
espaldas. *Escóndese.*

Ortuño.

Presto, que llega.

Don Gaspar.

¿A quién esto le sucede!

ESCENA III.

Dichos y don Diego.

Don Diego.

Don Garcia, mi enemigo, ap.
me han dicho confusamente,
que con doña Clara hermosa
se casa, á que la pretende,
y por saberlo mejor,
de este medio he de valerme;
pero aquí está don Gaspar.
¿don Gaspar?

Don Gaspar.

¿Don Diego?

Don Diego.

Hacedme
merced, que solos quedemos.

Don Gaspar.

Vete, Ortuño.

Ortuño.

Ya me voy;
¡qué misterioso que viene!
y luego querrá unos versos,
que es lo peor que se quiere.

ESCENA IV.

Don Gaspar y don Diego.

Don Gaspar.

¿Qué prevenciones son estas?
¿qué es aquesto? si pretende,
porque mi amor ha sabido,
que yo á doña Clara dejo,
llevará muy buen despacho.

decid, don Diego.

Don Diego.

Atendedme:
aunque suspenso os tendré,
permitidme que os acuerde,
que ha muchos dias que somos
amigos, ya en las niñeces
obrando la voluntad,
y ya en la edad mas ardiente
la razon, que en nuestros lazos
nuestros corazones prende.

Don Gaspar.

Bien sé que somos amigos,
ello es cierto; mas qué os mueve
á esta pregunta?

Don Diego.

Querer
que la razon que os empeñe,
esté, don Gaspar, amigo,
primero que lo que os ruegue.

Don Gaspar.

Si, pero esas cosas, don Diego,
que no á un amigo se pueden
pedir...

Don Diego.

Lo que yo os suplico,
es posible y fácil de hacer,
y aun es razon.

Don Gaspar.

Decid, pues.

Don Diego.

Bien sabeis, que don Garcia,
por algunos accidentes,
es mi enemigo.

Don Garcia.

¿Que es esto?

Don Gaspar.

Bien lo sé.

Don Diego.

Y nos igualmente
sois amigo de los dos.

Don Gaspar.

Eso bien se compadece.

Don Diego.

Si, pero hay muchas razones
para que se privilegie
mi amistad en vuestro pecho.

Don Gaspar.

Sois mi amigo, y mi pariente,
decid. No es lo que pensé.

Don Diego.

Pues lo que pediros quiero
mi amistad, es, don Gaspar,
que sepais mañosamente,
á que dama don Garcia
sirve, festeja, y pretende;
que tengo algunos indicios,
y apurarlos me conviene,
para salir de mi cuidado,
que aun temido se parece.

Don Gaspar.

Sin duda, que esos indicios
son de que á su hermana quiere.

Don Garcia.

Sin duda, que de que sirve
á Isabel, noticia tiene.

Don Diego.

Si pretende á doña Clara,
morir, ó darle la muerte.

Don Gaspar.

Yo, don Diego amigo, ofrezco
(esto es fuerza responderle) *ap.*
hacer lo que me mandais;
¿pero qué razon os mueve?

Don Diego.

Esa, cuando me digais
lo que averiguado hubiereis,
la sabreis: vuelvo á decirnos,
que me importa, y que os merece
mi amistad esta fineza;
y agora, á Dios, porque tiene
mucho que hacer un cuidado.
¡O que mal mi amor ardiente *ap.*
podrá alentar, Clara hermosa,
hasta apurar lo que teme!

ESCENA V.

Don Gaspor, don Garcia y Ortuño.

Don Gaspar.

¿Habéislo escuchado todo?

Don Garcia.

Todo, amigo.

Don Gaspar.

¿Y qué os parece?

Ortuño.

Paréceme que ha salido
quien á su hermana pretende,
y teme que su enemigo
á ser su cuñado llegue;
que es lo sumo donde sube
cuando un enemigo crece;
bien así como culebra
que camina para sierpe,
muda en la vejez el nombre,

pero no mude la especie.

Don Gaspar.

¿Tú tambien lo has escuchado?

Ortuño

No era cosa sufriente,
que de mí se recatase,
para que no me durmiese.

Don Gaspar.

Lo que juzgo es, que esta noche,
no es, amigo, conveniente,
que vais á ver á Isabel,
pues le escuchasteis, que tiene
mucho que hacer su cuidado.

Don Garcia.

Decís bien, que aunque desprecie
por mí el peligro, por ella
es bizarría el temerle.

Don Gaspar.

Quieres estar advertido.

Don Garcia.

Dicha tuve en esconderme,
quedaos con Dios, que ya es hora
de dejaros.

Ortuño.

Lindamente *ap.*
se ha dispuesto, que esta noche
libre mi amo se quede.

Don Gaspar.

Tened, y que he de decirle,
si acaso á informarse vuelve
de la casa á quien servís.

Don Garcia.

Pues si el indicio que tiene,
es, que yo asisto á su calle,
podreis, para encarecerle,

*

Doña Isabel.

¿Qué hora será?

Inés.

Las diez.

Doña Isabel.

Esa hora espero.
¡O si ya don Gaspar viniese ¿hiciste
lo que ordené?

Inés.

Ya está como dijiste
la puerta. Ello, si viene don García,
que se ha valido de la industria mia
para entrar, ha de ser la noche buena;
¿pero ya no cobré? ¿qué me da pena?

Doña Isabel.

¡Ah don Gaspar! que hallando mis verdades
ingratitudes siempre, y falsedades
en tu aficion, no puede mi cuidado
perder en lo advertido lo obstinado,
¡qué discurra tan mal mi entendimiento,
que se [illegible] el fruto al escarmiento!
¡qué esté amor tan de parte de mi daño,
que le apague la luz del desengaño!
¡que mi error llegue á hacerse tan preciso,
que abrace el riesgo dentro del aviso!
¿mas quién logró en tan nuevos sentimientos
desengaños, avisos, y escarmientos?

ESCENA VIII.

Dichas, don Gaspar y Ortuño.

Ortuño.

¿Qué á [illegible] aquí te has atrevido,
y que h[illegible]o ántes oido,
de la [illegible] atemorices?

Yo no entiendo tu amor.

Don Gaspar.

¿Por qué lo dices?

Ortuño.

Porque en tu pecho despejado, y vario,
está el amor pequeño y temerario.

Don Gaspar.

¿No ves allí á Isabel? ¿no es muy hermosa?

Ortuño.

Digo que es milagrosa;
¿empero doña Clara y doña Juana?

Don Gaspar.

Míra, aunque doña Clara es la Sultana,
y Juana es otra, por aquel instante,
está delante, la que está delante.

Ortuño.

¿No llegas?

Don Gaspar.

Sí; verásme enternecido
juntar algunas señas de rendido.

Ortuño.

¿Pues no venias quejoso de García?

Don Gaspar.

¡Ah sí! que estoy quejoso
no me acordaba; pues verasme airado
juntar algunas señas de enojado.

Ines.

Aquí está don Gaspar.

Doña Isabel.

¿O quiera darme
algun aliento [illegible] quejarme?

Don García.

Yo llego, pues.

Ortuño.

Atienda aquí el oyente

cuan bien se siente lo que no se siente.

Inés.

¡Quién pudiera llegar hácia la puerta *ap.*
porque acá no se entrase al verla abierta,
don García.

Don Gaspar.

Escusado
fuera, ingrata, el haberme aquí llamado,
cuando una pena fiera
me tiene el pecho.....

Doña Isabel.

Inés, salte allá fuera.

Inés.

¡Ó qué bien se ha dispuesto! *ap.*
á don García avisaré con esto.

Don Gaspar.

Si el enviar la criada,
es porque esté avisada
para que á don García allá detenga,
segura estás, no hay que temer que venga;
él propio me lo ha dicho.

Doña Isabel.

Inés, detente,
no te vayas, aquí has de estar presente.

Inés.

Todo se erró. *ap.*

Doña Isabel.

Decid, que ya os escucho,
y advertid que fiais de mi amor mucho.

Don Gaspar.

Digo, pues, ingrata, digo,
que bien escusado fuera
el haberme aquí llamado,
cuando es fuerza que mi lengua
palabras solas pronuncie,

templadas allá en mi pena,
que en llegando á vuestro oido,
mas que le informen, le hieran.
¿Pero vos no me llamasteis?
no ocasioneis mi paciencia;
¿á escuchar un agraviado
no venís? pues salgan fuera
mis iras, sin que haya estorvo
que sus ímpetus detenga;
pues con escucharme á tiempo
que está tan viva la ofensa,
tan discordes los sentidos,
y el alma tan descompuesta,
para que os pierda el respeto
me dais tácita licencia,
que no temerá la injuria,
quien no ha temido la queja.

Doña Isabel.

Templad, don Gaspar, las iras,
moderad las impaciencias,
reprímanse los enojos,
las injurias se suspendan;
que dormidas las verdades
tienen mayor elocuencia,
y el dolor dicho sin arte
arguye mayor terneza;
porque no está muy segura
cuando la razon alienta;
no vive muy descuidada
cuando se adorna la pena.
No vengo á satisfaceros,
decidme vuestras sospechas,
que os dilatan el alivio,
cuanto tardare en saberlas.
Decid, pues, ¿á qué aguardais?

que ya me teneis atenta;
no os apasioneis

Ortuño.

¿Esotro
apasionarse? mi abuela;
porque no la ha menester
suele prestar la paciencia,
que no es tan gran majadero,
que ha menester lo que presta.

Don Gaspar.

Digo, pues, que ya he sabido,
ingrata, que te festeja,
te asiste, y aun te merece,
don Garcia.

Doña Isabel.

Aguarda, espera,
que te vas precipitando
y puede ser que me ofendas
de suerte, que por castigo
te deje con tus sospechas.
Es verdad que don Garcia...

ESCENA IX.

Dichos y don Garcia al paño.

Don Garcia.

Aunque es mucho lo que arriesga
mi amor, en entrar ahora
en esta casa, no hay fuerza
para impedir un deseo,
que lleva con tal violencia
al mayor riesgo; y así,
habiendo encontrado abierta
la puerta, he querido ver,
si la criada me espera.

pero no mude la especie.

Don Gaspar.

¿Tú tambien lo has escuchado?

Ortuño

No era cosa suficiente,
que de mí se recatase,
para que no me durmiese.

Don Gaspar.

Lo que juzgo es, que esta noche,
no es, amigo conveniente,
que vais á ver á Isabel,
pues le escuchasteis, que tiene
mucho que hacer su cuidado.

Don Garcia.

Decís bien, que aunque desprecie
por mí el peligro, por ella
es bizarría el temerle.

Don Gaspar.

Quieres estar advertido.

Don Garcia.

Dicha tuve en esconderme;
quedaos con Dios, que ya es hora
de dejaros.

Ortuño.

Lindamente *ap.*
se ha dispuesto, que esta noche
libre mi amo se quede.

Don Gaspar.

Tened, ¿y qué he de decirle,
si acaso á informarse vuelve
de la casa á quien servís?

Don Garcia.

Pues si el indicio que tiene,
es, que yo asisto á su calle,
podreis, para encarecerle,

*

que es don Diego.

Ortuño.

Es evidencia.

Don Gaspar.

Y que ella por sonsacarle,
usó aquella estratagema.

Ortuño.

Dices bien, y de lo mismo
te puedes valer.

Don Gaspar.

Ya es fuerza (1)
salir fuera.

Don García.

¿Don Gaspar?

Don Gaspar.

¿Don García?

Ortuño.

Esto es comedia. *ap.*

Don Gaspar.

¡Ah traidora! ella le vió, *ap.*
y usó de aquella cautela,
por darle satisfaccion
de que yo estaba con ella.

Inés.

Ahora hubo de venir *ap.*
don García? aquí se encuentran
y me destruyen.

Don García.

¿Pues cómo,
don Gaspar, estais en esta
casa, ó á qué habeis venido?

Don Gaspar.

El disimular es fuerza. *ap.*

---

(1) *Sale don García al salir don Gaspar.*

á ver á don Diego viene,
porque hallándome aquí cerca,
me pareció que era bien,
que desde luego supiera
lo que tenemos tratado
acerca de sus sospechas,
porque sabiéndolo ahora
descansen las diligencias.

Don García.

Guardeos Dios; qué atencion,
como de vuestra advertencia:
¿en fin, amigo, encontrásteis
á mi Isabel?

Don Gaspar.

Encontréla,
y al preguntar por la humana,
me volvió aquélla respuesta
que habéis oido.

Don García.

Pues vamos,
que no quiero que nos vean
hablar, y juzgue que yo
os doy de estas cosas cuenta.

Don Gaspar.

Bien dices: ¡qué nos engañan,
Isabel! quién se creyera!
mugeres, todas son unas,
y la mejor como esta.

Inés.

Rabiando estoy porque salgan.

Ortigosa.

Ven acá, señor, ¿te acuerdas
si vás ahora celoso?

Don Gaspar.

Mira, yo te doy licencia

Doña Ysabel.

¿Qué hora será?

Inés.

Las diez.

Doña Ysabel.

Esa hora espero.
¡O si ya don Gaspar viniese! ¿hiciste
lo que ordené?

Inés.

Ya está como dijiste
la puerta. Ello, si viene don García,
que se ha valido de la industria mia
para entrar, ha de ser la noche buena;
¿pero ya no cobré? ¿qué me da pena?

Doña Ysabel.

¡Ah don Gaspar! que hallando mis verdades
ingratitudes siempre, y falsedades
en tu aficion, no puede mi cuidado
perder en lo advertido lo obstinado,
¡qué discurra tan mal mi entendimiento,
que se le esconda el fruto al escarmiento!
¡qué esté amor tan de parte de mi daño,
que le apague la luz del desengaño!
¡que mi error llegue á hacerse tan preciso,
que abrace el riesgo dentro del aviso!
¿mas quién [illegible] tan nuevos sentimientos
desengaños, avisos, y escarmientos?

ESCENA VIII.

Dichas, don Gaspar y Ortuño.

Ortuño.

¿Qué á entrar hasta aquí te has atrevido,
y que [illegible] Diego ántes oido,
de la [illegible]?

Yo no entiendo tu amor.

Don Gaspar.

¿Por qué lo dices?

Ortuño.

Porque en tu pecho despejado, y vario,
está el amor pequeño y temerario.

Don Gaspar.

¿No ves allí á Isabel? ¿no es muy hermosa?

Ortuño.

Digo que es milagrosa;
¿empero doña Clara y doña Juana?

Don Gaspar.

Míra, aunque doña Clara es la Sultana,
y Juana es otra, por aquel instante,
está delante, la que está delante.

Ortuño.

¿No llegas?

Don Gaspar.

Sí; verásme enternecido
juntar algunas señas de rendido.

Ortuño.

¿Pues no venias quejoso de García?

Don Gaspar.

¡Ah sí! que estoy quejoso
no me acordaba; pues verasme airado
juntar algunas señas de enojado.

Inés.

Aquí está don Gaspar.

Doña Isabel.

¿O quiera darme
algun aliento para quejarme?

Don García.

Yo llego, pues.

Ortuño.

Atienda aquí el oyente

quan bien se siente lo que no se siente.

Inés

¡Quién pudiera llegar hácia la puerta *ap.*
porque acá no se entrase al verla abierta,
don García.

Don Gaspar.

Escusado
fuera, ingrata, el haberme aquí llamado,
cuando una pena fiera
me tiene el pecho.....

Doña Isabel.

Inés, salte allá fuera.

Inés

¡Ó qué bien se ha dispuesto! *ap.*
á don García avisaré con esto.

Don Gaspar.

Si el enviar la criada,
es porque esté avisada
para que á don García allá detenga,
segura estás, no hay que temer que venga;
él propio me lo ha dicho.

Doña Isabel.

Inés, detente,
no te vayas, aquí has de estar presente.

Inés.

Todo se erró. *ap.*

Doña Isabel.

Decid, que ya os escucho,
y advertid que fiais de mi amor mucho.

Don Gaspar.

Digo, pues, ingrata y digo,
que bien escusado fuera
el haberme aquí llamado,
cuando es fuerza que mi lengua
palabras solas pronuncie,

templadas allá en mi pena,
que en llegando á vuestro oido,
mas que le informen, le hieran.
¿Pero vos no me llamasteis?
no ocasioneis mi paciencia;
¿á escuchar un agraviado
no venís? pues salgan fuera
mis iras, sin que haya estorvo
que sus ímpetus detenga;
pues con escucharme á tiempo
que está tan viva la ofensa,
tan discordes los sentidos,
y el alma tan descompuesta,
para que os pierda el respeto
me dais tácita licencia,
que no temerá la injuria,
quien no ha temido la queja.

Doña Isabel.

Templad, don Gaspar, las iras,
moderad las impaciencias,
reprímanse los enojos,
las injurias se suspendan;
que dormidas las verdades
tienen mayor elocuencia,
y el dolor dicho sin arte
arguye mayor terneza;
porque no está muy segura
cuando la vuelve aliento;
no vive muy descuidada
cuando se olvida la pena.
No vengo á satisfaceros,
decidme vuestras sospechas,
que os dilatan el alivio,
cuanto tardare en saberlas.
Decid, pues ¿á qué aguardais?

que ya me teneis atenta;
no os apasioneis

Ortuño.

¿Esotro apasionarse? mi abuela;
porque no la ha menester
suele prestar la paciencia,
que no es tan gran majadero,
que ha menester lo que presta.

Don Gaspar.

Digo, pues, que ya he sabido,
ingrata, que te festeja,
te asiste, y aun te merece,
don Garcia.

Doña Isabel.

Aguarda, espera,
que te vas precipitando;
y puede ser que me ofendas
de suerte, que por castigo
te deje con tus sospechas.
Es verdad que don Garcia...

ESCENA IX.

Dichos y don Garcia al paño.

Don Garcia.

Aunque es mucho lo que arriesga
mi amor, en entrar ahora
en esta casa, no hay fuerza
para impedir un deseo,
que lleva con mas violencia
al mayor riesgo; y así,
habiendo encontrado abierta
la puerta, he querido ver,
si la criada me espera.

¿pero aquel no es don Gaspar?
¿no es doña Isabel aquella?
¿qué es esto?

Doña Isabel.

Cuando sabeis
quien soy, y escusar pudierais
el tornar... ¡Mas hay de mi! *ap.*
un hombre he visto en la puerta
esconderse cauteloso;
mi hermano es sin duda: muerta
(1) estoy; pero el remedio
ha de ser de esta manera.
Digo, señor don García,
que bien escusado fuera,
cuando vos sabeis quien soy,
tomaros esta licencia,
si es que buscáis á mi hermano,
pudierais desde allá fuera
saber si él estaba en casa.
Inés, toma tú esa vela,
y alumbra á ese caballero,
y cierra mejor la puerta.

ESCENA X.

Dichos menos doña Isabel.

Don Gaspar.

¿Qué es esto, cielos, qué es esto?

Ortuño.

Para quien somos nos deja:
pero aguarda, que allí he visto
un hombre que con cautela
se encubre.

Don Gaspar.

Si le dudan gano,

que ya me teneis atenta;
no os apasioneis

Ortuño.

¿Esotro
apasionarse? mi abuela;
porque no la ha menester
suele prestar la paciencia,
que no es tan gran majadero,
que ha menester lo que presta.

Don Gaspar.

Digo, pues, que ya he sabido,
ingrata, que te festeja,
te asiste, y aun te merece,
don García.

Doña Isabel.

Aguarda, espera,
que te vas precipitando,
y puede ser que me ofendas
de suerte, que por castigo
te deje con tus sospechas.
Es verdad que don García...

ESCENA IX.

Dichos y don García al paño.

Don García.

Aunque es mucho lo que arriesga
mi amor, en entrar ahora
en esta casa, no hay fuerza
para impedir un deseo,
que lleva con violencia
al mayor riesgo; y así,
habiendo encontrado abierta
la puerta, he querido ver,
si la criada me espera,

á ver á don Diego viene,
porque hallándome aquí cerca,
me pareció que era bien,
que desde luego supiera
lo que tenemos tratado
acerca de sus sospechas,
porque sabiéndolo ahora
descansen las diligencias.

Don Garcia.

Guardeos Dios; que es atencion,
como de vuestra advertencia:
¿en fin, amigo, encontrasteis
á mi Isabel?

Don Gaspar.

Encontrela,
y al preguntar por su hermano,
me volvió aquella respuesta
que habeis oido.

Don Garcia.

Pues vamos,
que no quiero que nos vean
hablar, y juzgaran que yo
os doy de estas cosas cuenta.

Don Gaspar.

Bien decís: ¡qué me engañase
Isabel! quién os creyera!
mugeres, todas sois unas,
y la mejor como esta.

Inés.

Hablando estoy porque salgan.

Ortuño.

Ven acá, señor; ¿te acuerdas
si vás ahora celoso?

Don Gaspar.

Mira, yo te doy licencia

que es don Diego.

Ortuño.

Es evidencia.

Don Gaspar.

Y que ella por no encontrarle,
usó aquella estratagema.

Ortuño.

Dices bien, y de lo mismo
te puedes valer.

Don Gaspar.

Ya es fuerza (1)
salir fuera.

Don Garcia.

¿Don Gaspar?

Don Gaspar.

¿Don García?

Ortuño.

Esto es comedia. *ap.*

Don Gaspar.

¡Ah traidora! ella le vió, *ap.*
y usó de aquella cautela,
por darle satisfaccion
de que yo estaba con ella.

Inés.

Ahora hubo de venir *ap.*
don García? aquí se encuentran
y me destruyen.

Don Garcia.

¿Pues cómo,
don Gaspar, estais en esta
casa, ó á qué habeis venido?

Don Gaspar.

El disimular es fuerza. *ap.*

---

(1) *Sale don Garcia al salir don Gaspar.*

Doña Clara.

Mucho mi amor ha fiado
de tu pecho, Juana mia
para ser el primer dia
hoy que en mi casa has entrado;
mas esto no es livandad,
aunque es verdad que me agradas,
sino tener hoy criadas
de menos capacidad,
porque he despedido una
que mi confidente ha sido,
y así, Juana, has sucedido
en su primera fortuna.

Juana.

Aunque aquesto de fiar
algo á las criadas sé
que es una fianza en que
se suele siempre dastar
haces, puedes confianza
de mí, aunque no lo merezco,
que tengo caudal, y ofrezco
sacarte de la fianza.

Doña Clara.

Gran resolucion ha sido
la de atreverme á llamar
á mi casa á don Gaspar.

Juana.

¿Sabes qué me ha parecido?
que para tan despejada
como te me representas
en lo que esta noche intentas
estás muy embarazada.

Doña Clara.

Aunque ves mi condicion
tan galante y esparcida

te prometo que en mi vida
he dado esta permision,
si no es solo á don Gaspar,
que por hablar de buen gusto
alguna noche, este susto
he querido atropellar;
y esto no es quererlo yo,
que eso de que amor engaña,
abrasa y rinde, es patraña,
que algun ocioso inventó.
Amor es duende importuno,
que al mundo asombrado trae,
todos dicen que le hay,
y no le ha visto ninguno.
¿A quién no causa fastidio
esta pasion amorosa,
no siendo amor otra cosa,
que una fábula de Ovidio?
¿Y qué importa que se nombre
amor este devaneo,
si es confirmar el deseo,
y luego mudarle el nombre?
¡Válgate Dios por dolencia,
no acabada de entender!
¿Es esto mas de creer
que está allí mi conveniencia?
¿No tira la voluntad,
geómetra superior,
todas las líneas de amor
al punto de comodidad?
Yo no sé si á mí me tiene
ciega en lo que mé aconseja;
pero bien sé que me deja
mirar lo que me conviene.
Y si está en mi pecho fiel

algo mas privilegiado,
es don Gaspar, que he hallado
mas conveniencias en él;
porque el querer con favor
á otro, es amor impropio,
y así, solo el amor propio
viene á ser el propio amor.

Juana.

Eso, señora, ¿quién puede
negarlo, siendo tan justo,
y cosa de tan buen gusto
esto del amor adrede?

Doña Clara.

Ya no hay quien no quiera así,
y en lo más cierto se da,
y todos lo afectan ya,
nadie llora para sí.
No hay cosa para este aliento,
no afligir el corazon,
gastar la respiracion
en suspiros para el viento.
Perezca el gemir confuso,
falte el suspirar perplejo,
muera el amor á lo viejo,
y viva el Amor al Uso.

Juana.

Aguárdate, que sospecho,
que en la ventana hubo ruido.

Doña Clara.

No se ha engañado tu oido.

Juana.

Yo llego, pues: dicho y hecho,
él es sin duda.

Doña Clara.

Pues vé,

y abre.

Juana.

Cual se ha de quedar
en viéndome, don Gaspar:
pero yo me vengaré
con Ortaño.

Doña Clara.

Yo no creo,
que á don Gaspar tengo amor;
pero á todo mi valor
temo siempre que le veo.

ESCENA XII.

Doña Clara y Juana con don Diego embozado.

Don Diego.

Llegando á esa celosía
para escuchar un instante,
propio cuidado de amante,
sentí que aquí gente habla;
creció con esto el cuidado,
llegué con él á la puerta,
y hallando que estaba abierta,
resuelto hasta aquí he llegado.

Doña Clara.

¿Viene, Juana?

Juana.

Tras mi entró.

Don Diego.

Si fuera yo tan dichoso,
que hablase á mi dueño hermoso;
pero [illegible]
q[illegible]

porque á mi me ha visto es;
pues hoy me he de ir.

Don Diego.

¿Bellísima doña Clara?

Doña Clara.

¡Válgame el cielo! ¿quién es?

Don Diego.

Yo soy, pues no me conoces?

Doña Clara.

¿Pues cómo aquí?

Don Diego.

No des voces.

Juana.

Todo se ha errado. *ap.*

Doña Clara.

Idos, pues;
Si viniese don Gaspar *ap.*
me pierdo: mirad don Diego,
que vendrá mi padre luego.

Don Diego.

¿No está en casa?

Doña Clara.

Por jugar
que era él, se abrió la puerta.
Remediarlo de esta suerte *ap.*
intento, el empeño es fuerte:
No os detengais; yo soy muerta.

Don Diego.

Ya que mi suerte me ha dado.....

Doña Clara.

Don Diego, mi riesgo es mucho.

Don Diego.

Esta ocasion.....

Don Gaspar.

Irmé, y no verte.

Doña Clara

Pues no te has de ir sin decirlo.

Don Gaspar.

Me apuras; pues ven acá:
¿quién estaba aquí contigo?

Doña Clara.

¿Conmigo?

Don Gaspar.

Niégalo ahora.

Doña Clara.

¿Qué dices?

Don Gaspar.

Esto que he dicho.

Doña Clara.

¿Estás en tí?

Don Gaspar.

Vive Dios,
que me estás dando motivo
para que entre yo á buscarle,
aunque atropelle contigo,
con tu padre, y con tu honor.

Doña Clara.

¡Qué esto me haya sucedido *ap.*
sin culpa! Mira, repara,
que ya son tus desvaríos
tales, que todo mi amor
aun no ha de poder sufrirlos.

Don Gaspar.

Ven acá, Ortuño, ¿qué viste
por esa ventana? dilo.

Ortuño.

Yo ví un sombrero, y un moño,
por ese viejo postigo.

Doña Clara.

¿Tú tambien?

Ortuño.

Yo no me atrevo,
cuando lo contrario has dicho,
á decir, señora, mas
de lo que ví, voto á Cristo.

Doña Clara.

¡Válgame Dios! ¿qué diré?

Don Gaspar.

Dí ahora que es desvarío.

Doña Clara.

Don Gaspar, á una criada
dejé aquí; si esto no ha sido
embuste suyo, no sé
que responder.

Ortuño.

También digo
que la que ví parecia
muger de menos aliño.
¡Ah infame criada! cierto
que es cosa, si, lo que has dicho,
para derramar sobre ella
un celemin de pellizcos:
si Juana, allá con su ama
será de tan buen servicio;
aguarda, la llamaré,
y sabremos lo que ha sido.

ESCENA XV.

Dichos y Juana que habla aparte con doña Clara.

Doña Clara.

¿Juana?

Ortuño.

Gente suena.

Don Gaspar.

Ya lo advierto.

Doña Clara.

¡Válgame Dios! ¿qué he de hacer?
si salís, mi padre está
en la calle, y os verá,
y si os quereis esconder,
os han de ver al pasar
desde la calle. ¡Ay de mí!

Don Diego.

Pues entre, y hálleme aquí,
que yo te sabré librar.

Doña Clara.

Bien por Dios.

Ortuño.

Solo rumor
se escucha.

Don Gaspar.

Vuelve á tocar
la celosía.

Juana.

Acabar,
que es demonio mi señor.

Don Diego.

¿Pues qué he de hacer?

Doña Clara.

Esconderte.

Don Diego.

¿Dónde?

Juana.

Contigo iré yo.

Doña Clara.

¿Pues han de verle?

Juana.

Eso no.

Don Diego.

¿Cómo ha de ser?

Juana.

De esta suerte. (1)

Ortuño.

Aquí hay maula: ¿quieres ya
mas indicios?

Don Gaspar.

Estoy ciego.

Juana.

Mientras yo escondo á don Diego,
dí que entre, que habierto está;
que yo, porque el otro esté
lejos, y hables sin cuidado,
allá á lo mas apartado
del jardin le llevaré. (2)

ESCENA XIV.

Doña Clara, don Gaspar y Ortuño.

Doña Clara.

¿Don Gaspar?

Don Gaspar.

Yo soy.

Doña Clara.

Entrad,
que abierto está.

---

(1) *Pónese Juana delante de la celosia, y pasa don Diego.*

(2) *Llega doña Clara á la ventana, y responde don Gaspar de allá dentro.*

Don Gaspar.

¿A qué, á morir?

Doña Clara.

Oyeme.

Don Gaspar.

Ya no hay que oir.

Doña Clara.

¿Pues qué quieres?

Don Gaspar.

Escuchad. (1)

Repetirte que ha seis meses
que tuvo mi amor principio,
que me hechizaron tus ojos,
que los apuré el hechizo,
que adoré tus perfecciones,
que dí el alma en sacrificio,
que sufrí muchos pesares,
que lloré muchos desvíos,
que perdí muchas finezas,
y que, en fin, el amor mio
tuvo, para ser ejemplo,
lo desdichado, y lo fino;
fuera ociosa diligencia,
si lo hubieras entendido:
mas no debes de saberlo,
y así quiero repetirlo:
seis meses ha...

Doña Clara.

Ya lo sé.

Don Gaspar.

Que mi pecho...

Doña Clara. (1)

No lo olvido.

(1) *Salen don Gaspar y Ortuño.*

Don Gaspar.

Ha intentado...

Doña Clara.

¿Para qué
lo repites?

Don Gaspar.

Lo repito,
para que sepas, aleve,
que ya es remedio el hechizo,
que es la adoracion injusta,
que es desprecio el sacrificio,
y los desaires ofenden,
que provocan los desvios,
que las finezas se cansan,
y que, en fin, el amor mio
lo desdichado aprovecha,
para corregir lo fino;
que en llegando los agravios
á dejar de ser indicios,
las mas veces se confunden
dentro del pecho afligido,
con el ansia de vengarlos,
el afecto de sentirlos.

Ortuño.

¡Señores, quién no le vé
tan colérico y perdido!
¿Ven ustedes lo que dice?
pues ya se fué quien lo dijo.

Doña Clara.

Dime, dime mas pesares,
prosigue, ostenta mas bríos;
acaba, venga tus iras;
anda, atropella conmigo,
cumple con tus desazones,

y echa á perder mis cariños,
pues es tu amor tan villano,
y eres tú tan mal nacido,
que del sufrimiento ageno
te formas propios alivios.

Ortuño.

Aguarda, pobre señora,
no te aflijan sus suspiros,
mira que son contrahechos,
y te los pasa por finos.

Doña Clara.

¿No me respondes? ¿qué temes?
dime que te ha sucedido,
que mirándome te quedas,
ó sosegado, ó remiso,
y temo buscarte atento,
para hablarte divertido:
acaba, y dí, si te ofendo;
¿por qué me miras?

Don Gaspar.

Te miro,
porque como echo de ver
el modo que usas conmigo,
mi voluntad se ha cansado,
mi memoria se ha ofendido,
y á las dos, mi entendimiento
les ha enseñado su oficio:
solo me falta de hacer
que ahora los ojos mios
conozcan que no es amable
la ceguedad que han tenido,
y así, el estarme mirando,
no es ponderar el hechizo
de tu hermosura, ni dar
á mi ardor mas incentivo,

sino estar con las potencias
reduciendo los sentidos.

Ortuño.

Señor, advierte que mientes
con mucha fuerza, pusito,
que hay muchos que se han quebrado,
siendo enteros, con ahinco:
¿es verdad esto que dices?

Don Gaspar.

No sabré agora decirlo: *ap.*
mucho puede esta muger.

Doña Clara.

Todo, sin duda, lo ha visto; *ap.*
no sé que hacer. Don Gaspar,
todo cuanto aquí me has dicho,
es cansarte, y no esplicarme
tu dolor, ni mi delito.
acaba de hacerme el cargo,
quejas busco, no gemidos,
no oscurezcas tu dolor,
por darle mucho artificio.

Ortuño.

Mira que tienen sus voces
menos sustancia que ruido.

Doña Clara.

¿Qué sientes?

Don Gaspar.

Ya nada siento.

Doña Clara.

¿Qué has visto?

Don Gaspar.

Ya nada he visto.

Doña Clara.

¿Qué quieres?

Don Gaspar.

Irme, y no verte.

Doña Clara

Pues no te has de ir sin decirlo.

Don Gaspar.

Me apuras; pues ven acá:
¿quién estaba aquí contigo?

Doña Clara.

¿Conmigo?

Don Gaspar.

Niégalo ahora.

Doña Clara.

¿Qué dices?

Don Gaspar.

Esto que he dicho!

Doña Clara.

¿Estás en tí?

Don Gaspar.

Vive Dios,
que me estás dando motivo
para que entre yo á buscarle,
aunque atropelle contigo,
con tu padre, y con tu honor.

Doña Clara.

¡Qué esto me haya sucedido *ap.*
sin culpa! Mira, repara,
que ya son tus desvaríos
tales, que todo mi amor
aun no ha de poder sufrirlos.

Don Gaspar.

Ven acá, Ortuño, ¿qué viste
por esa ventana? dilo.

Ortuño.

Yo ví un sombrero, y un moño,
por ese viejo postigo.

Doña Clara.

¿Tú tambien?

Ortuño.

Yo no me atrevo,
cuando lo contrario has dicho,
á decir, señora, mas
de lo que ví, voto á Cristo.

Doña Clara.

¡Válgame Dios! ¿qué diré?

Don Gaspar.

Dí ahora que es desvarío.

Doña Clara.

Don Gaspar, ó esta criada
deje aquí; si esto no ha sido
embuste suyo, no sé
que responder.

Ortuño.

Tambien digo
que la que ví parecia
muger de menos aliño.
¡Ah infame criada! cierto
que es cosa, sí, lo que has dicho,
para deshonrar sobre allá
un celemin de pellizcos:
si Juana, allá con su ama
será de tan buen servicio;
aguarda, la llamaré,
y sabremos lo que ha sido.

ESCENA XV.

Dichos y Juana que habla aparte con doña Clara.

Doña Clara.

¿Juana?

Juana.

Allá queda.

Doña Clara

Perdona,
y haz tuyo aqueste delito,
pues no te importa: acá afuera
te he menester.

Orduño.

¡Jesucristo!
Juana es, peor es esto;
á doña Clara ha venido
á servir.

Don Gaspar.

¿No es esta Juana? *ap.*
¡Hay casos como los mios!

Doña Clara.

Ven acá, dí una verdad:
¿quién estaba aquí contigo
cuando llamó don Gaspar?

Juana.

Señora...

Doña Clara.

No hay que encubrirlo,
que los dos juntos lo vieron.

Juana.

¡A quién esto ha sucedido *ap.*
delante de dos amantes,
que me están mirando esquivos!
No teniendo culpa alguna,
me he de confesar de vicio!

Doña Clara.

¿No respondes?

Juana.

Yo, señora....

Doña Clara.

No hay que temer el decirlo.

Juana.

Aquí estaba .....

Doña Clara.

¿Quién?

Juana.

Un hombre,
que va para mi marido.

Ortuño.

¿Cómo, cómo?

Doña Clara.

¿Y es bien hecho,
que padezca el honor mio
por vos? ¿hásio visto ya,
don Gaspar?

Don Gaspar.

¿Qué he de haber visto?
¿pues esto quieres que crea? (1)

Ortuño.

Ustedes, por un tantico,
perdonen.

Doña Clara.

¿Pues dónde vas?

Ortuño.

A matar este marido.

Juana.

Ortuño.

Ortuño.

No hay que Ortuñar.

Doña Clara.

Loco, aguarda.

---

(1) *Toma Ortuño la vela y quiere entrar.*

Ortuño.

Vive Cristo,
que no ha de decir, que yo
le dejé por escondido,
ó le perdoné por pobre,
que si es pobre, es mas delito.

Dentro don Mendo.

¡Martin; Fabio, no me ois?
¿dónde estais? ¿estais dormidos?

Doña Clara.

Mi padre: ¡válgame Dios!

Ortuño.

Destruyóme el homicidio.

Don Gaspar.

¿Qué he de hacer?

Doña Clara.

Aprisa, vete.

Don Gaspar.

(1) A Dios.

Don Mendo.

¿No ois el ruido
á la puerta de la calle?
presto.

Ortuño.

Cogiéronos vivos;
ya no hay salir.

Don Gaspar.

¡Raro aprieto!

Doña Clara.

¿Quién en el mundo se ha visto *ap.*
tan llena de sobresaltos?
Don Diego adentro escondido,
don Gaspar aquí zeloso,
mi padre allí vengativo:
¡válgame Dios!

(1)

Don Gonzalo.

¿Pues qué quieres
hacer?

Doña Clara.

Don Gaspar, rendido
está todo mi valor;
el riesgo es grande; y si quiere
caballero sois, mirad
por mi honor, harto os he dicho;
ven; Juana.

Juana.

Vamos, señora.

Doña Clara.

¡Muerta voy!

Juana.

Buena la hicimos. *vanse.*

Ortuño.

¡Que viene!

Don Mendo.

No han de escaparse,
que hacia el jardin era el ruido.
Entrad con luz. ¿Quién es?

ESCENA XVI.

Don Gaspar, Ortuño, don Mendo con espada, y criados con luchas.

Don Gaspar.

¿Señor don Mendo?

Don Mendo.

¿Qué mirais,
don Gaspar?

Don Gaspar.

Prosiguid, tened la espada.

Don Mendo.

Pues ¿cómo tan atrevido
habeis entrado en mi casa,
habiendo estado conmigo
esta tarde, y ocultado
que de vuestros desvaríos
es cómplice otra hermosura?

ESCENA XVII.

Dichos y don Diego á una puerta que ha de haber en el teatro.

Don Diego.

Del jardin, donde escondido
estaba oyendo las voces,
salgo á ver... ¿Para qué miro?
¡Don Gaspar aquí, y don Mendo
con él! Aplico el oido.

Don Mendo.

¿No respondeis? ¿qué decís?

Don Gaspar.

¡Gran remedio me ha ocurrido! *ap.*
Si me escuchan, hablaré
que estoy aquí sin delito.

Don Mendo.

Decid, que para mataros,
es prevencion el oiros.

Don Gaspar.

Ya os dije, señor don Mendo,
esta tarde, como asistí
en vuestra calle á otra dama.

Don Mendo.

Proseguid, tengo entendido
que es doña Isabel de Chaves.

Don Diego.

¡Mi hermana! ¿qué es lo que he oido?

Don Gaspar.

Sabed, pues, que entré esta noche
á hablarla, á tiempo que vino
su hermano, entróme siguiendo
al jardin, y fué preciso
arrojarme por las tapias
en el vuestro; esto no ha sido
con intento de ofenderos;
y así, volviendo á inquirirlo,
adonde os busqueis airado,
os hallareis compasivo.

Don Diego.

¡Qué es esto que escucho, cielos!
¡yo en mi casa le he seguido!
¡hay mas rara confusion!

Celulio.

Linda mentira le ha dicho; *ap.*
pero es perro viejo.

Don Mendo.

Apenas *ap.*
lo que he de hacer determino,
verdad es que en el jardin
fué donde escuché el ruido,
y que en él tambien ví un hombre
desde mi cuarto, y que vino
pared en medio, y que él es
de Isabel amante fino;
pero yo le hallo en mi casa,
y sin tener mas indicios,
no le he de dejar salir:
Si Clara se ha recogido,
y hallo en su quietud señales
de ignorar este delito,

me daré por satisfecho:
quiero, pues, ir á inquirirlo;
la puerta dejo cerrada,
seguro queda.

Don Gaspar.

Servios
de que yo salga, que estoy
con cuidado del peligro
de esa señora.

Don Mendo.

Aguardad,
que al punto salgo á serviros,
y á acompañaros.

Don Diego.

Así
se acerca, yo me retiro. (1)

Ortuño.

¿Qué es lo que este viejo intenta?

Don Gaspar.

No es muy facil prevenirlo. (2)

Don Mendo.

¡Válgame Dios! ¡Raro empeño! *ap.*
cierto es lo que me ha dicho
don Gaspar; don Diego está
aquí dentro, que ha venido
por las tapias del jardin
tras él; sin duda hay peligro
mayor. Señor don Gaspar,
idos, por Dios, presto, idos.

---

(1) *Entra don Mendo por donde estaba escondido don Diego.*

(2) *Vuelve á salir don Mendo alborotado, y cierra tras sí la puerta donde estaba don Diego.*

Don Gaspar.

¿Qué traeis?

Don Mendo.

¿Qué he de traer?
si tras vos vuestro enemigo
ha venido.

Don Gaspar.

¿Quién?

Don Mendo.

Don Diego.

Don Gaspar.

¿Qué decís?

Don Mendo,

Que yo le he visto en
aquí dentro.

Don Gaspar.

Vive Dios, *ap.*
¡ó ingrata! ¡ó falsa! ¡tu engaño
supe por faro camino!

Don Mendo.

Vámos presto, que no quiero
que suceda de improviso
en mi casa una desdicha.

Don Gaspar.

Confieso que estoy corrido. *ap.*

Don Mendo.

Abrid la puerta, Martin.

Ortuño.

Bueno es, señor, dar él mismo
prisa para que nos vamos.

Don Mendo.

¿No acabais?

Don Gaspar.

Voy sin sentido. *ap.*

ESCENA XVIII.

Don Mendo y don Diego.

Don Mendo.

Ya se fueron: ¡ó que bien
se ha dispuesto hagora quito
la llave para que salga
don Diego, que en otro sitio
mas que se maten. Venid,
señor don Diego... (1)

Don Diego.

Sin juicio *ap.*
salgo; ¡hay mas raros sucesos!

Don Mendo.

Y estimad que tan remiso
os advierto, que en mi casa
habeis andado atrevido.

Don Diego.

Yo señor....

Don Mendo.

No os detengais.

Don Diego.

No vine.....

Don Mendo.

Ya lo he sabido.

Don Diego.

A ver.....

Don Mendo.

Estoy satisfecho.

Don Diego.

Porque yo.....

(1) *Abre la puerta, y desde ella llama á don Diego y sale.*

Don Mendo.

Nada he de oiros.

Don Diego.

Pues yo me voy.

Don Mendo.

Dios os guarde;
alumbra, Martin.

Don Diego

Preciso
es ya que me dé venganza
la vida de un falso amigo.

Don Mendo.

Bendito sea Dios, que ya
fuera estoy de este peligro;
mañana mudo mi casa.
¡Jesus, en lo que me he visto!
si el yermo tiene algo bueno,
es el vivir sin vecinos.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Don Gaspar y Ortuño.

Ortuño.

De verte estoy admirado;
ni el fuego de amor te abrasa,
ni te consume el cuidado,
ni lo mismo que te pasa
parece que te ha llegado;
de nada sientes dolor:
¿haste visto el paladar?

Don Gaspar.

¿Para qué?

Ortuño.

Veamos, señor;
déjame, por Dios, mirar
si eres.....

Don Gaspar.

¿Qué?

Ortuño.

Saludador.

Don Gaspar.

Loco estás.

Ortuño.

¿Quién te ha de ver
tratar sin sentir bochorno
con amor que empieza á arder,
que no diga, que es hacer

la patarata del horno?
¿Y quién dirá que no es
lo de la barra crugiendo,
si cuando una dama ves,
coges la hermosura ardiendo,
y la traes entre los pies?
Sin duda, que tu amor fue
hijo de Venus bastardo,
pues no sabes guardar fe.

Don Gaspar.

Antes, Ortuño, la guardo
tanto, que nadie la vé.

Ortuño.

Eso, dente á tí decir
una chanza, que no ignoras
como la has de introducir;
pues no es para todas horas
esto de el hacer reír.
Hablemos con juicio un poco,
porque quisiera apurar
esta materia que toco.

Don Gaspar.

No es muy facil el estar
en juicio yo con un loco.

Ortuño.

¡Quien no te vé tierno aquí,
allí airado, allá quejoso,
acullá fuera de tí,
siempre en el afan ocioso
de andar de aquí para allí!
Ya te acredita de amante
el favor, y ya la ira
tiñéndose á cada instante
del color de la mentira,
camaleon tu semblante.

Válgate el cielo, señor,
no te acabo de entender;
¿qué es esto?

Don Gaspar.

Todo es amor.

Ortuño.

¿Cómo el engaño ha de ser
amor?

Don Gaspar.

Por eso mejor.

Ortuño.

¿Pues no es amor un confuso
accidente apetecido,
un fuego en el alma infuso,
y un hielo al aliento unido?

Don Gaspar.

Si eso es amor, no es al uso.

Ortuño.

¿No es amor un leve ardor,
no es un daño procurado,
un apacible dolor,
y un dulcísimo cuidado?

Don Gaspar.

No es al uso, si es amor.

Ortuño.

¿Pues no sabremos cual es
Amor al uso, señor?

Don Gaspar.

¿En mi pecho no lo ves?

Ortuño.

Esplícamelo mejor.

Don Gaspar.

Oyelo pues.

Ortuño.

Dilo pues.

Don Gaspar.

Acreditar sin pena una pasion,
Perder miedo y cariño á la beldad,
hacer su voluntad sin voluntad,
Suspirar sin dar cuenta al corazon;
No matarse en buscando la ocasion,
Llorar en ella por curiosidad,
Formar de una mentira una verdad,
Hacer de una palabra una razon;
Mudar de sitio en el primer vayven,
Arrojar los pesares por ahí,
Recibir los favores al desden;
Y en fin, para acabar de estar en sí,
querer á todas las mugeres bien,
Y mal á cada una de por sí.
Este, Ortuño, es el amor
que se usa.

Ortuño.

Pues, señor,
mire uced como ha de ser,
que á Juana no ha de querer,
ó la ha de querer mejor;
ya que ha llegado á amararla,
y mirar por su remedio,
si se hade tratar de amarla,
(en esto no ha de haber medio)
quererla mucho, ó dejarla.

Don Gaspar.

El quererla mucho escojo.

Ortuño.

En verdad que no te engañas:
¿mas que has hecho de tu enojo?
¿como te dejan pestañas
tantos pesares al ojo?

Don Gaspar.

Mira, aunque anoche salí
airado con Isabel,
porque á don García vi
dentro en su casa, y con él
cumplió, dejándome á mí;
y aunque tambien me hallé luego
con doña Clara perdido,
porque entrando á hablarla ciego
averigué que habia sido
el que se escondió don Diego;
sabe, que á muy poco trecho
que anduve, despues que yo
te envié, se halló mi pecho,
de cuanto le sucedió
con ellos dos, satisfecho;
de suerte, que si mi amor
ayer se trocó en desden,
enojo, rabia, y furor,
hoy á Isabel quiero bien,
y á doña Clara mejor.

Ortuño.

¿Pues como tantos consuelos
hallaste, y siendo tan fuerte
el pesar, que en tus recelos
satisfecho...?

Don Gaspar.

De esta suerte
me hallé sin todos mis zelos.
Salí á la calle despues
de aquel accidente raro,
que me sucedió en la casa
de doña Clara, aguardando
á que saliese don Diego,
para apurar dolo el caso,

porque juzgué que no era
posible haberle llamado
doña Clara, al tiempo mismo
que á mi me estaba esperando.
Salió, pues, y á mí se vino
colérico y enojado,
porque escuchó la disculpa
que me oyó contra el recato
de su hermana; procuré
reducirle, asegurando
sus sospechas, y en él mismo
ir ponderando mi agravio.
Me dió á entender que en la casa
de doña Clara entró acaso,
que ella se enojó de verle,
que á la ventana llamaron,
que dijo que era su padre,
y que él se escondió en el cuarto
del jardin, con lo cual yo
vine á hallarme asegurado
de esta duda, y tan gustoso,
que me agradecí mi engaño;
mas don Diego, que ya entonces
mañoso me habia sacado
de la calle, me embistió
con el acero en la mano:
hallóme con él, y apenas
se formó el primer reparo,
cuando llegó don García,
y vino á hallarse obligado
don Diego á callar delante
de su enemigo, su agravio,
y así, fingió que los dos
nos estabamos burlando.
Eso fué, y quedeme solo

con don Garcia, y tratando
de Isabel, me confesó,
que se valió su cuidado
anoche de una criada,
para entrar donde le hallamos,
sin que Isabel lo supiese,
de suerte, que en breve rato
saqué dos seguridades,
de dos zelos se troncaron
dos penas en dos avisos,
en dos gustos dos cuidados,
y yo en un sosiego inútil
me hallé muy desamparado,
sin mi queja; que el faltar
la razon en tales casos,
viene á ser ócio, y el ócio
es grandísimo trabajo.

Ortuño.

¿Sabes lo que decia quiero?

Don Gaspar.

¿Qué, Ortuño?

Ortuño.

Que es un diablo
muy entendido el que tiene
por su cuenta tus pecados.
¿Ahora, señor, me vienes
de nuevo embarragando
cuando pensé que habrias
despues de dos desengaños
una confesion bien hecha?
pues sois los enamorados
tales, que habeis menester
reñir para confesaros;
porque cualquiera enfadillo
que os dá la que estais amando,

es un gusano que os pudre;
y así, en habiendo acabado
de pudriros, suele dar
tras la conciencia el gusano.
¿En fin, quieres á Isabel?

Don Gaspar.

¿Eso quién puede dudarlo?

Ortuño.

¿Y á Clara?

Don Gaspar.

Como al principio.

Ortuño.

A la calle hemos llegado
sin sentir; ¿y á cuál de todas
quieres con menos engaño?

Don Gaspar.

De mi doña Clara hermosa
estoy casi enamorado.

Ortuño.

¿Y Juana ha apedreado el cap?

Don Gaspar.

Juana es ripio de cuidado.

Ortuño.

Dará voces: ¿Juana es ripio?

ESCENA II.

Dichos y Juana con manto.

Juana.

Esa está muy mal hablado,
y pudiera, el muy buibon,
saber ya como me llamo.
¿Qué cosa es, Juana es ripio?

Don Gaspar.

Juana hermosa, no haga caso;

de ese loco; porque al fin
discurre como hombre bajo.
¿Qué piensas que me decia?
que para quererte tanto,
como te quiero, eres rápido.

Juana.

Eso mismo he escuchado.

Ortuño.

Señores, ¡hay tal desdicha!
Juana, me lleven los diablos,
si no me has mudado el tono.

Juana.

¿Qué tono he de haber mudado?

Ortuño.

Que yo lo dije en falsete,
y lo oiste en contrabajo.

Don Gaspar.

¿No callarás, majadero?

Ortuño.

En estas cosas no hay amos;
si como tu pan, tú comes
mi carne, que es mejor pasto.

Don Gaspar.

¿Pues mi Juana, era hora ya
de vernos? ¿olvido tanto
con quién te estima, y te quiere?

Ortuño.

¿Qué esto escucho, y no me caigo?

Juana.

¿Pues vos, señor, me echais menos,
teniendo tan ocupado
el gusto?

Ortuño.

¿Yo le pido celos?
¿para cuando son los palos?

Don Gaspar.

Tu amor, Juana, sabe hacerse
lugar en mi pecho.

Juana.

Vamos
á lo que importa: mi ama

Don Gaspar.

¿Y cuando
la he de ver?

Juana.

¿No dejarás
que se lo diga despacio?
¿Ves cuál estás? Esta tarde
le quiere hablar en el caso
de anoche, y satisfacerle
de que don Diego...

Don Gaspar.

Ya me hallo
satisfecho, y sé que está
sin culpa.

Juana.

Pues acabados
los enojos, podrá usted
ir muy abierto de brazos,
muy ternísimo de afectos,
y muy eficaz de abrazos.

Ortuño.

Ya no puedo mas: ¿señor?

Don Gaspar.

¿Qué quieres?

Ortuño.

¿Pues tienes tanto
de saludador, procura...

Don Gaspar.

¿Qué?

Ortuño.

Que yo estoy rabiando.

ESCENA III.

Dichos, y doña Isabel é Inés con manto.

Doña Isabel.

Mi hermano, como te digo,
me tiene con gran cuidado,
porque desde anoche está
melancólico, y hablando
con equívocas razones,
con don Gaspar, me ha causado
rezelos de que ha entendido
mi amor, y por avisarlo
á don Gaspar, he salido
en este trage, y dejando
en mi casa prevenido,
que si viniere mi hermano,
digan que vino mi tia,
y me fuí con ella al Prado;
pero aguarda, ¿no es aquel
don Gaspar?

Inés

Sí, está hablando
con una: ¿sabes quien es?

Doña Isabel.

¿Quien es?

Inés.

Es, si no me engaño,
criada de doña Clara.

Doña Isabel.

¿Sabeslo bien?

Inés.

En el campo
juzgo que la vi con ella.

Doña Isabel.

No me he de ir sin apurarlo.

Don Gaspar.

Juana, como no te enojes,
veré á tu ama.

Doña Isabel.

Temblando
estoy de cólera.

Inés.

¿Y llegas
á hablarla?

Doña Isabel.

Ya me he empeñado.
¿Señor don Gaspar?

Don Gaspar.

¿Quién es?

Doña Isabel.

Quien ya de vuestros engaños
quedará desengañada.

Don Gaspar.

¡Bella Isabel! como cuando...

Inés.

Espera, pues.

Don Gaspar.

¡Mi señora!
¿vos aquí? ya estoy turbado. *ap.*

Ortuño.

¡Vive Cristo, que me huelgo! *ap.*

Doña Isabel.

Yo tengo un poco que hablaros,
y puede irse esa criada.

*

con don Garcia, y tratando
de Isabel, me confesó,
que se valió su cuidado
anoche de una criada,
para entrar donde le hallamos,
sin que Isabel lo supiese;
de suerte, que en breve rato
saqué dos seguridades,
de dos zelos se trocaron
dos penas en dos avisos,
en dos gustos dos cuidados;
y yo en un sosiego inútil
me hallé muy desamparado,
sin mi queja; que el faltar
la razon en tales casos,
viene á ser ócio, y el ócio
es grandísimo trabajo.

Ortuño.

¿Sabes lo que decir quiero?

Don Gaspar.

¿Qué, Ortuño?

Ortuño.

Que es un diablo
muy entendido el que tiene
por su cuenta tus pecados.
¿Ahora, señor, me vienes
de nuevo embarraganado,
cuando pensé que harias
despues de dos desengaños,
una confesion bien hecha?
pues sois los enamorados
tales, que habeis menester
reñir para confesaros;
porque cualquiera enfadillo
que os dá la que estais amando,

Doña Isabel.

Esperad.

Don Gaspar.

Oyeme primero un rato,
yo quiero satisfacerla,
que Juana sabrá callarlo
por el interes. ¡Ortuño!

Ortuño.

¿Señor?

Don Gaspar.

Tenme tú cuidado
de que Juana no se vaya.

Ortuño.

Está bien.

Inés.

¡Qué estos bellacos ap.
se usen, y las mugeres
tan diferentes seamos!

Don Gaspar.

Es verdad que esta criada
me estaba, Isabel, hablando
allá de cosas pasadas;
pero yo estoy tan postrado
á tus ojos, que no hay gusto
para mí, que ser tu esclavo!
De mejor gana dijera ap.
á doña Clara otro tanto.

ESCENA IV.

Dichos, don Diego y Martin.

Don Diego.

Digo, pues, que me pasó
todo lo que te he contado,
y que de ello he colegido,

de ese loco; porque al fin
discurre como hombre bajo.
¿Qué piensas que me decia?
que para quererte tanto,
como te quiero, eres rípio.

Juana.

Eso mismo he escuchado.

Ortuño.

Señores, ¡hay tal desdicha!
Juana, me lleven los diablos,
si no me has mudado el tono.

Juana.

¿Qué tono he de haber mudado?

Ortuño.

Que yo lo dije en falsete,
y lo oiste en contrabajo.

Don Gaspar.

¿No callarás, majadero?

Ortuño.

En estas cosas no hay amo;
si como tu pan, tú comes
mi carne, que es mejor pasto.

Don Gaspar.

¿Pues mi Juana, era hora ya
de vernos? ¿olvido tanto
con quién te estima, y te quiere?

Ortuño.

¿Qué esto escucho, y no me caigo?

Juana.

¿Pues vos, señor, me echais menos,
teniendo tan ocupado
el gusto?

Ortuño.

¿Yo le pido celos?
¿para cuando son los palos?

que divertido está hablando
con Martin; mejor será
que os vais aprisa.

Dan Gaspar.

Y si acaso
te ha visto, ¿te he de dejar?

Doña Isabel.

No es este trage que traigo
conocido, y si os ve aquí
es fuerza hacernos reparo.

Don Gaspar.

Pues yo me voy.

Doña Isabel.

¡Bien pagais
tan costosos sobresaltos!

Don Gaspar.

Mi amor volverá por sí.

Doña Isabel.

Idos pues.

Don Gaspar.

¡Bien se ha trazado! *ap.*
Ortuño, ya que no puedo,
sin ser de Isabel notado,
hablar á Juana, con ella
te puedes quedar un rato,
basta enviarla reducida
á callar lo que ha pasado,
y ofrecerla cien escudos,
si vieres que es necesario.

Ortuño.

Si será.

Don Gaspar.

¿Qué?

Ortuño.

Que yo estoy rabiando.

ESCENA III.

Dichos, y doña Isabel é Inés con manto.

Doña Isabel.

Mi hermano, como te digo,
me tiene con gran cuidado,
porque desde anoche está
melancólico, y hablando
con equivocas razones
con don Gaspar: me ha causado
rezelos de que ha entendido
mi amor, y por avisarlo
á don Gaspar, he salido
en este trage, y dejando
en mi casa prevenido,
que si viniere mi hermano,
digan que vino mi tia,
y me fuí con ella al Prado;
pero aguarda, ¿no es aquel
don Gaspar?

Inés

Sí, está hablando
con una: ¿sabes quién es?

Doña Isabel.

¿Quién es?

Inés.

Es, si no me engaño,
criada de doña Clara.

Doña Isabel.

¿Sabeslo bien?

si en tale gusto pudiera
alcanzarte mi cuidado!

ESCENA VI.

Dichos menos doña Isabel é Inés.

Don Diego.

¡Hay mas raras confusiones!
la una criada ha dejado:
¿si ha sido por deslumbrarme?
pues no han de poder lograrlo,
que por salir de esta duda,
y porque luego su engaño
no me niegue lo que he visto,
la he de ir siguiendo á lo largo,
hasta ver donde entra, ¡amor!,
dejame este desengaño. (1)

ESCENA VII.

Juana y Ortuño.

Ortuño.

Mucho he temido este lance: *ap.*
¿si sabré hacerme enojado?

Juana.

Ortuño se queda: ¡bueno! *ap.*

Ortuño.

Lo que tengo en estas manos, *ap.*
de demonio, que nacieron
inclinadas á sopapos!

Juana.

Ortuño, ¿cómo no llegas

(1) *Vase don Diego y Martin por donde se marchó doña Isabel, y quédanse mirando Ortuño y Juana.*

á hablarme? ¡retiro tanto!
¿ya no me ves? ven acá:
dime, ¿en qué entiende tu amo?
no me niegues lo que sabes,
pues sabes que sé pagarlo:
¿viene muy tarde de noche?
¿anda muy enamorado?
¿se acuerda á veces de mí?
¿me quiere de cuando en cuando?
un vestido tienes cierto,
si haces cómo buen criado:
¿tiene muchas?

Ortuño.

Si señora,
muchas tiene, cuatro aguardo;
pero todas se le quedan,
sino la de Ortuño.

Juana.

Es llano;
¿tiene muy buenos aceros
esa hoja?

Ortuño.

No son malos,
aunque un mordiente que tiene
le echa á perder un recazo.

Juana.

Guarnecela bien, no importa.

Ortuño.

Tambien se le va formando
algunas vueltas

Juana.

¿De qué?

Ortuño.

¿De qué? de coces y palos,

Doña Isabel.

Esperad.

Don Gaspar.

Oyeme primero un rato.

yo quiero satisfacerla,

que Juana sabrá callarlo

por el interes.

Ortuño.

¿Señor?

Don Gaspar.

Tenme tu cuidado

de que Juana no se vaya.

Ortuño.

Está bien.

Inés.

¡Que estos bellacos *ap.*

se usen, y las mugeres

tan diferentes seamos!

Don Gaspar.

Es verdad que esta criada

me estaba, Isabel, hablando

allá de cosas pasadas;

pero yo estoy tan postrado

á tus ojos, que no hay gusto

para mí, que ser tu esclavo!

De mejor gana dijera *ap.*

á doña Clara otro tanto.

ESCENA IV.

Dichos, don Diego y Martin.

Don Diego.

Digo, pues, que me pasó

todo lo que te he contado,

y que de ello he colegido,

que don Gaspar, profanando
nuestra quietud, quiere á Clara;
que haberle en su casa hallado
anoche, haberse validoq
con su padre de engaño,
y de otro engaño conmigo,
son evidentes y claros
indicios; ¿mas no es aquel
don Gaspar?

Martin.

El es, y hablando
con una mujer está.

Don Diego.

Tente, que si no me engaño,
es doña Clara, que aquella
que allí está con el criado
descubierta es la criada,
que anoche me escondió cuando
entré en su casa; estés cierto,
desde aquí disimulados
podremos ver en que para.

Doña Isabel.

Despues de tal desengaño
¿qué disculpa podrá darme
vuestro amor? ¡pero mi hermano
está en la calle!

Don Gaspar.

¿Qué dices?

Don Gaspar.

Inés, cubrete.

Inés.

¡Temblando
estoy toda!

Doña Isabel.

No me ha visto,

que divertido está hablando
con Martin; mejor será
que os vais aprisa.

Dan Gaspar.

Y si acaso
te ha visto, ¿ te he de dejar ?

Doña Isabel.

No es este trage que traigo
conocido, y si os ve aquí
es fuerza hacernos reparo.

Don Gaspar.

Pues yo me voy.

Doña Isabel.

¡Bien pagais
tan costosos sobresaltos!

Don Gaspar.

Mi amor volverá por sí.

Doña Isabel.

Idos pues.

Don Gaspar.

¡Bien se ha trazado! *ap.*
Ortuño, ya que no puedo,
sin ser de Isabel notado,
hablar á Juana, con ella
te puedes quedar un rato,
basta enviarla reducida
á callar lo que ha pasado,
y ofrecerla cien escudos,
si vieres que es necesario.

Ortuño.

Si será.

ESCENA V.

Dichos menos don Gaspar.

Juana.

Por no enojarla
se vá; ¡Buena me ha dejado!

Martin.

El se ha ido.

Don Diego.

Ya lo veo,
pero ella se ha quedado,
y por afirmarme bien
si es doña Clara, yo guardo
mis ¡ras para despues.

Doña Isabel.

Inés, él muestra cuidado
porque no se vá, y me vuelve
á mirar de cuando en cuando;
mas ya se acerca: ¡ay de mí!
anda, pasemos de largo. (1)

Don Diego.

No parece doña Clara.

Martin.

Eso estaba reparando.

Doña Isabel.

Por si ha reparado, es bien
que algunas calles torzamos
antes de volver á casa.

Inès.

Bien has dicho.

Doña Isabel.

¡Amor tirano,

(1) *Pasa uno por delante del otro, mirando mucho y haciendose cortesias.*

si en este gusto pudiera
alcanzarte mi cuidado!

ESCENA VI.

Dichos menos doña Isabel é Inés.

Don Diego.

¡Hay mas raras confusiones!
la una criada ha dejado:
¿si ha sido por deslumbrarme?
pues no han de poder lograrlo,
que por salir de esta duda,
y porque luego su engaño
no me niegue lo que he visto,
la he de ir siguiendo á lo largo,
hasta ver donde entra, ¡amor!
dejame este desengaño. (1)

ESCENA VII.

Juana y Ortuño.

Ortuño.

Mucho he temido este lance: *ap.*
¿si sabré hacerme enojado?

Juana.

Ortuño se queda: ¡bueno! *ap.*

Ortuño.

Lo que tuvo en estas manos, *ap.*
de demonio, que nacieron
inclinadas á sopapos.

Juana.

Ortuño, ¿cómo no llegas

(1) *Vase don Diego y Martin por donde se marchó doña Isabel, y quédanse mirando Ortuño y Juana.*

á hablarme? ¡retiro tanto?
¿ya no me ves? ven acá:
dime, ¿en qué entiende tu amo?
no me niegues lo que sabes,
pues sabes que sé pagarlo:
¿viene muy tarde de noche?
¿anda muy enamorado?
¿se acuerda á veces de mí?
¿me quiere de cuando en cuando?
un vestido tienes cierto,
si haces como buen criado:
¿tiene muchas?

Ortuño.

Si señora,
muchas tiene, cuatro aguardo;
pero todas se le quedan,
sino la de Ortuño.

Juana.

Es llano;
¿tiene muy buenos aceros
esa hoja?

Ortuño.

No son malos,
aunque un mordiente que tiene
le echa á perder un recazo.

Juana.

Guarnecela bien, no importa.

Ortuño.

Tambien se le va formando
algunas vueltas

Juana.

¿De qué?

Ortuño.

¿De qué? de coces y palos.

Juana.

¿De ese modo faltará
en la pendencia?

Ortuño.

Veamos:
ya no puedo sufrir mas:
pase acá la infame.

Juana.

Paso:
¡por Dios, que me has hecho añicos
con la mano todo el brazo!

Ortuño.

Esto es juego.

Juana.

Pues si es juego,
no quiero probar la mano.

Ortuño.

Escusar esa probada
no es posible.

Juana.

Hablemos claro,
señor mio, que usted tiene
de racion catorce cuartos
y un pan, y de quitacion
lo que le sisa á su amo.
Yo, aunque soy tan linda moza,
mil menesteres humanos
tengo: conviene á saber,
como, ceno, visto y calzo;
usté guarda el real que ahorra,
tan lindamente guardado,
que por ahorrado que esté,
no deja de estar esclavo.
Si me vé algun vestidillo,
y alhaja que no ha comprado,

se mesura y pide cuenta,
pero no cuenta por pago.
Si algun regalo me traen,
se porta en él tan taimado,
que conmigo tiene bocico,
y boca con el regalo.
Pues, señor mio, estas cosas
no son por arte del diablo,
ó haced el milagro vos,
ó no hacer tantos milagros.

Ortuño.

¡Válgame Dios! ¡qué gran fuerza *ap.*
trae consigo el hablar claro!
Digo, Juana, que ya estoy
confundido siete estados
debajo de tu razon,
y de hoy mas te ofrezco y mando,
de gastar la cortesía,
ya que otra cosa no gasto.
Pasarme pienso á cuchillo
la imaginacion; y caso,
que al pasarmela resuelva
en lo mejor de mis cascos,
si hubiera bien que comer,
haré que miro á otro cabo.

Juana.

De ese modo viviremos.

Ortuño.

Pues de este modo vivamos.

Juana.

En fin, ¿no has de pedirme celos?

Ortuño.

Yo no, Juana; ¿tú has de darlos?

Juana.

Eso yo te lo prometo.

Ortuño.

Pues la mano.

Juana.

Pues la mano.

Ortuño.

¡Válgame Dios! ¡qué gran fuerza
trae consigo el hablar claro!

Juana.

A Dios.

Ortuño.

A Dios: ¡Ah, sí! Juana,
aquí me dijo mi amo,
que te ofrezca cien escudos,
si callas lo que ha pasado:
mira tú lo que has de hacer.

Juana.

Cien escudos, callarlo;
¿y vendrán presto?

Ortuño.

Eso no;
pero serán bien mandados.

Juana.

Yo pensaba callar ya,
pero ya que me has hablado
con claridad, á mi ama
la he de contar todo el caso.

Ortuño.

¡Válgame Dios! ¡qué gran fuerza
trae consigo el hablar claro!

ESCENA VIII.

SALA EN CASA DE DON MENDO.

Doña Clara y don Mendo.

Doña Clara.

Señor.....

Don Mendo

Esto ha de ser, no hay replicarme.

Doña Clara.

Yo te he de obedecer; no es escusarme,
el discurrir, señor, con tu licencia.

Don Mendo.

No toca el discurrir á la obediencia,
tu esposo don García,
queja tendrá de la tardanza mia,
pues estando tratado
de casar, tanto ha lo he dilatado,
y el vulgo, que indiscreto,
sin ver la causa, juzga del efecto,
dirá, no averiguando en que consiste,
que de los dos alguno se resiste;
y cuando esto no sea,
que alguno de los dos no lo desea:
¿pues cómo he de honestar el dilatarlo,
pues basta para culpa el no abreviarlo?

Doña Clara.

Señor, la dilacion que yo te pido,
es solo hasta que mas introducido
el cariño en los dos, ¡qué mal le engaño! *ap.*
sino mas fino, esté menos estraño,
que es negociar que falte la firmeza,
ir sin fineza la mayor fineza.

Don Mendo.

Amor, que es tan amigo del recato,
no ha menester preámbulos al trato,
que cuando á la razon sigue el sentido,
no va arrastrando, sino conducido;
yo estoy viejo, tú, Clara, eres hermosa,
la guarda del honor es peligrosa,
y aunque és tal tu cordura,
que fiársele puede á tu hermosura,
tambien puede fiársele, que advierta,
que en edad tan prolija, y tan incierta,
no se puede llamar afecto ciego
este inquieto anhelar por el sosiego.

Doña Clara.

Señor.

Don Mendo.

Ya tu respuesta he prevenido,
es razon esto, habráte convencido:
yo voy por don García;
todo se debe á la fineza mia.

ESCENA IX.

Doña Clara.

¡Hay mas rara violencia!
¿qué he de hacer voluntad, de la obediencia?
¿y que mi padre, con imperio injusto,
introduzca preceptos en mi gusto,
¿y quiera disponer, que mi alvedrío
se rinda al suyo, y que parezca el mio?
Pues esté pertinaz en su porfia,
ó parézcalo yo, con don García,
no me ha de ver casada,
que esta accion dura mucho para errada.
¡O si viniese Juana! ¡ó si viniese
con ella don Gaspar para que viese

el aprieto en que estoy, y satisfecho
de las injustas dudas de su pecho,
me ayudase al remedio, si le tiene
tanta resolucion: mas Juana viene.

ESCENA X.

Doña Clara y Juana.

Doña Clara.

¿Juana?

Juana.

¿Señora mia?

Doña Clara.

Gran deseo tenia
de que vinieses: dí, ¿qué te ha pasado
con don Gaspar?

Juana.

Yo traigo buen recado.

Doña Clara.

¿Le hallaste? ¿le dijiste ya la hora
en que me pueda ver?

Juana.

¡Pobre señora!

Doña Clara.

Nunca le he deseado con mayores
afectos.

Juana.

¡Ay qué lástima, señores!

Doña Clara.

No me respondes, ¿qué te ha sucedido?
¿no le has hallado?

Juana.

Sí, pero perdido.

Doña Clara.

¿Pues qué, no te ha escuchado?

Juana.

Mejor fuera.

Doña Clara.

¿Pues que, no quiere verme?

Juana.

Mas valiera.

Doña Clara.

Pues despéname, y dime qué ha pasado.

Juana.

A darle satisfacion
de sus zelos fuí, señora.

Doña Clara.

Presto, que no estoy ahora,
Juana, para relacion.

Juana.

Atajásteme, que ya
me entraba en romance.

Doña Clara.

Di.

Juana.

¿Quiéreslo mas breve?

Doña Clara.

Sí.

Juana.

¿Si? pues vaya por acá.
Llegué á hablarle, y hallélo menos ciego
de zelos, que pensé, porque don Diego
todo lo que pasó le habia contado,
y apenas yo le dije tu recado,
cuando llegó furiosa una tapada.

Doña Clara.

¿Qué dices?

Juana.

Oye, pues, que aquesto es nada.

Doña Clara.

¿Y te habló?

Juana.

Sentidísimas razones.

Doña Clara.

¿Y él la escuchó?

Juana.

Y la dió satisfacciones.

Doña Clara.

¿Y conocióte?

Juana.

Si, porque muy fiera
me trató, maldiciéndome, que hiciera
lo mismo con mi ama doña Clara.

Doña Clara.

Cómo ¿qué dices?

Juana.

Fue vergüenza rara
la que pasé.

Doña Clara.

¿Y pudiste conocella?

Juana.

No fue posible.

Doña Clara.

¿No? Fueras tras ella.

Juana.

No me dejó el criado,
que me ofreció muy falso, y muy taimado
de parte de su amo unos doblones,
porque no te digese sus traiciones;
mas soy fiel, y tu amor me compadece,
y él diz que manda, pero no obedece.

Doña Clara.

Diera la vida, por saber quién era
la dama.

Juana.

[illegible] el diabl[illegible]
poco d[illegible]

que ella vendrá á las manos.

Doña Clara.

¿Quién ha entrado?

ESCENA XI.

Dichas, doña Isabel é Inés alborotadas.

Doña Isabel.

¿Sube?

Inés.

Sí; pienso que sube.

Doña Isabel.

Señora, si el ser quien sois,
os obliga á que amparcis
una mugercomo yo,
sabed, que me ha sucedido.....

Doña Clara.

¿Doña Isabel?

Doña Isabel.

Sí, yo soy,
que aunque nos hemos tratado
tan poco, es fuerza que vos
me favorezcais.

Doña Clara.

¿En qué?

Doña Isabel.

Mi hermano don Diego (estoy
sin aliento) me ha seguido,
y habiendo torcido yo
algunas calles, volvia
á mi casa (¡qué temor!)
y al querer entrar en ella;
le volví á ver, y por no
aventurarlo, me entré
en vuestro zaguan (¡ay Dios!)
para aguardar que pasase;

mas no solo no pasó,
pero se ha entrado tras mí:
la vida vuestro favor
me importa; un hermano es
quien me sigue, la ocasion
es decente, yo me escondo:
entra, Inés.

Doña Clara.

Tened por Dios,
¿no es preciso que el os busque,
si como decís, os vió?

Doña Isabel.

No hará, que no me ha podido
conocer, que mi temor
le hizo seguirme, y si os vé,
pensará que fuisteis vos.

Doña Clara.

¿Pues cómo ha de juzgar eso,
hallándome como estoy?

Doña Isabel.

Bien dices, esto ha de ser,
(mucho discurre el temor)
con solo hallar ese manto
en vuestras manos.

Juana.

Ya entró
en la antesala.

Doña Isabel.

Anda, Inés.

Doña Clara.

¿A quién esto sucedió? (1)

(1) *Escóndese doña Isabel, y deja el manto en las manos de Clara.*

que ella vendrá á las manos.

Doña Clara.

¿Quién ha entrado?

ESCENA XI.

Dichas, doña Isabel é Inés alborotadas.

Doña Isabel.

¿Sube?

Inés.

Sí; pienso que sube.

Doña Isabel.

Señora, si el ser quien sois,
os obliga á que ampareis
una muger como yo,
sabed, que me ha sucedido.....

Doña Clara.

¿Doña Isabel?

Doña Isabel.

Sí, yo soy,
que aunque nos hemos tratado
tan poco, es fuerza que vos
me favorezcais.

Doña Clara.

¿En qué?

Doña Isabel.

Mi hermano don Diego (estoy
sin aliento) me ha seguido,
y habiendo torcido yo
algunas calles, volvia
á mi casa (¡qué temor!)
y al querer entrar en ella,
le volví á ver, y por no
aventurarlo, me entré
en vuestro zaguan (¡ay Dios!)
para aguardar que pasase;

puesto esa criada? ¿no
os ví yo con don Gaspar
en esta calle á las dos?

Doña Clara.

¿Con don Gaspar?

Don Diego.

Sí, negadlo.

Doña Clara.

¿Luego la que se escondió *ap.*
es la misma que vió Juana?
¡hay desengaño mayor!

Juana.

¿Luego esta es la del reto? *ap.*
pagaráme lo que habló.

Don Diego.

Ya en fin, doña Clara, ya
desengañado mi amor,
se resuelve á abrir los ojos,
que nuestro engaño cegó.

Doña Clara.

Sin duda, señor don Diego,
que os quita vuestra pasion
la memoria de que hablais
conmigo; volved en vos:
¿qué promesa, ciencia mia?
¿qué caricia, ó qué favor,
para dar á vuestras quejas
tanto efecto, ó tanta voz?
Si un papel os escribí,
fué que entonces me importó;
volvedle á ver, y no hagais
veras las que burlas son:
idos, pues, no me veais.

Don Diego.

¿Con esa resolucion
me hablais?

Doña Clara.

Es cuerda y precisa!

Don Diego.

Y porque penseis que estoy
desengañado, el papel
que decís volverá hoy
á vuestra mano.

Doña Clara.

Será
hacerme un grande favor.

Don Diego.

Yo os lo ofrezco.

Doña Clara.

Yo lo aceto.

Don Diego.

Pues yo voy por él.

Doña Clara.

A Dios.

Don Diego.

A Dios, pues, que en don Gaspar
vengará mi pundonor
el módo de disculpar
culpas de vuestra aficion;
yo le quitaré la vida,
por si en ella os hallo á vos.

ESCENA XIII.

Dichas menos don Diego.

Doña Clara.

¿Ois? ya que vais resuelto
á matar ese traydor,
venid á mí, si os faltáre
corage, acero, ó razon.

Juana.

¿Qué te parece, señora?

puesto esa tríada? ¿no
os ví yo con don Gaspar
en esta calle á las dos?

Doña Clara.

¿Con don Gaspar?

Don Diego.

Sí, negadlo.

Doña Clara. *ap.*

¿Luego la que se escondió
es la misma que vió Juana?
¡hay desengaño mayor!

Juana. *ap.*

¿Luego esta es la del reto?
pagaráme lo que habló.

Don Diego.

Ya en fin, doña Clara, ya
desengañado mi amor,
se resuelve á abrir los ojos,
que nuestro engaño cegó.

Doña Clara.

Sin duda, señor don Diego,
que os quita vuestra pasion
la memoria de que hablais
conmigo; volved en vos:
¿qué promesa, ciencia mia?
¿qué caricia, ó qué favor,
para dar á vuestras quejas
tanto afecto, ó tanta voz?
Si un papel os escribí,
fué que entonces me importó;
volvedle á ver, y no hagais
veras las que burlas son:
idos, pues, no me veais.

Don Diego.

¿Con esa resolucion
me hablais?

Doña Clara.

Es cuerda y precisa!

Don Diego.

Y porque pensèis que estoy
desengañado, el papel
que decís volverá hoy
á vuestra mano.

Doña Clara.

Será
hacerme un grande favor.

Don Diego.

Yo os lo ofrezco.

Doña Clara.

Yo lo aceto.

Don Diego.

Pues yo voy por él.

Doña Clara.

A Dios.

Don Diego.

A Dios, pues, que en don Gaspar
vengará mi pundonor
el modo de disculpar
culpas de vuestra aficion;
yo le quitaré la vida,
por si en ella os hallo á vos.

ESCENA XIII.

Dichas menos don Diego.

Doña Clara.

¿Ois? ya que vais resuelto
á matar ese traydor,
venid á mí, si os faltáre
corage, acero, ó razon.

Juana.

¿Qué te parece, señora?

¿En fin, están en casa
la que me envió noramala?
calla, pues, que yo entro agora.
Doña Clara.
Aguarda el paso, detente.
Juana.
¿A qué? ¿no me dejarás?
Doña Clara.
¿Pues qué quieres? ¿dónde vas?
Juana.
¿Donde voy? á quedar bien.
Doña Clara.
Mira si nos oye.
Juana.
No,
que á lo mas hondo su miedo
la hizo entrar.
Doña Clara.
Pues habla quedo,
que mi agravio imaginó
la venganza mas cruel.
¿Vendrá agora don Gaspar?
Juana.
Ya no es posible tardar.
Doña Clara.
Vengaréme de ella y de él.
Juana.
Pues déjame en tanto ir
á medio matar un gato,
porque la demos un rato
de gato á medio morir.
Doña Clara.
No nos oiga.
Juana.
No se asome.....
¡Ah! si; ¿quieres que de paso

entre ahora á ver si acaso
tiene tinta la redoma?

Doña Clara.

Tú verás, que á su despecho,
en viniendo este villano,
he de escribir con mi mano
mis venganzas en su pecho.

Juana.

Pues mira, ya que tan rara
venganza quieres urdir,
si el pecho le has de escribir,
hazle la Cruz en la cara.

ESCENA XIV.

Dichas y Ortuño.

Ortuño.

¡Ce! Juanilla.

Juana.

Ortuño viene.

Ortuño.

¿Puede ya entrar mi amo?

Juana.

Sí:
dí que mi ama está aquí.

Doña Clara.

Mi venganza se previene.

Juana.

¿Cómo la has de encaminar?
Ya estoy rabiando por vella.

Doña Clara.

Tú, Juana, entra con ella,
y en viniendo don Gaspar,
haz que se llegue á esta puerta,
mientras durare este lance,
y porque á verla no alcance,

puedes correr la antepuerta.

Juana.

Yo lo dispondré, que ya
estoy al cabo.

Doña Clara.

¡Ah, si, Juana!
Lucía esté á la ventana,
para avisar.

Juana.

Está bien. (1)

ESCENA XV.

Doña Clara, don Gaspar y Ortuño.

Don Gaspar.

Allí está,

Ortuño.

¿No llegas?

Don Gaspar.

Sí.

Ortuño.

¿Y vienes, en fin, muy tierno?

Don Gaspar.

Cada dia quiero mas
á esta muger.

Ortuño.

Segun eso
Juanilla...

Don Gaspar.

Por hoy es tuya.

Ortuño.

Sobra muchísimo tiempo.

(1) *Vase Juana, dejando corrida una antepuerta que habrá en un lado.*

Don Gaspar.

Si alguna vez, prenda hermosa,
si alguna vez, dulce dueño,
te merecieron mis ansias
piedad, ó atencion.....

Doña Clara.

¡Qué locura! *ap.*

Don Gaspar.

Hoy, por mas afectuosas,
te merezco..

Doña Clara.

¡A buen tiempo! *ap.*

Don Gaspar.

Mas piedad, mas atencion.....

Doña Clara

¿Si estará Isabel oyendo? *ap.*
porque si ella no lo escucha,
se echa á perder todo esto.

ESCENA XVI.

Dichos, doña Isabel y Juana.

Doña Isabel.

¿Fuése ya?

Juana.

Si, ya podrá
salir; pero un caballero
está hablando con mi ama;
esperad.

Doña Isabel.

¿Qué es lo que veo? *ap.*
Don Gaspar es; ¡que esto sufro!

Don Gaspar.

Digo, pues, hechizo brillo
de mis ojos, Clara hermosa.....

Doña Clara.

Ya la he sentido en el puesto, *ap.*
diga mucho de eso ahora,
que ya es bueno, y á buen tiempo,

Don Gaspar.

Digo, pues, que de mis dudas
vuelvo otra vez satisfecho,
á hacer que mi corazon
se abrase en mejor incendio.
¡No sé que añade en los ojos
el gusto, adorado dueño,
que hoy me pareces mejor
que ayer! pero ya lo entiendo;
hoy te miro con amor,
y ayer te miré con zelos,
y aunque tu belleza es una,
mi atencion es otra, puesto
que ayer los ojos airados,
y hoy amorosos y tiernos,
ayer verian lo hermoso,
mas hoy ven lo lisonjero.

Doña Clara.

Si alguna vez regalé, sin *ap.*
mentidos estos requiebros,
es hoy, porque ando á buscar
el sonido, y no el afecto.

Doña Isabel.

¡Confusa estoy!

Juana.

¡No es mal como
el que lleva la del reto!

Doña Clara.

En fin, ya vamos echando *ap.*
mas tósigo en el veneno.
¿Ya, en fin, satisfecho vienes
de tus injustos recelos?

Don Gaspar.

A tus pies vuelvo rendido.

Doña Clara.

¿Y ya prometerme puedo
tu firmeza?

Don Gaspar.

Será eterna
la adoracion de mi pecho.

Doña Clara.

¡Mira que me ofreces mucho!

Don Gaspar.

Es mucho mas lo que quiero.

Doña Clara.

¿Y he de ser yo sola quien
te merezca esos afectos?

Don Gaspar.

¿Eso dudas?

Doña Clara.

No te espantes,
que es poco lo que merezco.

Don Gaspar.

¿Tú desconfias, bien mio?

Doña Clara.

Júralo, pues, y creerélo.

Don Gaspar.

¡Faltenme amen, esos ojos,
si no me muero por ellos!

Doña Clara.

Guárdete Dios, que del modo
que si lo viera, lo creo.

Doña Isabel.

Ya no puedo sufrir mas.

Juana.

Ya se aira, no es malo eso.

Don Gaspar.

Paréceme que á esa puerta

siento gente.

Doña Clara.

¡Raro medio *ap.*
de acabar esta venganza
me ha ocurrido! Si allá dentro...
las criadas... don Gaspar... *turbase.*
yo á nadie escondido tengo...
si Juana... porque yo... como...
¿tú no lo ves?

Don Gaspar.

¿Qué es aquesto?

Doña Clara.

Con turbarme he de empeñarle *ap.*
en que apure lo que quiero.

Don Gaspar.

¿Pues quién te ha dicho que tú
tienes á nadie encubierto?

Doña Clara.

Nadie; pero te conozco,
y desde anoche te temo.

Don Gaspar.

Pues, vive Dios, que he de ver
hasta el menor aposento
de la casa.

Doña Clara.

¿Para qué?

Don Gaspar.

Porque en tu semblante veo
señas de tu culpa.

Doña Clara.

¿No
echas de ver, (habla quedo)
que si algun amante mio
aquí te estuviera oyendo?

Don Gaspar.

Que se saliera á matar

conmigo, dirás; no es esto?
pues ya es antiguo.

Ortuño.

Señor,
don Diego es sin duda, entremos,
antes que pueda achacarse
Juana maridos agenos:
ven conmigo.

Doña Clara.

Aguarda.

Don Gaspar.

Aparta:
de este modo... ¿mas qué es esto? (1)

Doña Clara.

¡Bien se ha hecho! *ap.*

Doña Isabel.

¡Muerta salgo!

Don Gaspar.

¿Isabel?

Ortuño.

¡Lindo don Diego!

Don Gaspar.

¿Pues cómo Isabel? ¿pues Clara?
¿de qué suerte (á hablar no acierto)
juntas os hallo á las dos?

Doña Clara.

Por ver esto.

Doña Isabel.

Por ver esto.

Ortuño.

Mírenle, y luego dirán
que está la virtud en medio. *ap.*

(1) *Corre la cortina, y halla á doña Isabel y quédase turbado, y van saliendo, y queda en medio de las dos.*

Doña Isabel.

Mal haya, amiga, mil veces,
no mas vanos rendimientos.

Doña Clara.

Imitemos sus traiciones.

Doña Isabel.

Sus dobleces [illegible].

Doña Clara.

Y vos, traidor.

Doña Isabel.

Vos, ingrato.

Doña Clara.

Fementido.

Doña Isabel.

Falso.

Doña Clara.

Aleve.

Doña Isabel.

Para [illegible].

Doña Clara.

No me veais, idos presto.

Las dos.

Mugeres, escarmiento,
fuego, fuego en los hombres, fuego, fuego. (1)

Don Gaspar.

Aguardad, no habeis de iros,
que hay que hacer un grande ajuste:
és forzoso que me perdoneis,
ó lo pierdo todo, [illegible]
que tú, Isabel, me perdones,
y tú, Clara, [illegible]
admitas; porque desde hoy
eres mi absoluto dueño.

---

(1) *Deteniendo don Gaspar.*

ESCENA XVII.

Dichos, Juana é Inés.

Juana.

Señora, tu padre ha entrado
por la puerta falsa, y pienso
que con don García sube
por la puerta de acá dentro.

Doña Isabel.

¿Con él viene don García?
pues yo me voy, porque puesto
que ya he entendido á este ingrato,
con él despicarme pienso;
y no es bien que me halle aquí.
Ven, Inés, ¿pero qué veo?
mi hermano por acá viene.

Don Gaspar.

¡Hay mas peligros!

ESCENA XVIII.

Dichos, don Mendo, don García y después don Diego con un papel.

Don Mendo.

¿Qué es esto?
¿Quién...? ¿Don Gaspar?

Don Gaspar.

Soy perdido. *ap.*

Don Diego.

Ya, ingrata, á traerte vengo
el papel... ¿pero qué miro?
¡Don Gaspar mi hermana! ¡cielos!
¿Qué es esto?

Don García.

¡Aquí mi Isabel! *ap.*

*

¡Don Gaspar aquí! ¡hay sucesos
mas raros!

Doña Clara.

Yo estoy sin vida.

Doña Isabel.

A mí me falta el aliento.

Don Mendo.

Esto ha de ser, don García;
todos estamos suspensos,
pues venga lo que viniere,
oid, que yo soy primero.
Vos, que os habeis de casar
con doña Clara, aquí dentro
veis á don Gaspar, no dudo
que os hallareis con recelos;
pues sabed que don Gaspar
á Isabel está queriendo.

Don García.

¿Cómo á Isabel ¿qué decís?

Don Mendo.

Que si ha entrado aquí, es por eso;
porque anoche á mi jardin
saltó desde el de don Diego.

Don Diego.

Eso no; piérdase todo,
que tambien yo soy primero:
don Gaspar está delante,
y dirá lo que hay en eso.

Don Gaspar.

Tened, don Diego, aguardad,
que si os hallo muy resuelto
no lo diré; mas por mí,
y por vuestra hermana quiero
decir la verdad: anoche
no entré en casa de don Diego;
pero me empeñé en decirlo,

por salir de aquel aprieto.

Don García.

Al cuerpo me ha vuelto el alma. *ap.*

Don Mendo.

Pues de esa suerte, mi acero
vengue el honor de mi hija.

Don Gaspar.

Tened, que pues no hay remedio
sino darla yo la mano,
yo se la doy desde luego.

Don Mendo.

Eso es ya preciso.

Don García.

Y yo,
si la de Isabel merezco,
seré feliz.

Don Diego.

Yo lo soy
en que ella tenga tal dueño,
y quede con ello firme
la amistad en nuestros pechos.

Ortuño.

Y yo me caso con Juana,
porque se acabe con esto
el Amor al Uso; pues
el casarse es á lo viejo,
y humilde su autor os pide,
que perdoneis tantos yerros.

El Amor al Uso.

El Amor al Uso es la galantería, ó mas bien la afectacion de unos sentimientos que no esperimentamos por lo comun. Este vicio es bastante frecuente en todos tiempos, mas en algunas épocas la corrupcion de las costumbres, y el estravío de la razon le hace casi general. Entonces se ridiculizan los afectos mas conformes á la naturaleza, aquellos que propenden mas directamente á hacernos felices en esta vida. Así sucedia, segun dicen, en Francia en el siglo de Luis XV, y en España en el de don Antonio de Solís, si hemos de juzgar por la pintura que hace de la Corte en esta comedia. Debe observarse que siempre hay algunas personas que aunque dotadas de un alma virtuosa y noble, se dejan llevar del egemplo y condescienden con la moda, porque no se burlen de ellas. Otras hay que se engañan á sí mismas, se creen mas viciosas de lo que realmente son, y suponiéndose incapaces de sentir, se chamuscan con el amor hasta que lo vivo de la punzada les hace abrir los ojos. He aquí tres diversos caractéres, que deben existir necesariamente en los tiempos de que hablamos. El de los viciosos de profesion, el de los viciosos por flaqueza; y el de los incautos que juegan con la lumbre hasta que se abrasan: y nos ha parecido conveniente hacer esta distincion para descubrir el fin moral que se propuso don Antonio de Solís en la comedia del Amor al Uso.

Ahora bien, si fue el de castigar á los primeros, es claro que debió tratarlos sin piedad, y lejos de hacer amables sus estravíos, como sin duda lo ha hecho, atormentarlos con el rebenque de la sátira hasta que los no desauciados se abochornasen, y los in-

curables se confundiesen. Si quiso amonestar á los viciosos por imitacion, ó á los imprudentes y temerarios debió dar mas latitud al cuadro de su conversion y penitencia, no entretenerse tanto en la pintura de sus errores, y al reves que en el caso antecedente, hacer á los personages mas amables é interesantes de lo que los hizo. De este modo de tratar el asunto, segun nosotros lo concebimos, tenia un bello modelo en la preciosa comedia de No hay burlas con el Amor.

Resulta, que don Antonio de Solís no ha cumplido exactamente con ninguno de los tres fines indicados, ó mas bien que por cumplir con todos tres, no hizo lo que pudiera llamarse una fábula enteramente clásica: es decir, con respecto al fin moral; y hemos insistido principalmente sobre este defecto, porque es el mas notable que se puede tachar en su obra.

Por lo demas, entrando como es razon en el designio del autor, la comedia del Amor al Uso, tiene un mérito sobresaliente, y no debe admirar que tanto guste al público. Primeramente esceptuando algunos leves desacatos contra la unidad de lugar, se puede decir que es una comedia arreglada, y se reconoce en ella la obra de un ingenio tan cultivado, como juicioso y perspicaz. Solís, imitador de Calderon, meditaba sus planes muy detenidamente, y en la comedia que tenemos á la vista combinó el enredo con toda perfeccion. Las situaciones é incidentes son tan picantes como los de su maestro, y están motivados con gran verosimilitud. Los caractéres tienen la graduacion y variedad debida; el diálogo es animado y lleno de agudeza y filosofia, y en cuanto á la elegancia, correccion, y demas prendas del estilo, la versificacion y el lenguage, se descubre facilmente la pluma del autor de la Historia de Méjico.

Hay sin embargo pensamientos alambicados, dis-

crecciones fuera de su lugar, conceptos y versos simétricos, y otros adornos de mal gusto. Solís pagó el tributo á su siglo, ó tal vez conociendo que hacia mal, compró los aplausos á costa de algunas condescendencias con la ignorancia del público. El poeta necesita aplausos; y ¡ay de aquel que se revista de firmeza! Por lo demas unos lunares tan leves, no pueden disminuir la gloria de nuestro autor; esta es tan grande y merecida, que ó bien es preciso confesar que la comedia clásica requiere mas ingenio y filosofía, que verdadero genio; ó decir con mayor fundamento que Solís, que sobresalió siempre mucho mas por la primera prenda, que por la última; tuvo en esta comedia una inspiracion particular y felicísima.

UNIVERSITY OF MICHIGAN